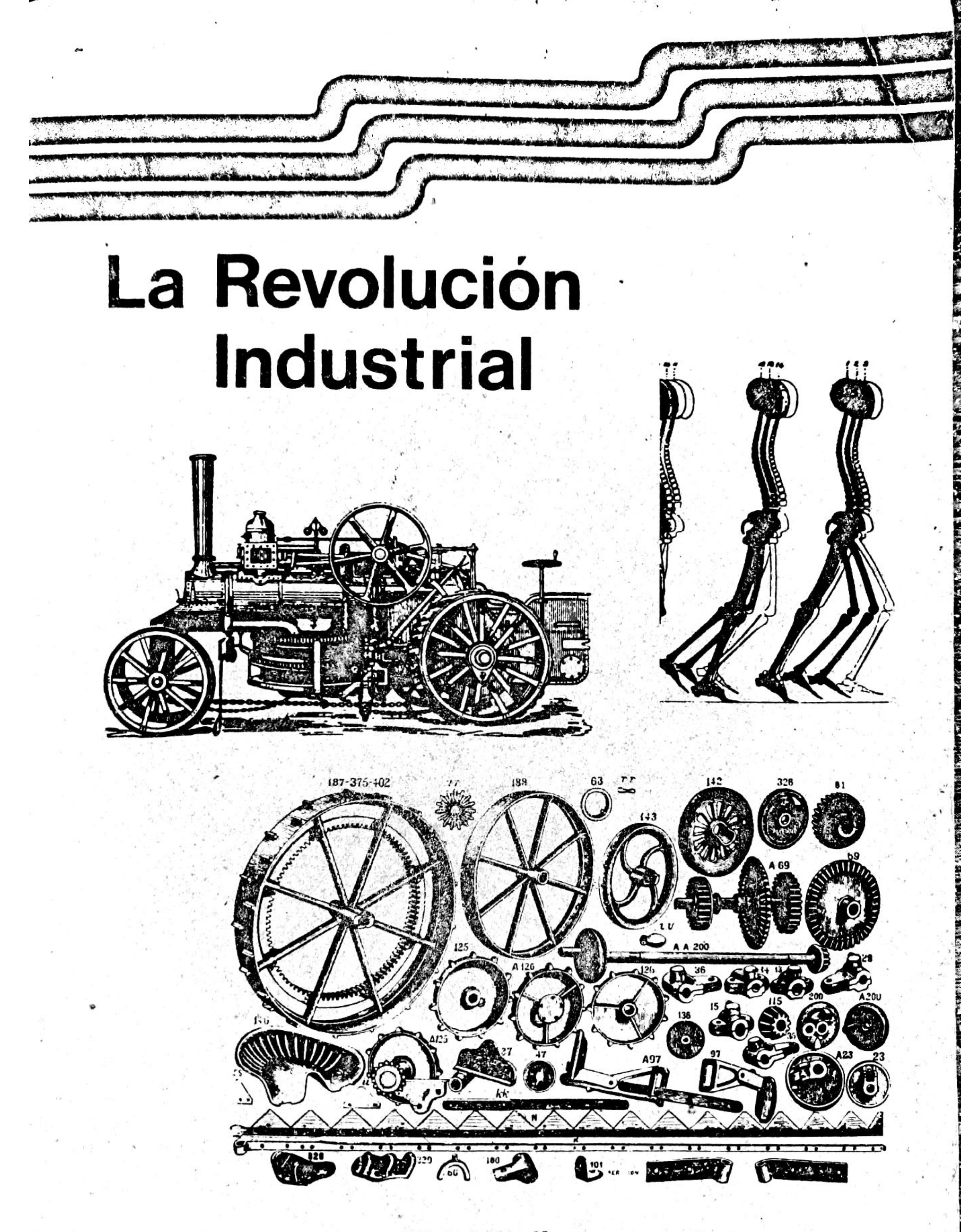
La Revolución Industrial



M.I. Mijailov
Fondo Editorial Suramerica
Colección Historia

M. I. MIJAILOV

LA REVOLUCION INDUSTRIAL

FONDO EDITORIAL SURAMERICA

INDICE

IV

LA REVOLUCION INDUSTRIAL EN FRANCIA, ALEMANIA, ESTADOS UNIDOS Y RUSIA. NACIMIENTO DEL SOCIALISMO CIENTIFICO

INTRODUCCION

Desde los tiempos más remotos, le interesó al hombre la cuestión del desarrollo de la sociedad humana. Es natural este interés por saber, comprender y poder explicar las leyes del desarrollo social, ante todo, porque el hombre desea cambiar mucho de cuanto le rodea. En otras palabras, los problemas sociales no sólo interesan al hombre desde el punto de vista del conocimiento y la explicación, sino porque conciernen a sus intereses vitales más profundos.

Por eso son absolutamente lógicas las siguientes preguntas:

¿Son casuales los regímenes existentes en la sociedad o están condicionados por algunas causas invisibles, pero poderosas? ¿Se pueden cambiar dichos regímenes? ¿Qué fuerzas pueden mejorar la suerte de los millones de seres esclavizados durante siglos por un puñado de privilegiados? ¿Es posible, y por qué medios, lograr el bienestar y la libertad para todos, y no sólo para una minoría? ¿En qué sentido se desarrolla la humanidad: hacia el progreso y la prosperidad o hacia el decaimiento y el estancamiento?

Los pensadores de todos los tiempos y pueblos trataron de responder a estas preguntas, pero durante muchos siglos sus teorías y concepciones fueron siempre refutadas.

Apenas más de cien años atrás, alrededor de 1840, dos grandes luchadores y pensadores: Carlos Marx y Federico Engels, supieron crear una teoría realmente científica acerca de las leyes generales del desarrollo social y demostrar que el hombre mismo es el artífice de su historia, que en la sociedad, como en la naturaleza, no hay ninguna fuerza misteriosa.

Por otra parte, Marx y Engels mostraron que el hom-

bre no hace su historia de manera arbitraria, sino en base a las condiciones heredadas de las generaciones pasadas e independientemente de su voluntad y de su conciencia, lo que el marxismo denomina condiciones de vida material de la sociedad.

A la vida material de la sociedad se refiere, en primer término, toda la actividad laboral del hombre, la que tiene como objetivo producir lo necesario para su vida: alimentos, ropas, habitación, etc. Los bienes materiales indispensables para la vida se obtienen mediante el trabajo, que presupone la utilización y la fabricación de instrumentos. El marxismo demostró que los instrumentos de trabajo, es decir, los medios de trabajo, con los cuales se crean los bienes materiales y los hombres, que realizan el proceso de producción, forman las fuerzas productivas de la sociedad. Pero la vida material de la sociedad no se limita a las fuerzas productivas. En el proceso de producción de los bienes materiales los hombres entran en determinadas relaciones entre sí, a las que Marx y Engels denominaron relaciones de producción. El conjunto de las fuerzas productivas y las relaciones de producción se llama modo de producción.

Toda sociedad representa un organismo integral, llamado formación económico-social, es decir, una etapa histórica determinada de la sociedad con su propio modo de producción. El marxismo mostró que la humanidad pasó por cuatro formaciones: la primitiva, la esclavista, la feudal y la capitalista; y que ahora vive la época del paso a la formación siguiente, la comunista, cuya primera fase se denomina socialismo. El paso de una formación a otra transcurre mediante una revolución social que cambia tanto las fuerzas productivas como las relaciones de producción.

Hace unos 150 o 200 años, en Europa y en ciertos países de Asia y de América, se produjo el paso de la formación feudal a otra nueva, a la capitalista. Fue acompañado de la revolución no sólo política sino también económica, y en cierto sentido, de una revolución técnica a la que llamamos revolución industrial.

En el curso de la revolución industrial se formaron definitivamente los rasgos fundamentales de la sociedad burguesa, capitalista; surgió el proletariado fabril, la clase cuya misión histórica es la de crear un nuevo régimen, el capitalista, el socialista y, luego, el comunista.

El estudio de la historia de la revolución industrial, que constituye un importante período del desarrollo de la sociedad, ayuda no sólo a conocer y comprender el pasado, sino también a explicarse correctamente los procesos que se operan en nuestra época impetuosa y rica en acontecimientos. Evidencia la falsedad de los ideólogos burgueses acerca de la eternidad y la inmutabilidad de los regímenes capitalistas, la falsedad de su afirmación de que el Estado burgués es el Estado del bienestar general; muestra el carácter temporal y transitorio del capitalismo como formación; pone al desnudo su esencia explotadora en el pasado y en el presente. El conocimiento de la verdadera historia de la revolución industrial nos ayuda a refutar la falsa concepción de los defensores del capitalismo concerniente a la llamada "segunda revolución industrial", que pretenden se opera en la actualidad en los países capitalistas más desarrollados y llamada a eliminar, sin la lucha de clases, sin la revolución social, sólo mediante perfeccionamientos técnicos, todos los defectos del mundo burgués y convertir el capitalismo explotador en capitalismo "popular" "democrático"

El estudio de la revolución industrial, así como, en general, el de la historia universal, nos muestra claramente que sólo mediante una lucha tenaz y sostenida, mediante la unión del esfuerzo de todos los trabajadores, pueden los pueblos lograr sus más fervientes anhelos: mantener la paz, conquistar el derecho a una vida de abundancia plena, a la cultura, a la seguridad y a la dignidad, a la vida sin miseria ni paro forzoso, sin opresión ni explotación.

Este libro se propone ayudar al lector a desentrañar los

complejas cuestiones del establecimiento y la formación de la sociedad burguesa en la época de la revolución industrial. Ello es particularmente indispensable y útil puesto que la sociedad burguesa continúa existiendo en la mayoría de los países del mundo contemporáneo, conserva y a veces acentúa muchos de sus rasgos negativos, antipopulares, adquiridos al nacer.

Hace unos 150 o 200 años, la vida social no se parecía a la actual.

En el siglo XVIII, el hombre no conocía ni la utilización del vapor, ni de la electricidad, no había ferrocarriles ni vapores. Los tejidos para las ropas se elaboraban a mano. En la agricultura, durante siglos y siglos se emplearon el pico y la pala, la azada y el arado de madera. Había muy pocas ciudades grandes. La mayoría de la gente vivía y trabajaba en las aldeas. En muchos países, el pueblo estaba privado de todo derecho político. Los reyes y los duques, los emperadores y los zares, apoyados en la rica aristocracia, ejercían un dominio absoluto. Explotaban sin piedad a los trabajadores. Los países mantenían escasas relaciones, si bien el comercio existía ya desde siglos y milenios: lo conocieron la Grecia y la Roma antiguas, así como Egipto, Babilonia, Asiria y Fenicia, Estados que existieron hace 5.000 años.

Como en la antigüedad, había guerras sangrientas en las que con frecuencia se empleaba el arma blanca.

Lo más característico en el proceso de producción, es decir, en el proceso de fabricación de los objetos indispensables para el mantenimiento de la vida humana, era el dominio absoluto del trabajo a mano, casi sin máquinas.

Si un habitante de la antigua Grecia deseaba comunicar algo a su vecino o conocido, escribía una carta y un criado la llevaba a caballo, informándose constantemente acerca del camino, pues se carecía en absoluto de mapas y de indicadores. Tres mil años después, el habitante de Inglaterra o de Alemania tenía que proceder casi de la misma manera, pues tampoco existía el telégrafo, ni el teléfono, ni el ferrocarril. La gente no conocía otro alumbrado que la tea o la vela.

Y de súbito, inesperadamente para los contemporáneos, todo cambió. El trabajo manual fue sustituido por la máquina. El lugar del artesano y del maestro lo ocuparon el capitalista y el obrero. En vez del taller, apareció la fábrica. La vieja aristocracia feudal cedió su lugar a la nueva clase: la burguesía. Aparecieron los ferrocarriles, los vapores, los potentes motores, las máquinas complejas, y se erigieron grandes urbes. En algunos países se produjo la revolución industrial. Sus resultados se fueron reflejando en todos los países. Pero en tanto que a unos Estados les reportó el progreso técnico y aceleró la formación de las nuevas relaciones burguesas, a otro trajo la ruina, la esclavitud, la pérdida de la independencia por largos años.

¿Qué es la revolución industrial?

¿Dónde y cuándo se produjo por primera vez? ¿Cuáles fueron sus causas, sus premisas y sus consecuencias?

Todo esto debe conocerlo cada hombre que desea ser artífice consciente de la nueva vida. Este conocimiento es tanto más indispensable cuanto que los hombres de ciencia al servicio de la burguesía escribieron montañas de libros que falsean la esencia real del proceso histórico en general y de la revolución industrial, en particular.

Los hombres de ciencia entienden por revolución industrial el proceso del paso del trabajo manual, en el oficio y la manufactura, a la producción maquinizada (fabril). La principal consecuencia social de este proceso fue la formación de las dos clases fundamentales de la sociedad burguesa —la burguesía industrial y el proletariado fabril— y el surgimiento de la lucha entre ellas. Esta lucha —la lucha de clases del proletariado contra la burguesía— condujo ya al triunfo del socialismo en numerosos países y, en el futuro, llevará inevitablemente al hundimiento del capitalismo y a la victoria del nuevo régimen socialista en todas partes.

Los hombres de ciencia burgueses, incluso los más objetivos y conscientes, no ven más que un lado de la revolución industrial: la sustitución del trabajo manual por el de la máquina, la revolución técnica, la suma o el conjunto de las invenciones.

Los hombres de ciencia progresistas, y en primer lugar los marxistas, como ya dijimos, entienden por revolución industrial un proceso doble: en primer término, la sustitución del trabajo manual por el de la máquina; en segundo, y ello es lo principal, la formación de dos clases de la sociedad capitalista: la burguesía y el proletariado industrial.

El término "revolución industrial" lo introdujo en la ciencia Federico Engels. Por primera vez lo utilizó en el trabajo La situación de la clase obrera en Inglaterra, *escrito en 1845. En ese libro y en otros trabajos de los fundadores del comunismo científico, Marx y Engels, así como en los de Lenin, se muestra el contenido de la revolución industrial como un fenómeno que produce en numerosos países, y no sólo en Inglaterra, según afirman muchos científicos burgueses. Este fenómeno condujo a la sustitución de la etapa de la manufactura * en el desarrollo del capitalismo por otra etapa más elevada: la de la gran producción fabril. Los cambios no sólo afectaron a la técnica de la producción, a los instrumentos de trabajo, sino que provocaron la transformación de todas las fuerzas productivas y de la estructura social de la sociedad. La revolución industrial agudizó y amplió todos los aspectos sombríos del capitalismo, que antes sólo apuntaban o se hallaban en estado embrionario.*

---

* *Manufactura* proviene de dos vocablos latinos: *manus* (mano) y *Factura* (hechura) y significa producción a mano, es decir, producción de los objetos sin intervención de las máquinas; pero en la manufactura, a diferencia del taller artesano, el objeto no es producido por una sola persona, sino por un grupo de ella, cada una de las cuales ejecuta una u otra operación, lo que conduce a un rápido incremento de la productividad del trabajo, en comparación con el artesano.

I

CAUSAS Y PREMISAS HISTORICAS DE LA REVOLUCION INDUSTRIAL

Como la mayoría de los fenómenos sociales, la revolución industrial no es un fenómeno fortuito, sino absolutamente natural, condicionado por el desarrollo precedente.

La historia de la Antigüedad y de la Edad Media conoce no pocos inventos de máquinas, pero todos ellos tuvieron una aplicación sumamente limitada en la actividad económica del hombre. La amplia utilización de las máquinas en la industria fue posible por primera vez con la implantación de las relaciones capitalistas; en unos países como consecuencia de las revoluciones burguesas, en otros, como resultado de reformas que despejaron el camino para el desarrollo capitalista. Para una vasta aplicación de las máquinas en la producción se requieren determinadas condiciones económico-sociales y técnicas. ¿Qué condiciones son éstas?

Para el desarrollo de la industria capitalista se precisa, ante todo, de obreros asalariados, brazos de obreros libres. Libres en doble sentido: del régimen feudal que impedía al campesino de la gleba desplazarse a su antojo y elegir su profesión, y "libres" también de los instrumentos y los medios de trabajo, es decir, carentes de medios de subsistencia y obligados a aceptar cualesquiera condiciones de venta de su fuerza de trabajo, incluso las más duras. No menos necesaria era otra condición: la concentración de considerables recursos (capital) en unas cuantas manos. Cuando aparece gente obligada a vender su fuerza de trabajo libre y, por otra parte, de gente rica, capaz de comprarla, se crean las posibilidades reales para el surgimiento de la fábrica capitalista, para una aplicación amplia de las máquinas, es decir, las condiciones

imprescindibles para el éxito de la revolución industrial. ¿Cómo se crean estas dos condiciones?

Veámoslo en el ejemplo de Inglaterra, el país clásico del capitalismo, en el que se produjo la primera revolución industrial y donde todas las premisas y causas de este fenómeno, al igual que su marcha, se operaron con gran claridad, poniendo de manifiesto no sólo los rasgos y particularidades específicamente ingleses, sino también los internacionales, típicos y generales para la época en su conjunto.

1. *Surgimiento del proletariado industrial*

¿Cómo transcurrió el proceso de formación del proletariado industrial en Inglaterra? El punto de arranque de este proceso es la revolución agraria, cuyo rasgo principal fue el desalojo de la tierra de los campesinos. En el siglo XV el rasgo predeterminante del sistema económico de Inglaterra era el predominio del minifundio. El régimen de servidumbre había sido liquidado en aquel tiempo y las diversas categorías de campesinos contaban con una economía independiente aunque formal y jurídicamente, en virtud de las leyes vigentes a la sazón en el país, toda la tierra pertenecía a los terratenientes feudales. A fines del siglo XV y comienzos del XVI se produjeron serios cambios en el agro inglés. El desenvolvimiento de las relaciones mercancía-dinero y, en particular, del comercio exterior impedían a los terratenientes a incrementar sus rentas, particularmente en dinero. Por aquel tiempo proporcionaba cuantiosas ganancias la producción de lana que se exportaba en enormes cantidades al continente europeo. A medida que se desarrollaba en Inglaterra la fabricación de paños, se precisaba mayor cantidad de lana. El aumento de la demanda de lana inglesa en los mercados exterior e interior dio lugar a un fuerte desarrollo del ganado lanar en Inglaterra. Los lores feudales ingleses se afanaban cada vez más por convertir las tierras de cultivo en pastizales para las ovejas y emprendieron la expulsión de los campesinos de la tierra ("cercamiento"). Pero el desarrollo de la ganadería y la consiguiente expulsión

de los campesinos de la tierra no fue un fenómeno general y, hasta cierta época, el desalojo de los campesinos de sus tierras fue lento, si bien sumamente penoso. Este proceso se aceleró a fines del siglo XVI y comienzos del XVII, bajo el influjo del desarrollo del capitalismo. El Estado acudió en ayuda de los terratenientes, llamados en Inglaterra *landlords*. La monarquía constitucional inglesa del siglo XVIII era formalmente y de hecho un instrumento del dominio de clase de los grandes terratenientes aristócratas, que vincularon estrechamente su suerte al desarrollo de las formas capitalistas de economía. Los *landlords*, que predominaron en el Parlamento en el transcurso del siglo XVIII, obtuvieron de esta institución más de 1.700 "sentencias de cercamiento", a consecuencia de las cuales los campesinos fueron desalojados por completo de sus tierras. Según la aguda observación de Marx, "los *landlords* se regalaron a sí mismos las tierras del pueblo". Como resultado de tan generosos "regalos", el campesinado libre e independiente desapareció totalmente de Inglaterra. De los 180.000 pequeños labriegos que había en el país a fines del siglo XVII, a finales del XVIII quedaron muy pocos. Un historiador inglés progresista del siglo XIX, A. Toynbee, escribió a este respecto: "Asombra la mera constatación de dicho contraste. Quien no conozca nuestra historia de ese período podría creer que hubo una gran guerra exterminadora, o alguna revolución social violenta, que traspasó de una clase a otra la propiedad de la tierra".

La inmensa mayoría de los campesinos arruinados, desalojados de la tierra, podían obtener los medios de subsistencia como peones de los terratenientes enriquecidos o como obreros asalariados en las ciudades y las zonas industriales, que demandaban constantemente mano de obra. Si los hombres de ciencia burgueses resaltan sobre todo el hecho de que los campesinos despojados de la tierra, en la sociedad capitalista, se liberaron de la opresión feudal en todas sus formas, nosotros no debemos olvidar que fueron así mismo "liberados" de los medios de producción: la tierra, su fuente principal de subsistencia.

La mayoría de los campesinos esquilmados por los terratenientes y el Estado se dirigió a las ciudades, cuya población, en un plazo relativamente breve, se decuplicó varias veces. Ejemplo de ello son los siguientes datos:

Incremento de la población urbana en Inglaterra

	1688	1760	1816
Manchester	6.000	40.000	140.000
Birmingham	4.000	30.000	90.000
Liverpool	4.000	35.000	100.000
Sheffield	4.000	25.000	60.000
Leeds	7.000	—	75.000

Los trabajadores arruinados, arrancados violentamente de la tierra, puestos fuera de la ley, se convertían en masa en mendigos, vagabundos y bandoleros. No es casual que en el período en que se establecen las premisas de la revolución industrial, se dicte en todos los países de Europa Occidental todo un cúmulo de leyes sanguinarias contra el vagabundaje. "Los padres de la clase obrera actual fueron sometidos a castigos, ante todo, por haberlos convertido por la fuerza en vagabundos y depauperados", escribió Marx. La legislación de la época consideraba a aquellas gentes delincuentes "voluntarios" que, de desearlo, podían encontrar ocupación. En el siglo XVI, es decir, cuando comienza la expulsión violenta de los campesinos de la tierra, se promulgó en Inglaterra la ley contra el vagabundaje, que prescribía enganchar al vagabundo a una carretilla, azotarlo hasta que la sangre le corriese por el cuerpo, y luego, hacerle jurar que retornaría a su patria y se dedicaría al trabajo. Si el vagabundo era apresado por segunda vez, el castigo aumentaba; la tercera vez era condenado a muerte como criminal peligroso y enemigo de la sociedad. Las leyes contra los vagabundos, cuya promulgación prosiguió se, aplicaban con implacable crueldad. Durante el reinado de Enrique VIII (1509-1547) fueron ejecutados 72.000 "grandes y pequeños ladrones". En tiempos de la reina Isabel (1558-1603), "los vagabundos eran ahorcados en masa —dice un contemporáneo— y no transcurría un año sin que en uno u otro lugar fuesen ahorcadas 300 o 400 personas".

Leyes semejantes fueron dictadas también en Francia. El 13 de julio de 1777, el rey Luis XVI, posteriormente ejecutado por el pueblo, promulgó una ley en virtud de la cual toda persona sana de 16 a 60 años, que careciese de medios de existencia y de ocupación, debería ser enviada a galeras, el peor castigo de la época.

Así los trabajadores honrados, privados violentamente de la tierra y de otros medios de existencia y convertidos de este modo en vagabundos, se veían obligados a trabajar como asalariados en cualesquiera condiciones, incluso las más duras. La ruina de los modestos campesinos fue la fuente principal, pero no la única, para la formación del proletariado industrial.

Otra fuente sumamente importante de formación del proletario industrial fue la ruina del artesanado de la producción manual, es decir, la ruina de los artesanos de las ciudades, de los tejedores rurales, de los hiladores y de otros muchos representantes de los artesanos labriegos. Su arruinamiento en masa se produjo también cuando el trabajo de la máquina triunfó sobre el trabajo a mano en las ramas principales de la industria. Este proceso se operó en forma particularmente evidente en la industria algodonera.

Antes de la introducción de las máquinas, el proceso de transformación de la materia prima en hilados y, luego, en tejidos, se hacía en casa del obrero, con la participación de toda la familia. Por lo general, la madre y las hijas hilaban y el padre tejía o, de no tejer, sólo intervenía en la preparación de la hilaza, que se vendía después en el mercado local. Las familias de los trabajadores habitaban preferentemente en el campo, pero trataban de acercarse a la ciudad, pues sólo en el mercado urbano podían vender sus artículos. Por lo gene-

ral, el tejedor artesano era también labriego. Tomaba en arriendo una parcela que, si bien no proporcionaba un ingreso sustancial, convertía al tejedor en habitante sedentario y permanente.

Los predecesores del proletariado industrial vivieron mucho mejor que sus sucesores. Trabajaban cuanto podían y ganaban lo suficiente para cubrir sus necesidades. Tenían tiempo libre para el sano trabajo en el huerto o en el campo, trabajo que era de por sí una forma de descanso. Según los recuerdos de los contemporáneos, eran en su mayor parte gente fuerte y robusta, se diferenciaban muy poco o nada de los campesinos de los alrededores. Los hijos se criaban en un ambiente sano, y si bien tenían que ayudar a sus padres en la labor, sólo era de tiempo en tiempo y no en jornadas de ocho o doce horas de trabajo.

El nivel intelectual de estas gentes era sumamente bajo. Los tejedores artesanos llevaban una vida aislada. Raramente sabían leer y escribir, no se ocupaban de política y frecuentaban regularmente la iglesia. Su asistencia a las lecturas de la Biblia era casi su única actividad intelectual. Aunque eran sanos y fuertes, en el aspecto espiritual estaban muertos, pues sólo tenían intereses mezquinos, puramente personales. Su telar y su huerta eran para esta gente mucho más importantes que el pujante movimiento del progreso que abarcaba a toda la humanidad. Este transcurría fuera de su aldea y si llegaban algunos rumores a través del comerciante que venía todas las semanas de la ciudad en busca de la mercancía, interesaba a poca gente. De no ser por la revolución industrial, ninguno de aquellos tejedores hubiese abandonado jamás dicha vida, sumamente tranquila y cómoda, pero completamente indigna del hombre. Tampoco eran hombres en la verdadera acepción de la palabra, sino máquinas de trabajo al servicio de unos pocos aristócratas que regían el destino del Estado. La revolución industrial no hizo más que rematar la obra: terminó de convertir a los obreros en simples máquinas y les privó del último resto de actividad independiente. Pero, con ello, les obligó a

pensar, los obligó a luchar por una situación digna del hombre. Esto dice Engels en su obra *La situación de la clase obrera en Inglaterra.*

La invención de la primera máquina, muy imperfecta, la hiladora mecánica "Jenny", construída por el tejedor Jaime Hargreaves, en 1764, mostró las incomparables ventajas de la producción a máquina sobre el trabajo manual y sentó la base para la ruina en masa de los hiladores; las siguientes invenciones arruinaron a los tejedores. Fue un proceso duro y doloroso. "La historia universal —escribió Marx— no ofrece un espectáculo más horrible que el hundimiento lento, prolongado durante decnios y que culminó por fin en 1838, de los tejedores de algodón ingleses".

Un proceso análogo se operó, con mayor lentitud, en las industrias de la lana, la seda y el lino.

Así pues, la pérdida de la tierra por parte del campesinado y la ruina del artesanado condujeron a la formación del gran ejército de los proletarios, hombres carentes de propiedad y sin otros medios de existencia que la venta de su fuerza de trabajo.

2. *Surgimiento de la burguesía industrial*

Simultáneamente a la clase obrera, se fue formando otra clase de gente poseedora de los instrumentos y los medios de producción capaz de comprar la fuerza de trabajo de los indigentes. ¿Cómo surgió esta categoría de gentes que pasó a formar luego la clase de los capitalistas? ¿Cómo se operó la *acumulación primaria de capital* que fue el punto de arranque de la producción capitalista?

Los historiadores y economistas burgueses explican las causas de la indigencia y la riqueza de manera sumamente simple, pero en absoluto incorrecta. Según ellos, desde los tiempos más remotos existieron, por una parte, grupos de personas laboriosas sensatas y, sobre todo, ahorradoras, y, por

otra parte, una masa de haraganes y descamisados que vendían cuanto tenían para poder vivir. Los primeros acumularon grandes riquezas y a los últimos, a fin de cuentas, no les quedó nada que vender, a excepción de sí mismos. Esta es la pretendida procedencia de la pobreza de las masas, que, no obstante su trabajo, no siempre tienen lo suficiente para adquirir un pedazo de pan, y la riqueza de los pocos, que se incrementa constantemente, aunque estos pocos hace mucho que dejaron de trabajar.

En realidad, el surgimiento de la burguesía, lo mismo que el del proletariado, es un proceso histórico sujeto a determinadas leyes. En el período precapitalista, en la época del feudalismo, la palabra *burguesía* o *burgués* se aplicaba a todos los habitantes de la ciudad. Los ciudadanos, habitantes de las localidades libres, procedían de los campesinos siervos. Constituyeron la población de las primeras ciudades. El desarrollo del artesanado y del comercio condujo a la diferenciación de la población urbana. Desde fines del siglo XV, la palabra "burguesía" significaba ya las capas altas de los ciudadanos: los mercaderes, los banqueros, los dueños de los talleres artesanales y, posteriormente, de las manufacturas. A medida que se fue incrementando su poder económico, la burguesía conquistó o adquirió con su dinero numerosos derechos políticos de sus dueños, los señores feudales. El rápido desarrollo de la burguesía se remonta a los comienzos del siglo XVI. El descubrimiento de América en 1492 y el aprovechamiento de sus riquezas, el descubrimiento en 1498 de la ruta marítima a la India, circundando Africa, la ampliación de las relaciones comerciales con las colonias, impulsaron el desenvolvimiento del comercio, la navegación y la industria y coadyuvaron al incremento de la burguesía. El objetivo principal de la burguesía, en particular desde el momento en que apareció la clase de los obreros asalariados, consistió en concentrar en sus manos un gran capital.

El estudio de la historia muestra que en la lucha por su enriquecimiento propio, la burguesía hizo uso de los medios

más infames, entre los que ocupan el primer lugar las conquistas, la esclavización, el pillaje y otros tipos de violencia.

3. *Cómo la burguesía saqueó a países y pueblos ajenos*

Las miradas rapaces de la burguesía se dirigieron muy pronto hacia otros países y pueblos, cuyo saqueo se convirtió en una ley del desarrollo de la sociedad burguesa. En los países sojuzgados, la burguesía se adueñaba de los objetos de valor y los tesoros, de los productos alimenticios y las materias primas para la industria. Allí encontraba la mano de obra barata, los esclavos, y un vasto mercado para la venta de sus artículos industriales. El exterminio, la esclavización y el entierro en vida de la población aborigen en las minas de Africa, la conquista y el pillaje de la India y de otros países de Asia y de América, la conversión de Africa en coto vedado para la caza de negros, fueron los primeros pasos en la acumulación de riquezas por parte de la burguesía.

La política colonial —es decir, la conquista, la esclavitud y el saqueo de países y pueblos ajenos— hunde sus raíces en el remoto pasado, pero sus consecuencias no se han superado todavía definitivamente y por completo en nuestros días. Al correr de los años cambiaron muchas veces los objetivos y los métodos de la política colonial, pero su esencia fue siempre y continúa siendo la misma: el saqueo y la opresión de los pueblos débiles.

Los primeros en emprender las conquistas coloniales fueron Portugal y España. Ya en el siglo XVI, los portugueses, tras derrotar a sus competidores, los árabes y los egipcios, establecieron su control sobre las salidas del Mar Rojo y del Golfo Pérsico; no tardaron en ocupar Malaca (1511), se adueñaron de las famosas Islas de las Especias (1512), desembarcaron en las costas de China (1517) y del Japón (1542). Los conquistadores portugueses se apoderaron de una parte de la costa africana, se adueñaron del cabo de Buena Esperanza; se asentaron también en el Brasil. El poder de Portugal

en sus colonias, en las tierras conquistadas, era muy grande; es más, no estaba limitado por ninguna ley. Se asentaba en la fuerza militar, en la superioridad de las armas portuguesas, es decir, en la violencia. Sin embargo, todo poder que se apoya solo en la violencia es débil, y por eso resultó poco sólido el dominio portugués.

Mientras que los portugueses saqueaban los países del Oriente, los colonizadores españoles conquistaban América. Entre 1515 y 1519, la expedición mandada por Hernán Cortés sometió y saqueó México, mientras la de Francisco Pizarro (1531 y 1535) hacía lo propio en el Perú y Almagro en Chile. Para liberarlo del cautiverio, Pizarro exigió al inca Atahualpa que llenase de oro una gran habitación hasta una marca que hizo con la mano. Toda una cohorte de gentes rapaces y saqueadoras se lanzó por aquellos tiempos sobre los pueblos de América. Aprovechando su superioridad militar y las disensiones entre las tribus, los conquistadores sometieron a los pueblos americanos e interrumpieron su desarrollo independiente. Pero resultó imposible convertir a los indios en esclavos. Los pueblos de América, amantes de la libertad, resistieron desesperadamente. Luchaban hasta morir el último hombre, pero no se rendían; no sólo se suicidaban, sino que mataban también a sus mujeres e hijos, profiriendo la muerte a la esclavitud oprobiosa. Al ser apresados, muchos de ellos no tardaban en perecer. La colonización fue acompañada de una mortandad desastrosa y rápida de la población. La población autóctona de Haití, al ser descubierta la isla, se componía de varios cientos de millares de habitantes; en 1508 no quedaban más que 60.000; 20.000 en 1512 y en 1548, tan sólo 500. Lo mismo ocurrió en muchas de las islas y en el continente americano. Hubo que abolir la esclavitud de los indios y convertirlos en siervos. El lugar de los esclavos indios lo ocuparon negros de Africa, cuya importación se intensificó inmediatamente.

En tres siglos de dominio (XVI, XVII y XVIII), los españoles sacaron de América metales preciosos por valor de 28.000 millones de pesetas. Estos cuantiosos tesoros se lograron

a costa del exterminio y del enterramiento en vida de tribus completas en las minas. En primavera y en otoño, los galeones, escoltados por barcos de guerra, transportaban las riquezas a España. Los tesoros logrados a tan alto precio quedaban a disposición del rey, del clero y los comerciantes y se invertían en la guerra, en la compra de capitanes, espías y asesinos, en el mantenimiento del numeroso aparato de la monarquía española que oprimía a su pueblo.

El dominio español tampoco fue firme. A fines del siglo XVI, los Países Bajos se colocaron por cierto tiempo a la cabeza de Europa. Esto se produjo porque sus habitantes, por aquella época, se habían liberado del yugo feudal, se había producido la revolución burguesa, desembarazando el camino para el desarrollo del capitalismo. A comienzos del siglo XVII, los holandeses desplazaron a los portugueses y ocuparon su lugar. El centro del sistema colonial holandés fue Indonesia. En 1619, fundaron en la isla de Java la ciudad de Batavia. Los holandeses hallaron en Indonesia toda una serie de Estados feudales hostiles entre sí. Los colonizadores aplicaron la política de incitar a unos contra otros y así empezaron a realizar sus conquistas. Paulatinamente, toda Indonesia se fue convirtiendo en colonia de Holanda. Más de tres siglos oprimieron los colonizadores a este pueblo, tan laborioso y amante de la libertad. Los holandeses poseían factorías en la India, en Irán y China. En sus manos se hallaba una parte considerable del tráfico de mercancías entre el Japón, China, Siam, la India y la costa de Africa. Los mercaderes holandeses obtenían enormes ganancias del comercio intermediario. Los Países Bajos aventajaron considerablemente a otros países en la esfera del comercio y la navegación. A mediados del siglo XVII, invirtieron en el comercio 15 veces más recursos que los ingleses; poseían 10 veces más barcos que Inglaterra. La flota mercante holandesa representaba las tres cuartas partes del tonelaje mundial.

A partir de mediados del siglo XVII, esta situación en la política colonial comenzó a cambiar. En la cuarta década del siglo XVII, se produjo una revolución en Inglaterra. La bur-

guesía subió al poder e inmediatamente inició la lucha por la liquidación del monopolio holandés. En el transcurso de la segunda mitad del siglo XVII, Inglaterra sostuvo tres guerras contra los Países Bajos (1552-1654, 1665-1667 y 1672-1673) y venció en todas. Así concluyó el monopolio colonial de los holandeses. La victoria de los ingleses se explicaba porque las guerras eran sumamente impopulares en Holanda, y también porque el desarrollo de ésta era sobre todo comercial, mientras que en Inglaterra se incrementó la industria. "La historia de la decadencia de Holanda como nación dominante en el comercio —escribió Marx— es la historia de la subordinación del capital comercial al capital industrial".

A fines del siglo XVII, el adversario principal de Inglaterra en la lucha por la hegemonía colonial pasó a ser Francia. Los intereses coloniales de Inglaterra y de Francia se entrechocaban en todo el mundo. En el curso del siglo XVIII esta lucha fue el eje de toda la política exterior de los países europeos.

En las guerras comerciales contra Francia, Inglaterra contaba con algunas ventajas. La principal consistía en que ya había pasado por su revolución burguesa mientras que Francia no hacía más que acercarse a ella. Tras de vencer constantemente a su rival, Inglaterra se convirtió en la fuerza política principal en la India, se apoderó del Canadá y se convirtió en la primera potencia marítima.

Los representantes de la burguesía han escrito montañas de libros acerca de la misión "civilizadora" de los colonizadores, que, al decir de ellos, llevaban la cultura y el humanismo a los pueblos atrasados. ¿Cuáles eran, en realidad, los métodos de la colonización y el trato a la población local? El hombre de ciencia inglés W. Haunt escribió: "La barbarie y las crueldades descaradas de las llamadas razas cristianas, perpetradas en todas las partes del globo contra todos los pueblos que pudieron someter, sobrepasaban todos los horrores habidos en cualquier época histórica por cualquier raza, sin excluir los

más salvajes y bárbaros, los más despiadados y descarados. Los colonizadores practicaron en gran escala el sistema de robar gentes para venderlas como esclavos. Por ejemplo, en las islas Célebes, en Indonesia, reclutaban a personas especiales que se dedicaban al rapto de muchachos y muchachas para convertirlos en esclavos. Esos forajidos entraban en trato criminal con los príncipes locales y se llevaban a los jóvenes, que eran encerrados en prisiones secretas, en las islas, donde se hallaban en condiciones terribles, hasta alcanzar la edad apropiada para ser vendidos como esclavos. En uno de los relatos oficiales de la época se dice: "Por ejemplo, esta ciudad de Makassar está llena de prisiones secretas, a cual más horrible, repletas de víctimas de la avaricia y la tiranía, encadenadas, arrancadas por la fuerza a sus familias".

Para adueñarse de Malaca, los colonizadores holandeses sobornaron al gobernador portugués. En 1641, éste los dejó entrar en la ciudad. Comenzaron su dominio matando al gobernador para no pagar la suma establecida. La explotación implacable y el saqueo ocasionaron la mortandad en masa de la población autóctona. En 1750 la provincia de Banguvang, en Java, contaba 80.000 habitantes, de los que en 1811 no quedaban más que 8.000. Los intentos de exterminar a la población aborigen eran un fenómeno muy corriente. En 1703, la Asamblea Legislativa de Nueva Inglaterra acordó otorgar un premio de 40 libras esterlinas por cada cabellera de indio y por cada piel roja prisionero; en 1720, el premio por cada cabellera se elevó a 100 libras. En 1744 se señalaron las siguientes remuneraciones: por la cabellera de un hombre de 12 años en adelante, 100 libras esterlinas en nueva moneda; por un prisionero del sexo masculino, 105 libras; por una mujer o niño prisionero, 55 libras; por cada cabellera de mujer o de criatura, 50 libras.

Así llevaban los colonizadores la "cultura" a los pueblos, con ese "espíritu de ahorro" acumulaba el capital la burguesía.

Quizá la página más repelente por su perfidia, su bajeza

y su crueldad, la escribieron en la historia los colonizadores ingleses de la India. En la década del 60 del siglo XVII se apoderaron de Bengala, la provincia más rica del país. El tesoro fue robado y luego se impuso a la población de la provincia una enorme contribución, que debían pagar de preferencia los trabajadores. Los colonizadores utilizaron en gran escala el trabajo de los esclavos, obligando a trabajar gratis a los tejedores indios. Las impunes violencias que ejercieron los conquistadores hicieron que la población huyese ante la sola presencia de un inglés. Como consecuencia del dominio de los "piadosos" colonizadores, en 1770, se desencadenó en Bengala un hambre terrible, como no la había registrado el país hasta entonces. A causa del hambre perecieron siete millones de indios. El mismo procedimiento siguieron en el principado de Karnatic, en el Sur de la India. Obligaron a la población a pagar enormes impuestos, que se percibían mediante la violencia más descarada. Los campesinos y sus familiares eran encarcelados y cruelmente atormentados, las mujeres y los adolescentes se vendían como esclavos. En 1769-1770, los ingleses organizaron artificialmente el hambre: compraron todo el arroz y sólo lo venderían a precios fabulosos. Mientras millones de seres humanos morían de hambre, las "autoridades legítimas", para incrementar el tesoro, vendían a los hambrientos medios de subsistencia a precios exorbitantes. Después de someter a Bengala y de ocuparla con sus tropas, los colonizadores ingleses se apoderaron del tesoro del Estado, llevándose unos 58 millones de libras esterlinas. A continuación impusieron contribuciones excesivas a la población. El dinero obtenido se invertía en el sostenimiento de los funcionarios ingleses, el pago de las tropas, la adquisición de mercancías indias. De esta manera, sólo en 20 años (de 1760 a 1780) se llevaron mercancías por valor de 12 millones de libras esterlinas, sin desembolsar un solo penique.

En el saqueo de Bengala el oficial y funcionario colonial inglés R. Clive se apoderó de 200.000 libras esterlinas en oro y gran número de piedras preciosas del tesoro del Nabab. Acusado de robo y exacciones durante su gestión en la India,

Clive declaró en la Cámara de los Comunes: "La rica ciudad se hallaba a mis pies, el pujante Estado estaba en mi poder, sólo para mí estaban abiertas las puertas del sótano del tesoro repleto de lingotes de oro y plata, de piedras preciosas. Yo no tomé más que 200.000 libras. ¡Señores, hasta ahora no he dejado de admirarme de mi modestia!". La Cámara de los Comunes llegó a la conclusión de que si bien debían reconocerse los hechos del abuso de autoridad y exacción, cabía señalar que "lord Clive habían prestado dignos servicios a Inglaterra".

En los primeros cien años de dominio en la India (1757-1857), los ingleses, según datos incompletos, se llevaron de allí valores por más de mil millones de libras esterlinas.

Los años de la formación de la clase burguesa se inscribieron en la historia con sangre y fuego.

¿Cuáles fueron los resultados principales de la primera etapa de la política colonial? El saqueo, el bandidaje, la trata de esclavos, el exterminio de tribus enteras e incluso de pueblos, aseguraron a los colonizadores europeos la acumulación de capital, tan necesario para el desarrollo de la industria capitalista.

El sistema colonial facilitó el desenvolvimiento del comercio y la navegación en proporciones inauditas. Aseguró un vastísimo mercado de venta para la industria.

El sistema colonial creó gran número de fuertes fortunas privadas. Muchos capitalistas de Europa y de América, que ahora disponen del destino de sus países, son descendientes de piratas, contrabandistas, comerciantes de esclavos y otros delincuentes.

Al propio tiempo, la política colonial impulsó el desarrollo del capitalismo en los países europeos, es decir, los ayudó a pasar de la organización económico-social feudal a la burguesa, más elevada. Otros fueron los resultados para los países de Oriente. Las diferencias principales son las siguientes:

1. Los valores y los tesoros de que se apropiaban los colonizadores eran llevados a la metrópoli, y sólo allí se convertían en capital, es decir, se invertían en el fomento de la industria, el transporte y la agricultura. Para los países saqueados fue una pérdida irreparable, mientras que para la metrópoli eran nuevos recursos complementarios para el desarrollo de la economía.

2. La apropiación de las tierras campesinas en la metrópoli —lo vemos en el ejemplo de Inglaterra— dio lugar al surgimiento de la agricultura capitalista, o sea de una economía de tipo más elevado. En las colonias no ocurrió lo mismo. El desalojo de los campesinos de las colonias tuvo como consecuencia principal la intensificación de la explotación feudal, la destrucción de fuerzas productivas del campo, la muerte de millones de seres humanos.

Por ejemplo, el hambre de 1770, producida por las contribuciones rapaces de los ingleses, se llevó a un tercio de la población de la rica y poblada Bengala: más de 10.000.000 de vidas humanas. La rapacidad de los holandeses en Java acarreó la despoblación de regiones enteras, la muerte en masa de la población, la lucha de gente que abandonaba los valles fértiles por las montañas.

3. La colonización del Oriente por los europeos fue acompañada de una considerable intensificación del empleo del trabajo de los esclavos y de los campesinos en aquellos países.

Así pues, la política colonial contribuyó al establecimiento de las nuevas relaciones de producción, relaciones burguesas, en Europa, en las metrópolis, mientras que en las colonias de Oriente tuvo como consecuencia el mantenimiento y la consolidación de las viejas relaciones de producción feudales.

En la segunda mitad del siglo XVIII, primero en Inglaterra, luego en algunos otros países, se crearon todas las condiciones para la revolución industrial.

1. Los capitalistas disponían de grandes sumas de dinero

"acumuladas" como consecuencia del despojo de las colonias y de los beneficios del ventajoso comercio con los países de ultramar.

2. La revolución agraria, que privó de tierra a los campesinos, formó un numeroso ejército de personas carentes de toda propiedad y obligadas en consecuencia a vender su fuerza de trabajo. Lo mismo ocurrió como resultado de la ruina de los artesanos.

3. En unos países, la revolución burguesa, y en otros, las reformas burguesas, contribuyeron a la promulgación de legislaciones políticas y económicas que facilitaban el desarrollo de la gran producción.

4. La ruina de los artesanos y la revolución agraria crearon un vasto mercado interior para la venta de las mercancías que producían las grandes manufacturas. La expropiación del campesinado hizo desaperecer la industria complementaria rural, indisolublemente ligada a la agricultura, privados de los medios propios de producción y teniendo que vivir de la venta de su fuerza de trabajo, los antiguos campesinos debían adquirir ahora los alimentos, las ropas y otros artículos de consumo en el mercado. El mercado interior se incrementó también a cuenta de los granjeros, no sólo tenían que adquirir las subsistencias, sino también los medios de producción (aperos agrícolas, abonos minerales, etc.).

La manufactura, basada en el trabajo manual, no podía seguir satisfaciendo la demanda de mercancías. Se precisaba de las máquinas; éstas debían aparecer, y fueron creadas.

ETAPAS FUNDAMENTALES DEL DESARROLLO DE LA TECNICA

4. *Las primeras máquinas*

La revolución industrial se inició en la producción algodonera. Era ésta una nueva rama de la industria inglesa, que no estaba protegida por la ley contra la competencia extranjera (los tejidos de algodón podían importarse a Inglaterra de otros países, sin el pago de grandes derechos de aduana). Por eso los hilanderos y los tejedores ingleses experimentaban grandes dificultades. Su principal competidora era la India, cuna de la industria del algodón. Los artículos indios eran de calidad superior a los ingleses. Los tejidos de algodón, de color las muselinas, la indiana, aparecieron a fines del siglo XVII en la corte, y luego se extendieron en la sociedad inglesa. Los tejedores ingleses, que no sabían fabricar aquellos tipos de tejidos, quedaron en difícil situación: sólo podían producir tipos bastos de hilados y tejidos. En 1700 y en 1719, el Parlamento promulgó leyes que prohibían la importación de telas de la India, de Irán y de China. Pero estas leyes no alcanzaron su objetivo: los excelentes y baratos tejidos extranjeros penetraban cada vez más en el mercado inglés. Los patronos trataron de tomar medidas: en 1775, se fundó una sociedad en Edimburgo para luchar contra la moda de las telas de algodón indias. Los miembros de esta sociedad se obligaban a boicotear a todos los hombres que mantuvieran relaciones con damas que llevasen vestidos de algodón. Es natural que la medida no diese resultado.

La salvacón llegó por otro lado. La industria algodonera

inglesa, como rama nueva, no se veía constreñida por reglas viejas, heredadas del régimen gremial, que destruían toda iniciativa. Estas reglas vigentes, por ejemplo, en la industria de la lana, exigían del maestro la confección de piezas de determinada longitud y anchura, sólo del color reconocido, etc. Toda desviación de estas reglas acarreaba la destrucción del artículo fabricado y, a veces, un castigo más grave para el maestro. Por consiguiente, de una parte, se exigían perfeccionamientos y, de otra, se prohibían. El perfeccionamiento comenzó en la producción de tejidos cuando el mecánico Kay, en 1733, inventó la lanzadera.

La lanzadera es un dispositivo especial que se usa para tramar. Antes de esta invención, el tejedor efectuaba la operación haciendo pasar la canilla ora a la derecha, ora a la izquierda. Para impulsar la lanzadera, basta con tirar de la palanca con el cordón. Esto acelera en alto grado el proceso y eleva el rendimiento del trabajo, exigiendo menos habilidad y experiencia, una calificación más baja que la utilización de la canilla corriente. Así se creó la máquina sumamente simple, por el momento, sin impulsión a vapor. C. Marx escribió al respecto: "La máquina que originó la revolución industrial sustituye al obrero que actúa a un tiempo con un solo instrumento por el mecanismo que opera de una vez con una masa de instrumentos iguales u homogéneos y lo pone en acción una sola fuerza motriz, cualesquiera que sea la forma de ésta". Las consecuencias de esta invención, sumamente modesta a primera vista, fueron enormes. Se duplicó la cantidad de producción del tejedor. Pero lo principal consistía en que se quebrantaba el equilibrio natural existente entre la producción de hilados y tejidos. Los hiladores no daban abasto en la producción de hilados para los tejedores que, gracias a la invención de Kay, comenzaron a trabajar con una rapidez doble de la anterior, mientras que los hiladores continuaban con el mismo rendimiento de trabajo. Surgió el "hambre de hilados" que demandaba insistentemente perfeccionamiento en la hilandería.

En 1738, J. White y Lewis Paul inventaron los rodillos

de estirar, que sustituían a los dedos del hilador. A continuación, Highs construyó una máquina de hilar, que actuaba por la fuerza del agua, la llamada "machine water", invención de la que se apropió el hábil y emprendedor barbero y relojero Arkwright.

Con la máquina de Arkwright se fabricaban hilos fuertes, pero muy gruesos. Con estos hilados sólo podían confeccionarse tejidos bastos. Por eso, a pesar del ascenso vertical de la productividad del trabajo, la competencia de los tejedores de la India, que producían tejidos de alta calidad, no disminuyó. Se precisaba una máquina para la producción de hilados finos. Por fin, en 1765, la inventó el tejedor y mecánico Hargreaves, que la denominó "hiladora de Jenny" en honor de su hija. La "Jenny" proporcionaba un hilado fino, pero el mecanismo era excesivamente frágil. La máquina se movía a mano, pero en lugar de un huso, como la hiladora manual corriente, tenía 16 o 18 husos que ponía en movimiento un solo hilador. Se obtuvo la posibilidad de producir muchos más hilados que antes. Si hasta entonces por cada tejedor trabajaban tres hiladores y el hilado no bastaba, ahora se producía más del que podían utilizar los tejedores existentes. Se precisaron más tejedores, y su salario se elevó. El tejedor abandonó sus ocupaciones agrícolas y se dedicó exclusivamente a tejer Poco a poco, el tejedor labriego fue desapareciendo y se convirtió en obrero tejedor, carente de toda propiedad y viviendo sólo de su jornal.

Con la aparición de las primeras máquinas, sumamente imperfectas, no sólo comenzó a desarrollarse el proletariado industrial, sino que se impulsó el surgimiento del proletariado rural. ¿Cómo sucedió?

Hasta entonces hubo multitud de pequeños agricultores, los llamados "yeomen", que laboraban su pequeña parcela. La renuncia de los tejedores campesinos a practicar la agricultura y, por consiguiente, a su parcela de tierra, hizo que surgieran los grandes arrendadores, que asentaron en las parcelas que

habían quedado libres. Los grandes arrendadores, aprovechando todas las ventajas que proporciona la gran hacienda y la inversión de capitales en el mejoramiento de las tierras, podían vender sus productos mucho más baratos que los modestos labriegos. Estos no tuvieron más remedio que vender sus parcelas, que no podían proporcionarles el sustento. La mayoría obró así. Tras de vender su tierra, el "yeoman" propietario se convirtió en proletariado rural, yendo a trabajar como jornalero del gran arrendador.

El desarrollo de la industria, que se operó paralelamente a los cambios de la estructura social, no paró aquí. En 1799, un hilador, hijo del granjero Samuel Crompton, construyó una máquina que reunía los principios de las máquinas de Hargreaves y de Arkwright. Por ser una fusión de las dos invenciones precedentes, por su origen híbrido, recibió la denominación popular de "mula". La máquina de Crompton proporcionaba un hilo fino y fuerte que servía para la producción de tejidos caros, en particular, de la muselina. Esta invención incrementó de súbito el rendimiento del trabajo a proporciones enormes, jamás vistas. Ahora una máquina, manejada por una persona, tenía hasta 120.000 husos. Gracias a las invenciones en la producción de hilados, la cantidad de éstos aumentó varias veces. Los tejedores seguían trabajando a mano y resultaban incapaces de elaborar toda la masa de hilados que producían las fábricas. El "hambre del tejido" fue liquidada mediante la introducción del telar mecánico, inventado por el Rev. Cartwright de Kent (1785).

La utilización del telar del Cartwright incrementó cuarenta veces el rendimiento del trabajo. En otras palabras: un obrero producía tanto como cuarenta tejedores a mano. Paulatinamente el telar de Cartwright se fue perfeccionando y, por fin, terminó con el telar a mano, como antes la "Jenny" y la máquina "mula" liquidaron el hilado a mano.

Gracias a éstas y a otras invenciones, el trabajo mecánico triunfó sobre el manual en las ramas principales de la industria inglesa. Los resultados no tardaron en aparecer. Por un lado,

se produjo un rápido descenso de los precios de todos los artículos fabriles, un florecimiento del comercio y de la industria; se conquistaron muchos mercados extranjeros, se incrementaron con rapidez los capitales y las riquezas nacionales. Por otro lado, se operó un rápido crecimiento cuantitatvio del proletariado, los trabajadores perdieron toda seguridad en el salario, se hicieron más frecuentes los disturbios obreros.

5. *La máquina de vapor*

El auge de la industria no se limitó a la producción de tejidos, sino que afectó a todas las ramas. Pero en tanto que la fuerza motriz fueran los animales o el agua, no podía aparecer el sistema fabril. Este sólo surgió con la invención de la máquina de vapor. En la solución de este gran problema laboraba el pensamiento técnico avanzado mundial. El primero en inventar la máquina de vapor fue el mecánico ruso I. Polzunov. Pero dadas las condiciones de atraso de la Rusia feudal, el invento de Pulzonov no halló aplicación.

En 1765, el inventor inglés James Watt construyó un modelo de máquina de vapor. Cuatro años después, en 1769, construyó su primera máquina de vapor. El invento halló muy pronto aplicación en las empresas de Inglaterra. En 1780, en Birmingham funcionaban 11 máquinas de vapor, en Leeds 20, y en Manchester 32.

La invención de la máquina de vapor marcó una nueva etapa de la revolución técnica. Juntamente con la máquina de vapor entra en escena la ciencia. Todos los inventores precedentes habían sido artesanos prácticos, con muy poca o ninguna relación con la ciencia. Sus invenciones tenían un carácter puramente práctico y no se parecían en absoluto a las investigaciones científicas. La invención de la máquina de vapor, en cambio, fue el resultado de los conocimientos prácticos; sólo puede efectuarla un hombre que, además de la habilidad práctica, contase con grandes conocimientos en la esfera de las

ciencias exactas. La invención y la aplicación en gran escala de la máquina de vapor fue la base de la gran industria: las máquinas pudieron existir antes de la invención de la de vapor, pero no pudo haber producción mecánica. La introducción de la máquina de vapor en la producción presentaba enormes dificultades: exigía la creación de una nueva rama de la industria con su personal y sus instalaciones. En el curso de la invención de la máquina de vapor se evidenciaron ya los rasgos negativos del régimen burgués, con su competencia y la avidez de enriquecimiento: el ingeniero Jonathan Hornblower aventajó a Watt en el estudio del aprovechamiento de las altas presiones del vapor. Su máquina, más complicada que la de Watt tenía dos cilindros que se llenaban de vapor alterantivamente. La máquina tuvo gran éxito, pero en lugar de aunar los esfuerzos de los dos hombres de ciencia, que laboraban en un mismo campo, el fabricante Boulton, que financiaba a Watt, entabló demanda judicial contra Hornblower. Este fue reconocido culpable y se arruinó.

La invención de la máquina de vapor sentó la base de una nueva distribución de las empresas industriales. Antes, todas las fábricas, impulsadas por la energía hidráulica, podían emplazarse solamente a orillas de los ríos de corriente caudalosa y rápida, lejos de las ciudades, los mercados y las fuentes de materias primas. Ahora todo había cambiado. La máquina de vapor podía instalarse en cualquier lugar, donde pudiera obtenerse carbón mineral a precio asequible. El carbón mineral abundaba en toda Inglaterra. En adelante, las fábricas podían construirse cerca de los mercados, en los que era posible adquirir materia prima y vender los artículos, aproximarse a los grandes centros de población, en los que se reclutan los obreros. Las moles de los edificios fabriles se apretujaban unas contra otras; en las grandes ciudades se formaron los suburbios obreros, sobre los que se ciernen constantemente las nubes de humo de los hornos de las máquinas de vapor.

6. *La siderurgia y la minería*

El desarrollo de la gran industria planteó el problema de perfeccionar la metalurgia y la minería. La construcción de máquinas demandaba cantidades ingentes de hierro y acero. Pero precisamente estos materiales eran escasos en Inglaterra. Los riquísimos yacimientos de mineral de hierro apenas si se explotaban. En la segunda década del siglo XVIII había en Inglaterra 60 altos hornos. Su producción anual era de 17.000 toneladas de hierro colado, es decir, mucho menos de lo que produce hoy día un solo horno. Por entonces, Inglaterra importaba anualmente del extranjero alrededor de 20.000 toneladas de hierro. En particular procedía de Suecia y de Rusia, países que en aquella época se hallaban muy rezagados respecto a Inglaterra en todos los sentidos.

¿Qué ocurrió? En el siglo XVIII, para convertir el mineral en fundición y ésta en hierro, se utilizaba exclusivamente leña. Esto produjo la destrucción de enormes extensiones de bosques. El gobierno inglés tomó medidas de protección de los bosques del país, ya que precisaba madera para su cuantiosa flota. A fines del siglo XVIII se promulgó una ley que prohibía el emplazamiento de empresas siderúrgicas en las cercanías de Londres y a orillas del Támesis. La producción de metales descendió, pero la destrucción de los bosques proseguía. Los altos hornos continuaban devorando enormes cantidades de carbón de leña, que se volvía cada vez más caro. Entre tanto, los riquísimos yacimientos de carbón mineral continuaban intactos.

La utilización del carbón de hulla como combustible se conocía desde tiempos remotos, pero no se había logrado utilizarlo para la fundición de hierro. La causa estribaba en que todavía no se había conseguido volver inofensivas las sustancias contenidas en la hulla (en especial, el azufre) y como consecuencia, la fundición que se obtenía con el carbón mineral era inservible. Los técnicos ingleses trataban de hallar el procedimiento para emplear el carbón mineral en la side-

rurgia, pero sus intentos fracasaron, hasta que, en 1735, Abrahan Derby, dueño de unas minas, obtuvo buenos resultados.

Derby elaboró el procedimiento de aplicar cal viva al mineral y obtuvo, por fin, una fundición de alta calidad. "El mismo permaneció junto al horno —recuerda un contemporáneo— durante seis días y seis noches, casi sin dormir, comiendo allí mismo, junto a la boca del horno. En la tarde del sexto día, después de más de una decepción, la experiencia tuvo éxito, y la colada salió de lo mejor. Entónces Derby se durmió al lado de la llama del combustible, con un sueño tan profundo que los obreros no pudieron despertarle y lo llevaron a su casa, que distaba un cuarto de milla del horno". La unión que a partir de entonces se estableció entre la hulla y el hierro abrió un magnífico futuro para la industria inglesa.

El procedimiento de Derby permitió la fundición en masa. Pero en seguida surgió el segundo problema: ¿cómo convertir la fundicin de hierro en forja? Esta operación se seguía efectuando con el carbón de leña y tenía un carácter artesano. Sólo podía haber una salida: utilizar el carbón mineral, como se había hecho para la obtención de la colada.

Esta vez, el período de búsqueda fue relativamente breve. En 1762, John Robek obtuvo resultados excelentes y muy prometedores. Su procedimiento era muy cercano al del pudelado que aún se sigue empleando. La invención del pudelado se coronó en 1784. Es curioso el hecho de que fue inventado casi simultáneamente en dos lugares. Los inventores no se conocían y su destino fue totalmente diferente: el maestro de fábrica Peter Onions permaneció desconocido, a pesar de ser el primero; en cambio, Henry Cort, abastecedor del Almirantazgo, que se hallaba en relaciones con altas personalidades, difundió inmediatamente la noticia de su procedimiento.

El proceso del pudelado consiste en lo siguiente: el arrabio, que contiene diversas sustancias mezcladas, se parte al principio en pedazos y se calienta al fuego de coque. Como resultado de esta operación, pierde una parte de carbono. La segunda etapa

del proceso consiste en que la colada se mezcla en el horno con escorias que contengan óxido férrico. Al fundir la masa, los restos de carbono que contiene la fundición se combinan con el oxígeno. Para acelerar el proceso, se remueve la masa incandescente. La fundición, exenta de carbono, se saca, se elimina la escoria con el martillo y se lamina en los rodillos. El resultado práctico fue inmediato.

Sin embargo, los propietarios de las grandes empresas siderúrgicas desconfiaron al principio de la invención. El gran inventor James Watt escribió: "Cort encuentra una actitud que no merece de parte del mundo de los negocios. Todos son unos asnos y unos ignorantes". Pero pronto "los asnos y los ignorantes" se presentaron al inventor para ofrecerle sus servicios. Los resultados fueron magníficos: La producción de hierro en pletinas se decuplicó varias veces. Los industriales se enriquecieron, obteniendo cientos de miles de libras esterlinas de beneficios. En cuanto a Cort, como la mayor parte de los inventores de la época, corrió una suerte trágica. Los hábiles negociantes lo engañaron astutamente, lo arruinaron y se quedaron con la patente. Cort pasó sus últimos años sumamente pobre, debiéndose contentar con una modesta pensión.

Mejor suerte corrió Hunstman, el inventor del procedimiento de producción de acero mediante el crisol. En lo fundamental, la invención de Hunstman consistió en fundir el metal a temperaturas sumamente elevadas, en crisoles de tierra refractaria, herméticamente cerrados, en unión de una pequeña cantidad de carbón vegetal y vidrio molido. Después de una resistencia desesperada de sus competidores, logró el reconocimiento general de su procedimiento y construyó la primera fundición de acero.

Las invenciones de Derby, Cort y Hunstman tuvieron una gran importancia, pues permitieron organizar la producción de hierro y acero en gran escala; además, sustituyeron el caro carbón vegetal, por mineral. No sólo incrementaron la producción, sino que mejoraron en alto grado su calidad. Los primeros pasos de la revolución industrial en la siderurgia no condujeron

a una sustitución decisiva del trabajo manual por la máquina. Pero el predominio del trabajo manual en las nuevas condiciones, duró poco; pronto aparecieron también las máquinas en esta rama de la industria.

Los cambios de los métodos de producción en la siderurgia no sólo transformaron esta rama de la industria, sino ciudades y regiones enteras. Los viajeros extranjeros, que visitaron Inglaterra a fines del siglo XVIII y principios del XIX, nos dejaron opiniones entusiastas. El sueco Erik Swedensherna, que visitó Inglaterra en 1802-1803, quedó asombrado. "En derredor de Swansea —escribió— hay tantos hacinamientos de fundiciones de cobra minas de carbón, depósitos, canales, acueductos y vías férreas, que el viajero, al llegar allí, no sabe hacia qué lugar dirigir su atención". La ciudad de Merthyr Tydfil, que 20 años atrás "era una villa insignificante, está desconocida". En el trayecto de 5 kilómetros, el vaijero contó 13 altos hornos, construídos en hilear en el angosto valle del río Taff; cada horno producía por término medio 40 toneladas de colada a la semana.

El viajero francés Foge de Saint Faune obtuvo permiso en 1796, para visitar las fábricas de armas de Inglaterra. "Entre estas máquinas de guerra —escribía—, estos terribles instrumentos de muerte, grúas gigantescas, toda suerte de puertas, palancas y sistemas de bloques, situados en los lugares apropiados sirven para el traslado de gran número de cargas pesadas. Su movimiento, el estridente chirriar de los bloques, el golpear de los martillos, la actividad de las manos que impulsan tal cúmulo de máquinas, todo esto representa un espectáculo tan nuevo e interesante... Estos talleres sucesivos son tantos que el aire se calienta en un gran espacio y, de noche, lo llena todo el brillo del juego y de la luz, de manera que cuando uno observa desde cierta distancia semejantes masas de carbón ardiendo, por un lado, y por otro, los haces de lenguas de fuego que salen de los altos hornos, cuando oye el golpear de los pesados martillos mezclados con los silbidos de las bombas de aire, no sabe si se encuentra al pie de un volcán en erup-

ción o si por arte de magia se trasladó a la entrada de la gruta donde Vulcano y sus cíclopes forjan el rayo". El espectáculo ofrecido por aquellas fábricas da una idea clara de la grandiosa revolución que se produjo en el dominio de la siderurgia.

Como resultado, el hierro se abarató mucho y se diversificó su utilización. Los rieles de madera fueron sustituídos por los de hierro; en lugar de fuelles de piel, aparecieron los metálicos; se construyeron depósitos de hierro para las fábricas de cerveza y las destilerías, tubos de hierro de todas las medidas, etc. En 1779 se construyó el primer puente de hierro, en 1796 el segundo, y en 1797 el tercero. En 1787, navegó por el río Severn el primer barco metálico, construído con planchas de hierro remachadas. En 1788, en una de las fábricas de Inglaterra se fabricaban alrededor de 9.000 metros de tuberías de fundición para el abastecimiento de aguas de París. Pero lo más importante fue la utilización del metal en la construcción de maquinarias.

De todas las nuevas aplicaciones del hierro, ésta fue la más importante. En las viejas máquinas, la mayoría de las piezas eran de madera, a excepción de algunos resortes. La célebre máquina de hilar de Arkwright, por ejemplo, era toda de madera. Por eso, todas las máquinas tenían movimientos irregulares y su desgaste era muy rápido. El empleo del metal en gran escala permitió la construcción de laminadoras, tornos para la elaboración de metales y martillos hidráulicos. No cabe duda de que Watt no hubiera podido construir su primera máquina de vapor, si no le hubiesen proporcionado previamente cilindros metálicos de forma irreprochable, que inútilmente intentaron construir con los viejos métodos. A fines de la década del 80 del siglo XVIII, se construyeron, según diseños de Watt, nuevos molinos de vapor, cuyas piezas eran todas de metal. Las máquinas de hierro, empezaron a desalojar a las de madera de todas partes. Por espacio de algunos años, no hace aún mucho, la atrasada siderurgia inglesa fue la más avanzada del mundo.

7. *Medios de comunicación*

Al ampliarse la producción y el mercado de venta, se necesitaban medios de comunicación más perfectos. Aún antes de comenzar la revolución industrial, los caminos no satisfacían las necesidades de la población. Según testimonios de los contemporáneos, eran "molestos, malos, y dignos tan solo de ser destruídos". Por ellos transitaban penosamente, como mil años atrás, únicamente bestias de carga. Los transportes eran lentos y sumamente caros. Entre Inglaterra y Escocia, en general, no había comunicación regular. De Londres a Oxford se tardaba no menos de dos jornadas, y las cargas requerían más de tres semanas para llegar a Liverpool.

La etapa inicial de la revolución industrial está relacionada con la intensificación de la construcción de caminos. Sólo en el quinquenio de 1769 a 1774, el Parlamento votó más de 450 decretos sobre la construcción de nuevos caminos o mejoramiento de los viejos. Con el mejoramiento de los caminos, la velocidad de las comunicaciones comerciales aumentó a más del doble. A partir de 1756 aparecieron las comunicaciones postales y de viajeros regulares entre Londres y Edimburgo. Las bestias de carga fueron sustituídas en casi todas partes por las carretas. Sin embargo, para la conducción de cargas voluminosas y pesadas, el transporte terrestre continuaba siendo muy caro e incómodo. Surgió la idea de sustituir los caminos por las comunicaciones fluviales. La construcción de canales comenzó a principios de la segunda mitad del siglo XVIII. En 1755 fue construído un canal de 11 millas de longitud entre Liverpool y Manchester. Como consecuencia de la apertura del canal, los gastos en el transporte de mercancías se redujeron a la mitad. En 1766 se abrió un canal de 29 millas. A fines del siglo XVIII, el "Gran Canal de Unión comunicaba a Londres con las ciudades del centro de Inglaterra. Hacia 1825, la red de canales alcanzó 500 millas de longitud. A principios de la década del 40 del siglo XIX, Inglaterra disponía de 2.200 millas de canales y de 1.800 millas de ríos navegables. En unos 30 años el país se cubrió de todo un sistema de canales, abier-

tos preferentemente en los condados del centro y del norte del país.

Todos los canales los construyeron particulares, dueños de grandes manufacturas o magnates de la industria. Pero la verdadera revolución en los medios de transporte está relacionada con la aplicación del vapor y la invención de la locomotora y el barco de vapor. En el primer cuarto del siglo XIX, los veleros comenzaron a ser sustituídos por los vapores, y las torpes y pesadas diligencias por los ferrocarriles.

El primer vapor se botó en 1807 en el río Hudson, en Norteamérica. Su inventor y constructor fue Robert Fulton. En Gran Bretaña, el primer vapor se construyó en 1811. En 1816 un vapor cruzó por primera vez el Canal de la Mancha. Tres años después, en 1819, el vapor norteamericano *Savannah* hizo el primer viaje entre el Nuevo y el Viejo Mundo, cruzando el Atlántico en 25 días, o sea en 6 días más que los barcos de vela. En 1842, el vapor inglés *Drover* realizó el primer viaje en derredor del mundo. Hasta entonces sólo los barcos de vela habían circundado el globo. En los primeros tiempos, la navegación a vapor fue más lenta que la de vela y resultaba más cara; muchos comerciantes y empresarios no querían utilizarla, pero los más sagaces no tardaron en darse cuenta de sus ventajas en un futuro próximo.

Todavía la mayor trascendencia fue la construcción de los ferrocarriles. La idea de construir un carro automotor se remonta al siglo XVII. Precisamente en ese siglo, el matemático holandés Stavinus construyó un carro con vela. En el siglo XVIII se inicia la construcción de carros impulsados por vapor, para lo cual se adaptó la máquina de Watt a una carreta corriente de cuatro ruedas. En París semejantes carretas, inventadas por el ingeniero Cougnaut, aparecieron en 1769 y marchaban a una velocidad de 3 kilómetros y medio por hora. Pero el mal estado de los caminos impedía su utilización en gran escala. Los rieles de madera se utilizaban ya en los siglos XV y XVI en las minas, para el transporte de minerales. En la década del 60 del siglo XVIII se empezaron a utilizar en

Inglaterra rieles de fundición y, posteriormente, de hierro. A partir de 1801 aparecen los ferrocarriles con tracción de sangre; el primero se construyó para el transporte de mercancías, sobre todo, de hulla, desde el río Támesis a la parte alta de Londres. Hasta 1825, se otorgaron en Inglaterra 29 concesiones para la construcción de ferrocarriles con tracción de sangre. Mediante cierto pago, cualquiera podía utilizar los caminos de hierro para el transporte de cargas con sus carretas y caballerías.

En 1812, el mecánico inglés George Stephenson logró inventar la locomotora, elemento primordial del transporte ferroviario. La primera locomotora podía transportar 8 vagones con una carga total de 20 toneladas, a una velocidad de 6 kilómetros por hora, es decir, mucho más lento que los caballos. 17 años después, en 1829, el propio Stephenson obtuvo un premio por su locomotora "Cohete" que podía desarrollar una velocidad hasta de 60 kms. por hora, sin carga, y de 25 kms. por hora con una carga de 38 toneladas. En 1830 se inauguró el primer ferrocarril, que comunicaba dos grandes centros industriales de Inglaterra: Liverpool y Manchester. En 1832 se inauguró en Francia el tráfico de viajeros entre Saint Etienne y Ruán. En Alemania, el primer ferrocarril, entre Nuremberg y Furth, se construyó en 1835. Ese mismo año comenzó a funcionar el primer ferrocarril de Rusia, entre Petersburgo y Tsárskoie Selo. A partir de entonces se abre la era de los ferrocarriles en Europa y los Estados Unidos.

Los primeros ferrocarriles tuvieron una acogida muy poco afectuosa por parte de las más diversas capas de la población. Los accionistas de las pocas compañías que poseían canales, carreteras y diligencias temían por sus enormes ingresos. Muchos agricultores tenían miedo de que bajasen los precios de la avena y del heno y de que se produjera la ruina de la cría caballar como consecuencia de la sustitución de la tracción de sangre por la locomotora. Los campesinos supersticiosos achacaban al humo de las locomotoras las prolongadas lluvias torrenciales, los años de malas cosechas, la enfermedad de las papas y otras desventuras. Los dueños de diligencias presenta-

ban una resistencia enconada a la construcción de ferrocarriles. A veces, se llegaba al derramamiento de sangre. También había elementos hostiles en el Parlamento, que dificultaban por todos los medios la obtención de concesiones para la construcción de ferrocarriles. No obstante la hostilidad y los obstáculos, la construcción de ferrocarriles prosiguió a ritmo acelerado.

Tales son, a grandes rasgos, las etapas principales del desarrollo de la revolución industrial en Inglaterra. Al principio de ella, Inglaterra era un Estado como todos los europeos. Había pequeñas ciudades, una industria poco importante y débilmente desarrollada, una población escasa y fundamentalmente agrícola. Hacia la década del 40 del siglo pasado, el cuadro cambió radicalmente. En ese período, Inglaterra contaba con grandes ciudades fabriles, con una industria desarrollada, que abastecía con sus artículos a todo el mundo, y una población numerosa, dos tercios de la cual se ocupaba en la industria. Entre el pueblo inglés aparecieron otras costumbres y otras necesidades.

III

CONSECUENCIAS ECONOMICAS Y SOCIALES DE LA REVOLUCION INDUSTRIAL Y COMIENZOS DEL MOVIMIENTO OBRERO EN INGLATERRA

La invención y, posteriormente, la aplicación en gran escala de las máquinas tuvo vastas consecuencias. Se incrementó en alto grado el rendimiento del trabajo y se redujo el costo de producción, lo que reportó un enorme crecimiento de las riquezas nacionales. La artesanía y la manufactura no pudieron ya competir con la gran fábrica capitalista y fueron desapareciendo paulatinamente. El modo de producción capitalista, que se formó en el seno del feudal, había vencido ahora a todas las formas de economía pre-capitalista, condenándolas a la ruina y el hundimiento irremisibles. La industria ocupó una situación predominante. Se intensificó el dominio económico de la ciudad sobre el campo. Culminó el proceso de desaparición del campesinado inglés. Cambió radicalmente la estructura profesional de la población: a cuenta de la población agrícola se incrementó el número de personas ocupadas en las diferentes ramas de la industria. Aparecieron las grandes ciudades, que se convirtieron en centros industriales. Pero la consecuencia principal de la revolución industrial fue la aparición de las dos clases de la sociedad capitalista: la burguesía industrial y el proletariado fabril. El desarrollo impetuoso de la economía, suscitado por la revolución industrial, acarreó un incremento del lujo y riqueza de la burguesía, por una parte, y de la pobreza y la indigencia de las masas trabajadoras, por otra. La situación precaria de las masas trabajadoras empeoró con motivo de las crisis económicas, que acompañaban al rápido crecimiento de la producción capitalista.

8. *El aumento de la población*

Examinemos algunas de las consecuencias de la revolución industrial. Comencemos por el problema del aumento de la población. Antes del comienzo de la revolución industrial, la población de Inglaterra crecía a un ritmo extremadamente lento. El conocido sociólogo inglés Gregory King, en 1696, expresó la siguiente opinión sobre el aumento de la población inglesa en el futuro: A principios del siglo XVIII, Inglaterra tendría 5.500.000 habitantes. En los próximos 600 años, es decir, hacia el año 2300, seguramente se duplicaría, alcanzando a 11 millones de habitantes. Volvería a duplicarse al cabo de otros 12 o 13 siglos, es decir, hacia el año 3500 o 3600. Para entonces el país contaría con 22 millones de habitantes. "Eso —añadía King— si el mundo existe entonces". La realidad refutó muy pronto y de manera absoluta estos cálculos. Sin embargo King era optimista; la mayoría de los científicos que se ocuparon del problema llegaron a la conclusión de que la población del país disminuía. Muchos estadistas ingleses de la época hablaban del descenso de la población como de un hecho incuestionable. Y se señalaban las más diversas causas: el incremento excesivo del ejército, las guerras, la emigración, las duras contribuciones, el encarecimiento de los productos alimenticios, etc. Pero el censo de 1801 refutó las previsiones y probó que la población del país había comenzado a crecer y en forma bastante rápida. El incremento de la población de Inglaterra comenzó a acelerarse en 1750, desde el principio de la revolución industrial. De 1750 a 1801 el aumento fue de dos millones y medio: el porcentaje de incremento era cuatro veces superior al del período precedente. Así, pues, el rápido aumento de la población es una consecuencia directa de la revolución industrial.

9 *Crecimiento de las grandes ciudades*

Simultáneamente al proceso del incremento de la población se produjo otro fenómeno: el cambio de su estructura

profesional. A fines del siglo XVII, vivían en el campo las cuatro quintas partes de la población del país. En la década del 70 del siglo XVIII, la población urbana y la rural se nivelaron numéricamente. En 1811 quedaban en el campo no más del 35% de los habitantes, el 33% en 1821 y el 28% en 1831. Más adelante, el proceso de despoblación del campo se intensificó. En cambio, la población urbana creció muy de prisa, porque las ciudades se convertían en centros de la gran industria. En 1740, la población de Birmingham era de 25.000 almas; en 1801 de 73.000, es decir, se triplicó en la segunda mitad del siglo XVIII. Mayor fue el incremento de Manchester, que el primer tercio del siglo XVIII era una aldea grande y rica con 9.000 a 10.000 habitantes. En 1777, contaba ya 20.000 habitantes, 50.000 en 1790 y 95.000 en 1800. Así pues, en 50 años, la población de la ciudad se cuadruplicó. En 1726 había en Manchester sólo una fábrica; 15 años más tarde, contaba con más de 50 fábricas de hilados de algodón, la mayor parte de ellas con máquinas de vapor. En su derredor se alzaban las barriadas obreras, construídas apresuradamente, sumamente estrechas para la población que en ellas habitaba. Las calles y callejones húmedos y ennegrecidos por el humo eran un vivero de enfermedades y epidemias. En contraste, en el centro de la ciudad surgieron calles anchas, con grandes edificios de mampostería y tiendas lujosas. En las afueras se construyeron elegantes villas circundadas de jardines, donde vivía la nueva aristocracia, la nueva clase de los ricos, a quienes el pueblo inglés llamaba "lores de algodón".

En el siglo XIX, las ciudades inglesas producían gran impresión a los extranjeros. Federico Engels, quien visitó por primera vez Inglaterra hacia 1840, hace esta descripción de Londres: "No conozco nada más imponente que la vista del Támesis, cuando se acerca uno desde el mar al puente de Londres. Estas masas de edificios, los astilleros de ambas orillas del río y, en particular, del lado de Woolwich, los incontables barcos a lo largo de ambas riberas, que embarazan cada vez más el cauce y dejan por último un angosto espacio en su mitad, por el que pasan constantemente cientos de vapores,

todo ello es tan majestuoso y grandioso, que no puede uno salir de su estupefacción y se admira de la grandeza de Inglaterra antes de pisar la tierra inglesa. No obstante —prosigue— ¿cuánto costó crear todas estas maravillas de la civilización? Muy pronto se cerciora uno de que los londinenses tuvieron que sacrificar los mejores rasgos de la naturaleza humana por el derecho a vivir en la capital comercial del mundo. Cientos de millares de personas, representantes de todas las clases y de todas las capas, se agolpan en la calle, pasan apresuradas las unas por delante de las otras, como si no hubiese nada de común entre ellas, como si no tuviesen nada que ver. A todo observador le choca la cruel indiferencia, el insensible aislamiento de cada persona, que persigue exclusivamente sus intereses particulares. Ello es tanto más repelente y ofensivo por el hecho de que toda esta gente se concentra en un espacio reducido. De aquí dimana la guerra de todos contra todos. Cada uno mira al otro tan solo como objeto de utilización; el más fuerte pisotea al más débil. Un puñado de fuertes, es decir, de los capitalistas, se lo apropia todo, mientras que a la masa de los débiles, es decir, los pobres, apenas si les queda para vivir".

Todo cuanto se podía observar en Londres era plenamente aplicable a Manchester, Birmingham, Leeds, a todas las grandes ciudades. En todas partes la bárbara indiferencia, el egoísmo implicable de los unos y el sufrimiento y la miseria indescriptible de los otros. Por doquier, la guerra social, la casa de cada uno en estado de sitio, en todas partes el despojo mutuo al amparo de la ley. Comoquiera que el arma principalísima en esta guerra es el capital, en otras palabras, el dominio directo o indirecto sobre los medios de vida y los medios de producción, es completamente natural que todas las calamidades de semejante situación recaigan sobre el pobre.

10. *La catastrófica situación de los trabajadores*

En medio de la abundancia, el lujo y la riqueza, creados por el trabajo del pobre, la situación de éste se volvió catastrófica. He aquí algunos hechos que se refieren a los tiempos en que la revolución industrial alcanzaba su cima o por lo menos, el desarrollo máximo:

En Stockport un tribunal declaró culpables a unos padres de haber envenenado a tres hijos. En el proceso los padres alegaron que no habían hallado otro medio de lograr recursos para comprar pan para sus hijos hambrientos que quedaban vivos, que el de percibir de la sociedad de entierros 3 libras y 8 chelines por cada una de las criaturas muertas. Esto ocurrió en 1841. Y el caso no fue único Por ejemplo, en Liverpool fue ahorcada Betty Jules, de Boston, por la misma causa, envenenó a tres hijos propios y a dos hijastros.

Una pobre viuda irlandesa de Edimburgo requirió durante mucho tiempo ayuda para sí y para sus tres hijos, sin resultado. En todas partes recibió negativas. Las fuerzas abandonaron a la desdichada mujer, que contrajo el tifus y falleció. La enfermedad contagió a toda la calle y murieron 17 personas. El doctor Alison, quien relata esta historia pregunta: ¿acaso no se debió socorrer a esta mujer en aras de la economía? Enfermó de tifus y produjo la muerte de diecisiete personas. Los ricos no sólo carecen de compasión, sino que están persuadidos de que hay demasiados pobres en la tierra. Que mueran no sólo diecisiete, sino millares de personas... Las ruidosas vistosas calles de las grandes urbes se hallan muy cerca de los tugurios en que vive la clase obrera. Inglaterra. Son los edificios más repugnantes, en los peores lugares de la ciudad. Por lo general, en ellos, las calles están sin pavimentar, sucias, llenas de hoyos y cubiertas de basura. La construcción irregular y desordenada impide la ventilación y, como allí vive mucha gente en un espacio reducido, el aire se mantiene viciado incluso en el mejor tiempo.

Algunos funcionarios ingleses, que estaban obligados por su cargo, en casos especiales, a visitar tales viviendas proletarias, nos hicieron su descripción. He aquí algunos ejemplos. El 14 de noviembre de 1843, apareció en los periódicos la descripción de la vivienda de la difunta Ana Golwey. En la

pequeña habitación no había lecho, ni ropa de cama ni mueble alguno. La difunta yacía con su hijo en un montón de plumas, que se habían pegado a su cuerpo semidesnudo. Ni manta, ni sábanas. Las plumas se habían adherido al cadáver, que no pudo ser investigado hasta que se lo limpió. Entonces, el médico lo halló sumamente extenuado.

El 15 de marzo de 1844, comparecieron ante un juez instructor de Londres dos muchachos que, atormentados por el hambre, habían sustraído de una tienda una pierna de ternera medio cruda y la habían devorado. Cuando el policía se presentó en casa de la madre de los muchachos detenidos, la encontró con seis hijos, apretujados en un angosto desván sin ningún mueble. En el hogar no había ni huella de lumbre y en un rincón se hallaba un montón de harapos que servía de lecho a toda la familia. La desgraciada mujer contó al juez que el año anterior se había visto obligada a vender la cama para comprar alimentos; había tenido que dejar las sábanas en la tienda en prenda por los comestibles comprados; en fin, lo había vendido todo para procurar pan a la familia.

11. *Los ingleses ricos. La burguesía industrial*

Además de los pobres, en las nuevas ciudades vivían rodeados de lujo y riqueza los representantes de la burguesía industrial, de reciente formación. La miseria y la riqueza existían mucho antes del comienzo de la revolución industrial. En el siglo XVIII, el primer lugar entre los ricos lo ocupaban los propietarios rurales, dueños de tierras eclesiásticas o seculares. Esta capa de opulentos, la más numerosa gozaba de una influencia política predominante en el país. Sus representantes componían la mayoría del Parlamento, entre ellos se reclutaban los ministros, los generales y los altos funcionarios. La política del gobierno se subordinaba preferentemente a sus intereses. La potencia económica de esta capa, fortalecida por privilegios seculares, era también muy considerable.

Tras de los magnates rurales iban los banqueros, los cam-

bistas y los arrendatarios. Esta categoría de gentes carecía por lo general de bienes inmuebles. Su riqueza era el dinero. Los representantes de esta capa eran de preferencia enérgicos, emprendedores, estrechamente ligados al gobierno, del que con frecuencia eran acreedores.

El tercer grupo de los ricos lo componían los mercaderes, los comerciantes, asociados a menudo en compañías y que habían acumulado grandes capitales. Los más ricos de entre ellos constituían la verdadera aristocracia de las ciudades comerciales. Esta gente fue tomando gradualmente en sus manos el control de la industria. Pero lo que más les interesaba no era la producción, sino el cambio. En calidad de mercaderes, consideraban que su función era comprar y revender. Los terratenientes, los financieros, poseedores de dinero, y los comerciantes, eran las tres categorías de ricos antes del comienzo de la revolución industrial. Había otra categoría de ricos: los dueños de las grandes manufacturas. Eran los propietarios de las instalaciones, de los locales industriales, organizaban el trabajo, dirigían la producción. Pero eran una excepción: no existía una capa numerosa de dueños de manufacturas.

El antiguo empresario se presentaba en el taller a las 6 de la mañana, desayunaba con sopa de avena y se ponía a trabajar con los operarios y los aprendices. Su género de vida y, a veces, su situación material, casi no se diferenciaban de las de los obreros. Miles de pequeños productores independientes eran al mismo tiempo lo uno y lo otro: dueños, por su situación independiente, y obreros, por su ocupación y su género de vida. Además, en cierta medida, eran agricultores y propietarios rurales. Así, pues, en este caso, observamos elementos sociales unidos y semimezclados, que muy pronto y de manera decidida la revolución industrial debía separar y contraponer. A fines del siglo XVIII, cuando surgieron las grandes empresas industriales, las minas, los establecimientos metalúrgicos, las fábricas de hilados y tejidos, cambió también la fisonomía del dueño de la empresa. Se formó una nueva fuerza social: la clase de los capitalistas industriales. ¿De qué

capas sociales se reclutaban los cuadros de la nueva clase? Los representantes de las viejas clases poseedoras —terratenientes, comerciantes y banqueros— por regla general no integraron el conjunto de los empresarios industriales. No se fiaban mucho de las máquinas y no querían arriesgar el capital acumulado. En la primera generación de los fabricantes tampoco hallamos a las personas que con sus invenciones contribuyeron a la creación de la gran industria. Ni Hargreaves, ni Crompton, ni Cartwright, pese a sus tenaces esfuerzos, lograron fundar grandes empresas industriales. Aunque Arkwright, Derby y algunos otros "se abrieron camino", no constituyeron la base de los capitalistas industriales. La nueva clase se formó de pequeños terratenientes y modestos artesanos, que iniciaban con frecuencia sus actividades con sumas muy reducidas, obtenidas mediante la venta afortunada de su parcela de tierra o de su taller. Luego tenían que hacer prodigios de energía en la lucha por la existencia. Debían pasar por un cruel proceso de selección que elevaba al rango de potentados tan sólo a los más capaces de adaptarse. Decenas y cientos de artesanos y campesinos arruinados descendían a la situación de proletarios; algunos, muy contados, se convertían en propietarios fabriles. No se destacaban por su talento para la invención, sino por saber aprovechar magistralmente los inventos ajenos. Es cierto que no todos fueron tan desaprensivos como Arkwright, que se adueñó por completo de una invención ajena y obtuvo incluso el monopolio sobre ella, pero se afanaban tenazmente por reducir a cero los derechos del invento, en beneficio de sus propios intereses. Sin embargo, las cualidades principales del industrial eran las de ser enérgico y emprendedor. Para comenzar un negocio absolutamente nuevo se precisaba, ante todo, reunir el capital necesario. Cuando se lograba resolver con éxito esta cuestión y, por tanto, la del equipo, surgía otra: la de la mano de obra. Era necesario buscar, reunir, instruir y obligar a trabajar en condiciones completamente nuevas a una masa de gente inhabituada al trabajo conjunto. Los obreros, acostumbrados a laborar en sus casas, aceptaban muy a disgusto el trabajo asalariado. El personal de las fábricas se compuso, al principio, de los elementos más

dispares: campesinos arruinados, soldados licenciados, pobres que recibían subsidios de las parroquias. Este personal inexperto, mal preparado para el trabajo en común, debía ser convertido por los industriales en un mecanismo humano peculiar con una marcha tan uniforme como la del mecanismo de madera o de metal.

El problema de los mercados fue extraordinariamente importante y difícil de resolver. El dueño de la nueva empresa no podía obrar como los pequeños productores, es decir, dirigirse a la ciudad a vender sus artículos. El mercado local fue desde el principio muy insuficiente y el nacional no tardó en resultar estrecho. El dueño de la empresa tuvo que hacerse comerciante, maestro en la busca de nuevos, con frecuencia en el extranjero, entablar y afianzar las relaciones. Por último, el fabricante era, al mismo tiempo, el ingeniero diseñador y el mecánico principal de su empresa. En este sentido, el antecesor de la moderna burguesía industrial se diferenciaba radicalmente de ésta, puesto que el burgués moderno dirige sus empresas por mediación de sus administradores, directores e ingenieros. Así, pues, el industrial tenía que ser capitalista, organizador del trabajo, comerciante, y de no poca monta; pero su cualidad principal debía ser la del tipo acabado de negociante. Con frecuencia no era más que esto. Entre esta masa de nuevos ricos, de gente enérgica, sólo gracias a la avidez y el lucro se destacó un grupo reducido de personas altamente cultas e instruídas. Estos fueron los primeros en expresar los intereses comunes de la clase de la burguesía industrial. Es curioso que las primeras actuaciones políticas de la burguesía industrial inglesa estuviesen ligadas de la manera más estrecha a sus intereses económicos. En el último tercio del siglo XVIII, el gobierno inglés manifestó su propósito de promulgar nuevos impuestos. Los ingresos que proporcionasen deberían mejorar la situación financiera del país, quebrantada por la guerra contra las colonias de Norteamérica. Entre estos impuestos, figuraban contribuciones complementarias sobre las materias primas y, en especial, sobre el hierro, el cobre y el carbón mineral. Los dueños de las empresas mineras y metalúrgicas

se pronunciaron inmediatamente en contra. Careciendo de todo género de organizaciones, sindicatos, partidos y grupos políticos organizados, se pusieron inmediatamente de acuerdo para la actuación mancomunada contra el proyecto de ley. Uno de ellos, Reynolds de Kolbrokdel, redactó un memorando en el que señalaba los éxitos logrados por la metalurgia gracias al empleo del carbón mineral. ¿Será posible —preguntaba Reynolds— que el gobierno desee arriesgarse a frenar o a detener el desarrollo de esta rama? Boulton, socio de Watt, formulaba así su opinión: "Carguen los impuestos sobre el lujo, los vicios e, incondicionalmente, sobre la propiedad rural, sobre la riqueza adquirida y los gastos que se hacen por ella, pero no impongan cargas a lo que sirve para su creación. Lo más importante es evitar que se degüelle a la gallina de los huevos de oro". El autor fue recibido por Pitt, jefe del gobierno inglés, y convenció a éste de que no se implantasen los impuestos proyectados. La comunidad de intereses cohesionó rápidamente a la nueva clase de los capitalistas industriales. En 1785 se organizó un comité de fabricantes que recibió el nombre de "Cámara Principal de los Industriales Ingleses". Es evidente que los capitalistas no siempre actuaban solidarios y unidos: los intereses materiales los aproximaban, por una parte, y los distanciaban, por otra. Estas divergencias se manifestaron a propósito del régimen de importación de mercancías extranjeras a Inglaterra. Una parte de los fabricantes se manifestó contra las bajas tarifas proteccionistas, temiendo la competencia de la industria francesa. Los otros, que eran fuertes por sus nuevos medios técnicos, se manifestaron en pro de la plena libertad industrial, renunciaron a todo género de protección por parte del gobierno. Precisaban para sus empresas de vastos mercados exteriores, de gran demanda extranjera y no tenían por qué temer a la competencia foránea. Pero las divergencias cesaban inmediatamente cuando se ponían en juego los intereses comunes de clase de los capitalistas. Cuando se trataba de las relaciones con los obreros, la unidad de acción de los fabricantes se manifestaba plenamente. En 1782, el comité de fabricantes de tejidos de algodón recabó y logró del

Parlamento la promulgación de una dura ley contra los obreros que durante las huelgas destruían las máquinas y los artículos. Esta ley fue un instrumento de dominación de clase de los capitalistas. En 1799, los tejedores de la ciudad de Bolton se quejaron de que algunos de ellos no podían hallar ocupación en la comarca por haber sido inscritos sus nombres en el "libro negro", que los dueños se pasaban de unos a otros. El libro fue sustituído en virtud de un acuerdo en el que intervinieron cerca de 60 firmas. Según afirmaciones hipócritas de los fabricantes, su objetivo consistía en dificultar la ocultación de materias primas por parte de los maestros que trabajaban en sus casas. Este fue un ejemplo típico de coalición de los patronos contra los obreros. El episodio se produjo precisamente en los tiempos en que, por exigencia de los patronos, se prohibieron las coaliciones de obreros bajo amenaza de cárcel y multas.

En el transcurso de la revolución industrial se operó otro proceso sumamente importante: la formación de la ideología de la nueva clase, de la clase de la burguesía industrial. En opinión de la burguesía industrial, el viejo régimen con su reglamentación estatal de la actividad económica y los privilegios feudales, era un obstáculo para el ulterior perfeccionamiento técnico, la ampliación del mercado y el desarrollo del comercio. En realidad, continuaban en vigor los obstáculos al incremento de la producción, los monopolios de algunas compañías comerciales y talleres, la intervención del gobierno en la actividad económica de los industriales. Se conservaban los privilegios estamentales en la esfera de la justicia y los impuestos, las limitaciones en los derechos y la persecución de las personas que no pertenecían a la iglesia oficial. Para los industriales de todos los países era particularmente odiosa la constante ingerencia del Estado en las actividades económicas de los particulares. Los capitalistas estaban persuadidos de que ellos mismos hallarían la vía y los medios de incrementar sus riquezas. La experiencia del desarrollo de la industria inglesa confirmaba plenamente este punto de vista. Toda la revolución industrial de la segunda mitad del siglo XVIII fue obra de

personas privadas, y no del Estado El audaz espíritu de empresa y la astucia comercial de las personas y las compañías privadas tuvo como resultado el establecimiento de numerosas fábricas, la apertura de minas, la construcción de caminos y canales de navegación. El Estado no podía dirigir la actividad económica del país: en lugar de la intervención del Estado debería prosperar la libertad de empresa, la libre competencia. Así concebía la cuestión la burguesía industrial, si bien todavía no podía formular y menos aún fundamentar esas ideas. La burguesía estaba persuadida de que sus ventajas personales y su enriquecimiento personal coincidían plenamente con las ventajas de toda la sociedad, de todo el pueblo. Los lados sombríos y negativos de la sociedad burguesa en formación, por el momento, no se reflejaban en la ideología. Ello ocurrió más tarde. Por el momento, en el siglo XVIII, la misión de la ideología burguesa consistía en comprender, asimilar, fundamentar y justificar, si ello era necesario, las nuevas relaciones económico-sociales, el nuevo modo de vida, la nueva moral. Por otro lado, la nueva ideología debería convertirse en el instrumento de lucha contra el feudalismo o sus reminiscencias; debía demostrar la necesidad de nuevas formas de estructura estatal que correspondiesen a los intereses de la burguesía. ¿Cómo cumplió estas tareas la nueva ideología, la ideología burguesa?

En primer lugar, los sociólogos burgueses fundamentaron y desarrollaron la teoría del "derecho natural". Esta teoría se basaba en que el hombre, por su naturaleza, está dotado de inclinaciones y necesidades naturales a cuya satisfacción tiene un derecho indiscutible. Tales necesidades son "naturales", y el derecho a su satisfacción es "un derecho natural". Es independiente del derecho codificado, escrito y refrendado y no precisa de ningún reconocimiento autorizado. Sobre la base del derecho natural debería surgir un "orden natural". Diversos sociólogos lo comprendieron de diferente manera: unos afirmaban que ese orden ideal, basado en la justicia, se alcanzaría en el futuro; otros situaban su existencia en un pasado remoto, en la época del hombre primitivo, y entendían que

el hombre "natural" era el hombre libre de todo cuanto le había conferido el desarrollo multisecular de la cultura, es decir, el hombre salvaje.

La teoría del "derecho natural" no resiste, evidentemente, una crítica científica; mas para la burguesía, que luchaba contra el feudalismo, era sumamente cómoda: desde el punto de vista de los derechos "naturales" del hombre era fácil criticar la vieja moral y la religión, los viejos regímenes sociales y estatales. A la sociedad feudal, basada en privilegios, se contraponía el sistema de igualdad natural de derechos; a la reglamentación del Estado, el dominio ilimitado de la libertad de actuación económica y de la propiedad privada. A la doctrina feudal de la procedencia divina del Estado y del Poder, se oponía ahora la teoría del contrato social y la doctrina de la soberanía del pueblo. Al hablar del hombre "natural" y de su naturaleza "racional", los sociólogos del siglo XVIII se referían, de hecho, a la burguesía y trataban de presentar sus exigencias como derechos eternos del hombre, violados por el viejo régimen. Así, la doctrina del derecho natural se convirtió en un instrumento de la lucha de la burguesía contra los terratenientes feudales.

Otro rasgo característico de las doctrinas políticas y sociales de aquel tiempo fue el reconocimiento del significado decisivo de la razón humana en todas las cuestiones de la ciencia y de la vida social. Esta doctrina se denominó racionalismo (de la palabra latina *ratio:* razón). Todos los regímenes existentes y las ideas dominantes debían ser sometidos a crítica desde el punto de vista de su racionalidad, con el fin de destruir y desechar lo irracional. Todos los éxitos del progreso social se explicaban por los éxitos de la razón, de la ilustración. De ahí se infería la conclusión de que las ideas sociales y las opiniones dirigen el mundo, determinan el desarrollo de la sociedad.

La teoría del derecho natural y del racionalismo son característicos de la mayoría aplastante de las doctrinas sociológicas del período de formación de la sociedad burguesa.

Por eso tenemos derecho a hablar de una ideología burguesa única. Por entonces, las diferentes capas de la clase capitalista tenían intereses diferentes, si bien no contrapuestos. Por ello, en el seno de la burguesía unida, de la ideología antifeudal, apuntaban diversas orientaciones.

Los ideólogos de la agricultura capitalista eran los fisiócratas (el término proviene de las palabras griegas *phusis*, naturaleza, y *kratos*, fuerza). Consideraban que la fuente de todas las riquezas es la tierra y el único trabajo que proporciona todos los valores materiales es el del agricultor. Sus ideas se formaron y se difundieron preferentemente en Francia. Era lógico. La gran industria capitalista se hallaba en Francia en embrión y la agricultura continuaba siendo la actividad económica fundamental de la población y la principal fuente de riqueza del país. Los fisiócratas, como los ideólogos burgueses, pugnaban por el dominio ilimitado de la propiedad privada y la plena libertad de la actividad económica. Su particularidad característica era la doctrina del trabajo agrícola como el único trabajo productivo. Todas las riquezas nacionales se creaban sólo en la agricultura en forma de beneficio líquido de la tierra. El trabajo industrial no hacía más que cambiar la forma de los productos obtenidos en la agricultura, pero no podía crear valores nuevos. Al reconocer como productivo sólo el trabajo agrícola, los fisiócratas se proponían eternizar el predominio de la agricultura sobre la industria, característico de la Francia de entonces. Este era el lado erróneo y reaccionario de su doctrina. Pero su exigencia de libertad de actividad económica correspondía a los puntos de vista de la burguesía naciente.

La exposición más consecuente de las opiniones y la defensa de los intereses de la burguesía industrial de la época están contenidas en las obras de los representantes de la economía política clásica, Adam Smith y David Ricardo. La obra fundamental de A. Smith —*La riqueza de los pueblos*— apareció en 1776, es decir, en los tiempos en que la revolución industrial no sólo había comenzado, sino que había obtenido

considerables resultados. La enorme masa de mercancías, lanzada al mercado por la gran industria, era un testimonio convincente de que la riqueza de la nación no sólo la crea la agricultura. La riqueza del país es toda la masa de mercancías. Por eso, todo trabajo es productivo si crea valores materiales. "El trabajo —afirma A. Smith— es la fuente única de riqueza, pues sin la aplicación del trabajo, la tierra no es ninguna riqueza. Para que el trabajo sea productivo se precisa la división del mismo (tanto social como técnica) y la libre competencia. La libre competencia es necesaria porque sólo con ella se puede alcanzar la armonía entre el bienestar personal y los intereses sociales". Lo mismo que otros representantes de la sociología burguesa, Smith creía en el progreso infinito de la sociedad burguesa, basado en pretendidas leyes naturales. Al estudiar la sociedad capitalista en la etapa temprana de su desarrollo, Smith supo descubrir nuevas categorías económicas, propias de aquella sociedad, pero no pudo captar su carácter temporal y transitorio. Por el contrario, Smith las proclamó eternas, inmutables, "naturales". Smith reconoció el régimen burgués no sólo como el más justo sino también eterno. En el período temprano del desarrollo del capitalismo era realmente muy difícil advertir muchas de las contradicciones propias del modo de producción burgués. Sin advertirlas, o queriendo advertirlas, Smith llegó a conclusiones incorrectas:

1. Estaba persuadido de que con el desarrollo de las relaciones burguesas se incrementaría también el bienestar de las masas populares. En realidad sucede lo contrario: a medida que crecen el lujo y las riquezas en un polo de la sociedad se intensifica la miseria y la necesidad en el otro.

2. Smith creía en la posibilidad de reconciliar los intereses sociales y privados mediante la libre competencia. De hecho, la libre competencia sirve los intereses de un número limitado de personas —los dueños de empresa—, pero se halla en contradicción flagrante con los intereses de los trabajadores que constituyen la mayoría de la sociedad.

3. Al demostrar que el valor de la mercancía lo deter-

mina el trabajo invertido en ella, Smith creó la teoría del valor. Se acercó a la teoría de la plusvalía, demostrando que el beneficio y la renta agraria representan un descuento del producto del trabajo del obrero en beneficio del capitalista y del propietario capitalista. Esto lo hizo posteriormente Carlos Marx.

Un destacado representante de la ideología burguesa avanzada y progresista fue el banquero, negociante de la bolsa y economista David Ricardo. En 1817 publicó su obra fundamental: *Principios de la economía política y los impuestos*. En ella, Ricardo mostró que el beneficio del capitalista, como el salario, lo crea el trabajo del obrero, y llegó a la conclusión de que la disminución del salario eleva el beneficio, mientras que su elevación lo disminuye, descubriendo así la contradicción de intereses económicos entre el trabajo y el capital. Pero Ricardo consideraba que el régimen burgués y sus contradicciones son eternos; no supo deducir la sustitución inevitable del capitalismo por un nuevo régimen social más progresista: el socialismo.

Simultáneamente con los representantes progresistas, pronto salieron del seno de la burguesía ideólogos de la reacción extrema, del oscurantismo, cuyas concepciones erróneas son utilizadas incluso hoy día por la reacción imperialista. Entre ellos, ocupa un lugar destacado el sacerdote Tomás Malthus, que adquirió un vasto renombre a fines del siglo XVII, después de la publicación de su libro *Ensayo sobre el principio de la población*. Malthus afirmaba que la causa de la miseria y de las calamidades de las masas populares es la falta de correspondencia entre el incremento de la población y el de la producción de medios de consumo, de bienes materiales. La población —afirma Malthus— crece mucho más de prisa que la producción. De esta desproporción se derivan todas las calamidades de las masas populares: las epidemias, las guerras, la miseria. Las calamidades de los trabajadores, según Malthus, son un proceso lógico y natural, que se deriva de las leyes eternas de la naturaleza, contra las cuales no es posible luchar. De la doctrina de Malthus surge la deducción de que carece de sentido auxiliar y compadecer a los pobres, pues cuanto

antes mueran y desaparezcan estas "gentes inútiles" tanto mejor será para el resto de la sociedad. La teoría de Malthus no tiene nada de común con la ciencia. La historia hace mucho que refutó definitivamente las invenciones de Malthus y de los maltusianos. Sólo los representantes más reaccionarios de la burguesía imperialista tratan incluso de resucitar aquella concepción falsa y antihumana.

Así pues, como consecuencia de la revolución industrial, se formó una nueva clase social —la clase de la burguesía industrial— cuyos representantes estaban unidos por comunes intereses materiales y políticos, por una ideología común.

12. *Situación de los obreros*

El proceso de introducción de las máquinas y de creación de la gran industria y del proletariado industrial fue, al mismo tiempo, un proceso de forja de una rigurosa disciplina laboral en las fábricas capitalistas. Para el obrero, acostumbrado a trabajar en casa o en un pequeño taller, la disciplina fabril fue durante mucho tiempo extraordinariamente penosa. En casa trabajaba mucho, obligado por la baja retribución del trabajo. Sin embargo, podía comenzar y acabar su labor cuando le venía en gana, y no a hora fija. Podía también distribuir el trabajo a su antojo, salir de casa y regresar cuando lo deseaba y tomarse unos minutos de descanso cuando el cuerpo se lo pedía; incluso podía abandonar el trabajo por unos días. En el taller del maestro artesano, el obrero gozaba también de una libertad bastante considerable. Sus relaciones con el patrono eran las de un hombre con otro, ya que el obrero no percibía el abismo que lo separaba de aquél y confiaba en que tarde o temprano él mismo sería propietario, cosa que, por cierto, sucedía a veces. Ingresar en la fábrica significaba algo así como convertirse en una pieza de un grande y complejo mecanismo; la fábrica era para el obrero un cuartel o una cárcel. Por eso la primera generación de industriales tropezó con grandes dificultades para reclutar mano de obra: mientras hubo la más

mínima posibilidad de trabajar a domicilio, los obreros ingleses no acudieron a la fábrica, Pero esa posibilidad no tardó en desaparecer, y a las fábricas afluyeron nuevos operarios. El miedo de éstos a la fábrica tenía su razón de ser. No pecaremos de exagerados al afirmar que el régimen imperante en las empresas industriales de la segunda mitad del siglo XVII era el de un presidio. Los locales eran pequeños, la atmósfera irrespirable, y en todas partes reinaba una suciedad horrible. El obrero recibía un salario mísero por una jornada laboral de 16 a 18 horas. La protección del trabajo brillaba por su ausencia, lo que era causa de accidentes que terminaban muchas veces con la muerte del obrero. El método predilecto para reducir los salarios era el de las multas, por la causa más insignificante o sin ella. Las condiciones de habitación de los obreros eran espantosas.

Quienes más sufrían eran las mujeres y los niños. La máquina hizo que perdieran su valor la fuerza individual, la habilidad y la calificación elevada del trabajador. El puesto de los obreros excelentes conocedores de su oficio lo ocuparon mujeres y niños. La explotación de los niños en los primeros tiempos de existencia de las fábricas es un vergonzoso baldón en la historia de la sociedad capitalista. Los pobres se resistían a enviar a sus hijos a las fábricas. Los industriales lograban explotar en sus empresas a los huérfanos de los orfelinatos parroquiales. La administración de esos establecimientos firmaba gustosamente con los fabricantes contratos que ponían a su disposición cientos de niños, como si fueran simples objetos. A veces figuraba en los contratos la cláusula de que por cada veinte niños la fábrica admitiría a un tonto o un inválido. Los aprendices de los orfelinatos parroquiales fueron al principio los únicos niños que trabajaban en las fábricas. Los obreros procuraban, con toda razón, que sus hijos no fuesen a ellas. Pero su resistencia no fue muy prolongada: la miseria, penosa, insoportable, les hizo doblegarse. Las condiciones de trabajo infantil eran muy duras. Los niños se encontraban a completa disposición de los patronos, que los encerraban en locales aislados. La jornada de trabajo tenía un solo límite: el agota-

miento absoluto. Los capataces, cuyo sueldo disminuía o aumentaba de acuerdo con la producción del taller, no permitían que se disminuyese ni por un segundo el ritmo del trabajo. A la tarea dura, agotadora, se unían unas condiciones de vida increíblemente crueles: los niños vivían en locales estrechos, sucios, con el aire viciado, y todo su alimento consistía en una sopa de avena, un poco de tocino pasado y un pedazo de pan negro. En los patios de algunas fábricas podía verse cómo los niños sostenían batallas campales con los cerdos para arrebatarles la pitanza. En 1801 se descubrió que el dueño de una fábrica mataba de hambre a los niños. El propietario —cosa rara en aquella época— fue procesado por ello. Constituía un fenómeno particularmente repugnante la feroz disciplina, si es que puede darse ese nombre a una brutalidad indescriptible que lindaba a veces con un sadismo refinado. Ha llegado hasta nuestros días el relato de los sufrimientos del aprendiz Robert Blinko. El inspector fabril John Brown, cumpliendo sus funciones en 1822 en los centros industriales de Inglaterra, conoció a este muchacho y relató su triste infancia. Por supuesto la narración de Brown sólo fue publicada al cabo de seis años, en 1828. Dice, más o menos, lo siguiente: Con un grupo de niños Robert fue a parar a una fábrica de Laudgham. Los capataces de aquella empresa eran muy crueles. El látigo restallaba allí de la mañana a la noche no sólo para castigar a los aprendices por la más mínima falta, sino también para mantenerlos despiertos cuando ya les era difícil luchar contra el sueño y el cansancio. En otra fábrica, situada en Litton, reinaba otro orden de cosas. El dueño, Elías Needham, propinaba a los niños puñetazos y puntapiés y los flagelaba con una fusta. Muy a menudo se entretenía pellizcándoles las orejas con tanta saña, que se las desgarraba. Los capataces eran todavía peores. Uno de ellos, llamado Robert Woodward, ideaba las torturas más monstruosas. Colgaba a los niños de las manos sobre las máquinas en marcha, y éstas, con su movimiento atrás y adelante, obligaban a las víctimas a encoger continuamente las piernas. A Blinko le obligaban a trabajar en invierno casi desnudo, con unas grandes pesas sobre los hombros, y le limaban los dientes. El pobre chico había sufrido tantos golpes,

que tenía toda la cabeza cubierta de heridas. Para poder curarlo le tuvieron que arrancar antes el cabello valiéndose para ello de un gorro embadurnado de alquitrán. Si los niños intentaban escaparse, les ponían grilletes. Muchos jóvenes esclavos soñaban con suicidarse. Hasta los investigadores burgueses señalan que tal orden de cosas no era raro, no era una excepción. Sin embargo, incluso cuando se lograba evitar o limitar aquellas crueldades insensatas y bestiales, la situación de los niños seguía siendo catastrófica. Un trabajo insoportable, la falta de sueño y el propio carácter del trabajo que se imponía a los niños en el período de desarrollo del organismo, eran más que suficientes para arruinar su salud y deformar su cuerpo. Muchos de los niños que tuvieron fuerzas para pasar la terrible prueba del aprendizaje llevaron luego su sello durante toda la vida: deformaciones de la espina dorsal y las extremidades, huellas del raquitismo y mutilaciones originadas por accidentes de trabajo. "Rostro lívido y avejentado, talla anormalmente corta, vientre hinchado", así pintaban los contemporáneos a los aprendices fabriles. Los niños no recibían la menor instrucción general o profesional. Debido a ello, la mayoría veíanse condenados a ser eternamente peones, adscritos a la fábrica como antes los siervos a la tierra. Los industriales ingleses explotaban en gran escala el trabajo de las mujeres y de los niños. En su libro *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, Federico Engels ofrece los siguientes datos: en 1839, en la industria inglesa había 419.500 obreros, de los cuales 192.800, o sea, casi la mitad, no llegaban a los dieciocho años, y 242.000 eran mujeres, de las que 112.100 tampoco habían cumplido dicha edad. Hombres adultos había tan solo 96.500, es decir, el 23%, menos de un cuarto del número total de obreros.

Naturalmente, el fabricante no podía permitirse con los obreros adultos, sobre todo con los hombres, las indignantes crueldades de que hacía objeto a los niños. No obstante, la opresión capitalista era enorme y hacía muy dura y triste la vida del obrero. La jornada laboral era larguísima, los talleres pequeños, y la vigilancia de los capataces tiránica. Debido a las espantosas condiciones higiénicas, se propagaba entre los

obreros una enfermedad particular, a la que en aquellos tiempos se dio el nombre de "fiebre fabril". Como no podían ejercer violencia con los obreros adultos, los fabricantes los engañaban y robaban, disminuían el descanso de la comida y daban la señal de comenzar el trabajo antes de tiempo y con retraso la de final de la jornada. A los obreros se les prohibía rigurosamente que llevasen relojes a la fábrica. En esa explotación se hallaba la raíz de todos los males que los obreros atribuían erróneamente al empleo de las máquinas. El patrono estaba en su casa, hacía lo que se le antojaba y consideraba que no necesitaba justificarse ante nadie. Estaba obligado a pagar al obrero una determinada suma, y una vez que se la había entregado, nadie tenía derecho a quejarse. Esa era la moral feroz del fabricante. Incluso el conocimiento más superficial de las condiciones de trabajo en las fábricas capitalistas nos permite comprender cuánta razón asistía a los obreros que declararon en un mitin: "Los negros de las plantaciones son esclavos y así se les llama; los obreros fabriles son esclavos de hecho". En publicaciones de fines del siglo XVIII y comienzos del XIX se compara frecuentemente la fábrica con el infierno. En 1787 se dio ya a unas hilanderías de Lancashire el nombre de "puertas del infierno". Un periódico inglés de la época decía: "La producción maquinizada puede ser considerada únicamente como un mal sin mezcla de bien, como un mal a la vez moral, médico, religioso y político: en las grandes fábricas, la depravación, llevada a su apogeo por la promiscuidad de sexos y edades, alcanza tal grado, que en vano trataríamos de hallar nada semejante fuera del infierno".

Así, pues, la consecuencia más importante de la victoria de la producción mecanizada fue la considerable acentuación del antagonismo entre el trabajo y el capital. Por una parte, se formaba la clase de los capitalistas, de los propietarios de fábricas y máquinas, que tenía una fuerza enorme. El capitalista poseía su capital, que se multiplicaba rápidamente gracias al trabajo de los obreros asalariados, y poseía sus propias máquinas, de mucho valor. Era tan fuerte y poderoso, que toda lucha contra él parecía condenada a desembocar en una de-

rrota. Por otra parte, surgía y se formaba la clase obrera, que en los primeros años de la revolución industrial se sentía débil, aplastada por el poderío de la burguesía industrial. La clase obrera perdía su personalidad y se sentía un granito de arena arrastrado por un enorme huracán. Y sólo poco a poco, con el correr de los años, el obrero fue adquiriendo la conciencia de que no era, ni mucho menos, un granito de arena, sino un soldado, un soldado del más poderoso ejército que jamás existiera en la historia de la sociedad humana. Pero el obrero tardó en adquirir esa conciencia; por el momento sólo veía las calamidades que le acarreaba el empleo de las máquinas y se decía: ¿qué hacer para derrotar al nuevo y terrible enemigo, a la máquina, al "hombre de hierro?".

13. *Comienzos del movimiento obrero*

En los primeros años de la revolución industrial, los obreros no comprendían quién era el verdadero culpable de su dura situación. Y al no comprender las causas de sus sufrimientos, sólo veían que el empleo de las máquinas había conducido inmediatamente al descenso de su nivel de vida y que su difusión amenazaba con privarles de todos los medios de existencia. Por ello, sacaron la conclusión de que había que lograr que fuesen prohibidas las máquinas. Los obreros apelaron al Parlamento. Recordaban que, hacía relativamente poco tiempo, el Parlamento y el gobierno defendían al pequeño artesano, dictaba nuevas leyes protegiendo los oficios y reafirmaban o restablecían las leyes viejas. Por eso, en aquella época negra para ellos, los artesanos y los obreros resolvieron pedir al Parlamento ayuda y protección. Sobre el Parlamento llovieron las peticiones en las que los obreros solicitaban la prohibición de los nuevos métodos productivos y la reafirmación de las viejas leyes protectoras del pequeño productor de mercancías. En 1776, los hilanderos de lana solicitaron que se prohibiera el empleo de la máquina "Jenny" y en 1780, que no se emplearan las grandes máquinas que habían sustituido a aquélla. Los pequeños productores de mercancías remitieron al Parla-

mento una queja contra los comerciantes que construían fábricas. En 1794, los cardadores de lana entregaron una petición gestionando se prohibiese el empleo de las máquinas que anulaban su profesión. Los tejedores de paño pidieron al gobierno que redujeran a cinco, como máximo, el número de telares pertenecientes a una misma persona, y a 150 la cifra total de husos. En 1808, los tejedores rogaron al Parlamento que estableciera un salario mínimo. Un año más tarde pidieron lo mismo los hilanderos, luego los tejedores de medias y, posteriormente, otra vez los tejedores.

Sin embargo, los escaños del Parlamento los ocupaban junto con los latifundistas, los representantes de la burguesía industrial, que no prestaron oído a las peticiones de los obreros.

Adam Smith, ideólogo de la burguesía inglesa, ya mencionado anteriormente, decía que a los hombres se les debía conceder libertad absoluta en sus actividades. "Todo hombre —decía Smith— tiene el derecho indiscutible de emplear a su antojo su trabajo y su capital... El estadista que se tomase el trabajo de indicar a los particulares de qué modo deben emplear su capital, además de dedicarse a algo completamente inútil, se atribuiría un poder que sería insensato confiar, no ya a un hombre, sino a todo el Senado".

Los representantes de la burguesía en el Parlamento declaraban que las exigencias de los obreros "atentaban a los principios básicos de la libertad cívica". Muchos lanzaron la amenaza de que los capitalistas trasladarían sus empresas al extranjero si se establecían restricciones en cuanto al empleo de los capitales. Los capitalistas decían: Cuanto más libre sea la industria respecto de toda fiscalización del Estado, tanto mayor será su florecimiento y tanto antes marchará por su verdadero y justo cauce todo lo vinculado a ella. La comisión parlamentaria que examinó las quejas de los obreros y patronos llegó a la conclusión de que "la legislación no puede promulgar ni una sola ley que trabe la libertad de la industria o el derecho absoluto del individuo a disponer de su tiempo y de su trabajo y a determinar cómo y en qué condiciones considera necesario

proceder para provecho propio". El "derecho" legalizado dejó al obrero frente a frente con el codicioso y ávido fabricante, ante el que se hallaba inerme; al obrero se le otorgó la "libertad" de morir de hambre.

El desarrollo económico exigía la libertad de desarrollo de la industria. La gran industria no podía coexistir con las viejas limitaciones gremiales, pero el progreso industrial se pagó a costa de los sufrimientos y la muerte de muchos cientos de artesanos y obreros.

Después de sus vanos intentos de defenderse y de defender por vía legislativa su oficio contra las odiadas máquinas, los obreros trataron de resolver la cuestión a su manera: asaltando las fábricas y destrozando las máquinas. En la década del 60 del siglo XVIII, los obreros de Blackburn destrozaron la "Jenny" de Hargreaves y obligaron al dueño a huir a Nottingham. Por aquellos mismos días fue destrozado cerca de Londres un aserradero mecánico del mismo tipo que los que funcionaban en Holanda. En respuesta a estas acciones, el gobierno decretó en 1769 una ley calificando de crimen grave la destrucción intencionada —por una persona o por una muchedumbre "situada fuera de la ley y amotinada"— de los edificios en que se hubieran instalado máquinas; los culpables serían condenados a la pena de muerte. Sin embargo, las represiones no pudieron detener aquel movimiento. En 1779, 8.000 obreros del condado de Lancaster, parte de ellos armados, participaron en la destrucción de fábricas. Un testigo presencial describe así los acontecimientos: "Al compás de tambores y con las banderas desplegadas, aquellos 8.000 hombres avanzaron hacia la fábrica, de la que el sábado anterior les habían rechazado. Allí se encontraron a Sir Richard Clayton a la cabeza de la guardia, compuesta por cincuenta inválidos. ¿Qué podía hacer aquel puñado de hombres contra miles de enardecidos? Los inválidos se vieron forzados a retirarse y desempeñar el papel de espectadores, mientras la muchedumbre hacía añicos máquinas valoradas en 10.000 libras esterlinas. Así transcurrió el lunes. El martes por la mañana, antes de abandonar Bolton, oímos el redoblar de los tambores a unas dos millas de la

ciudad. La manifiesta intención de la muchedumbre era ocupar la ciudad, hacer lo mismo en Manchester y Stockport, marchar luego sobre Cromford y destruir las máquinas no sólo en los lugares mencionados, sino en toda Inglaterra". Una batería de artillería fue enviada a defender la fábrica de Arkwright en Cromford, y para armar a los ciudadanos pudientes de las ciudades vecinas, se destinaron 1.500 fusiles y pistolas. Mientras tanto, en Oldham fue asaltada la fábrica de Robert Pill, y las máquinas fueron destrozadas y arrojadas al río. Para aplastar el movimiento, el gobierno se vio obligado a enviar desde Liverpool grandes contingentes de tropas. Algunos de los participantes en los disturbios fueron detenidos, juzgados y condenados a la horca. La destrucción de empresas industriales, forma primaria de la lucha obrera contra la burguesía, recibió el nombre de movimiento de los luditas, tomado de su legendario participante Ned Ludd. El movimiento de los destructores de máquinas se repitió posteriormente, en 1811-1816. Caracterizando el movimiento de los luditas, Engels dijo: "La clase obrera actuó por vez primera contra la burguesía cuando se opuso por la fuerza al empleo de las máquinas en los albores de la revolución industrial".

14. *Las primeras asociaciones obreras. Participación del proletariado en el movimiento democrático.*

Al mismo tiempo que el movimiento de los luditas, surgió una forma de lucha puramente proletaria, el movimiento huelguístico, y se fundaron las primeras asociaciones obreras: cajas de ayuda mutua, clubes obreros y los primeros sindicatos. Todo esto no nació de golpe. Al principio la clase obrera, débil y poco numerosa, se hallaba dispersa y desorganizada y no tenía conciencia de sus intereses de clase. Sin embargo, el trabajo conjunto, las desdichas comunes y la necesidad también común, de luchar contra el explotador capitalista, hicieron que los obreros de las fábricas y los artesanos, los hilanderos y los operarios de las fábricas de tejidos de algodón y de paños empezaran a agruparse en asociaciones. En las dos últimas

décadas del siglo XVIII aparecieron éstas en la industria de tejidos de lana y en la de tejidos de algodón. Una de las asociaciones publicó un llamamiento en el que definía del modo siguiente su razón de ser: "Las leyes vigentes, llamadas a defender a los obreros contra la opresión, son pisoteadas porque no hay la suficiente unidad entre los hombres interesados en esto; por ello estos hombres se ven obligados a predicar la ayuda mutua con el fin de lograr que se respeten sus derechos conforme a la justicia y a la ley, y a dirigirse a los legisladores para conseguir que tomen las medidas que su sabiduría encuentre necesarias cuando conozcan el presente estado de toda la industria de tejidos de algodón".

En 1796 se fundó en Salifax el sindicato de trabajadores de la producción de tejidos de lana. Los afiliados pagaban cuotas regulares. El sindicato organizaba huelgas en los talleres y las fábricas, aplicando el terror contra los obreros que, frustrando las huelgas, traicionaban los intereses comunes. Las actividades del sindicato infundían pánico a los fabricantes. A medida que el movimiento obrero y sindical cobraba fuerza, los capitalistas se dirigían con mayor frecuencia al gobierno y al Parlamento exigiendo que se prohibieran los sindicatos. Para complacerles, el gobierno inglés promulgó en 1799 una ley contra las huelgas y las coaliciones, amenazando con duras penas, comprendida la de muerte. Sin embargo, nada podía detener el creciente movimiento obrero, en sus diversas manifestaciones. Los obreros fundaban organizaciones secretas y, al ingresar en ellas, prestaban juramento solemne de cumplir las órdenes de la "hermandad".

La ley de prohibición de los sindicatos hizo ver a muchos obreros que el Estado no era neutral, que servía a los intereses de los empresarios y era un arma de éstos en su lucha contra la clase obrera. Por ello los obreros ingleses empezaron muy pronto a participar enérgicamente en la lucha política, concretamente en un amplio movimiento democrático cuyo fin era la reforma del Parlamento y del sistema electoral del país. A pesar de los grandes cambios que se habían producido en la economía de Inglaterra durante aquellos años, el derecho al

sufragio era muy limitado. En el último tercio del siglo XVIII había en todo el país tan solo 150.000 electores. El derecho a elegir —el derecho electoral activo— se hallaba vinculado a un alto censo, y el derecho pasivo —es decir, el derecho de ser elegido— únicamente se extendía a las personas con ingresos anuales no inferiores a 300 libras esterlinas. En el Parlamento dominaban de hecho los grandes latifundistas. La burguesía, fuerte y rica, no quería resignarse con la prepotencia de los terratenientes en el Parlamento y exigía se le diera parte en la gobernación del Estado. A fines del siglo XVIII comenzó el movimiento por la reforma del Parlamento. En 1780, el Comité electoral de Westminster exigió que se introdujese el sufragio universal y se establecieran las garantías de su ejercicio. Estas reivindicaciones entraron después en la Carta en el programa del movimiento cartista. La revolución burguesa de 1789 en Francia impulsó todavía más el movimiento democrático en Inglaterra. Bajo la influencia de esa revolución surgieron en Inglaterra numerosas asociaciones políticas de carácter democrático. La mayor de ellas fue la "Sociedad correspondiente de Londres", fundada en 1792 por el zapatero Tomás Hardy. El programa de la sociedad incluía las reivindicaciones relativas al sufragio, ya mencionadas, y medidas orientadas a la democratización de todo régimen político-social de Inglaterra. La sociedad desplegó una amplia labor de agitación entre los obreros, la pequeña burguesía, los soldados y los marinos. Sus ideas alcanzaron gran popularidad. La sociedad pronto llegó a tener 80.000 afiliados. Asustado por la envergadura que cobraba el movimiento, el gobierno pasó a las represiones. Fue detenido el comité ejecutivo de la sociedad en Londres. Hardy fue llevado ante los tribunales. El Parlamento promulgó toda una serie de leyes que equiparaban a delitos comunes casi toda actividad política. Los tribunales dictaban rigurosas sentencias por la más mínima oposición política. Algunas personas fueron ahorcadas. En tales condiciones, la sociedad dejó de existir a fines del siglo XVIII. Hay que señalar que los obreros eran ya entonces el destacamento más combativo de los luchadores por la democracia.

La prolongada guerra entre Inglaterra y Francia, que no terminó hasta 1815, debilitó por un tiempo el movimiento obrero y el movimiento democrático general. En cambio, después de la guerra la lucha política se agudizó inmediatamente. El malestar se extendió, ante todo, por los centros industriales. En 1816, los parados de Manchester organizaron una marcha sobre Londres, con el fin de entregar al Parlamento una petición para que se pusiera fin a la penosa situación en que se encontraban. Los obreros marchaban en columnas organizadas, terciadas sobre el pecho, como los soldados, sus mantas. La marcha de los parados asustó a las clases dominantes, cuya alarma se hizo todavía mayor cuando fueron descubiertas sociedades revolucionarias secretas y se organizó cerca de Londres un mitín antigubernamental. En 1817, el gobierno dejó en suspenso la ley de la inviolabilidad del individuo, otorgando a la policía el derecho de detener a quien quisiera y cuando lo quisiera, y prohibió las asambleas y los mítines políticos.

El 16 de agosto de 1819, el gobierno inglés cometió un crimen sangriento. Aquel día decenas de miles de obreros se congregaron, para celebrar un mitin, en las afueras de la ciudad obrera de Manchester, en el Campo de San Pedro (St. Peter's Field). Los obreros exigían el sufragio universal y trabajo. Inesperadamente, la policía montada y los húsares cargaron contra los asistentes al mitin. Cientos de personas resultaron heridas y hubo once muertos, entre ellos mujeres y niños. Con amarga ironía, el pueblo inglés llamó a aquella matanza "batalla de Peterloo" porque los húsares que tan cruelmente se ensañaron con el pueblo habían participado en la batalla de Waterloo. La masacre de St. Peter's Field provocó un estallido de indignación en el país. Una oleada de mítines de protesta recorrió toda Inglaterra. En ellos se exigía que se juzgara al gobierno y a los iniciadores de la sangrienta represión. El movimiento de protesta adquirió tales proporciones que a él se sumaron algunos políticos burgueses para hacerse populares entre el pueblo. Entre tanto, el gobierno seguía recurriendo a las represiones. El Parlamento promulgó leyes especiales contra los mítines de masas y contra la prensa. Fueron en total seis

leyes, a las que el pueblo llamaba "las leyes de la mordaza". En virtud de ellas se limitaba el derecho de reunión, se suprimía la libertad de prensa y se autorizaban los registros domiciliarios. El aumento de las represiones y de la operación política suscitó la protesta de los obreros avanzados. En varios lugares se formaron grupos revolucionarios que se proponían destruir por la violencia el régimen existente. El gobierno se vio obligado a hacer concesiones.

En 1824, adoptó bajo la presión de los obreros una ley que anulaba la prohibición de las coaliciones obreras. Esta ley tuvo enorme importancia para el movimiento obrero inglés. En todo el país surgieron organizaciones sindicales, a las que se dio el nombre de tradeuniones.

El problema de la reforma del Parlamento pasó de nuevo a ser el eje de la vida política del país. En efecto, el absurdo que suponía aquel sistema electoral heredado del medioevo saltaba a la vista, ya que la población de muchos centros industriales surgidos a raíz de la revolución industrial no tenía ningún diputado en el Parlamento. Por ejemplo, ése era el caso de la población de Leeds, que en veinte años (de 1801 a 1821) había ascendido de 53.000 habitantes a 84.000; de la de Birmingham, que en el mismo período se había elevado a 102.000; y de la Manchester, que de 77.000 había pasado a 129.000. Incluso la población de las viejas grandes ciudades estaban muy débilmente representadas en el Parlamento. Por ejemplo, Londres, que en 1821 contaba 1.379.000 habitantes, tenía en el Parlamento tan solo 4 diputados, es decir, un diputado por cada 345.000 habitantes, mientras que 30 lugarejos con una población de 375 habitantes tenían 60 diputados, uno por cada seis habitantes. De los 658 diputados de la Cámara Baja, 254 eran representantes de los llamados "lugarejos podridos", con una población de 5.723 habitantes. (El pueblo inglés llamaba "lugarejos podridos" a las poblaciones que contaban una reducida población y habían perdido toda importancia política y económica, pero que conservaban desde la época del medioevo el derecho a enviar diputados al Parlamento).

Desde 1830 a 1832, el movimiento alcanzó tan imponentes proporciones, que el Parlamento se vio obligado a adoptar en 1832 una ley de reforma parlamentaria. Según ella, a las nuevas ciudades surgidas en el período de la revolución industrial y que no tenían representación en el Parlamento se les otorgaba el derecho de enviar a él 65 diputados. Estos puestos se dieron suprimiendo en unos casos y reduciendo en otros la representación de los "lugarejos podridos". La reforma amplió el círculo de los electores pero dejó en pie un elevado censo electoral tanto en el campo como en la ciudad.

Así pues, las masas trabajadoras se quedaron sin derecho al sufragio: los 200.000 nuevos electores pertenecían a las clases poseedoras. A propósito de esta reforma, Marx dijo: "Quizá jamás un movimiento popular tan pujante y, a juzgar por todos los indicios exteriores, tan exitoso, desembocara en resultados tan ínfimos". La reforma de 1832 fue una victoria de la burguesía industrial, ya que su influencia en el gobierno del país aumentó, pero la aristocracia agraria mantuvo muchas de sus posiciones en el gobierno y en el Parlamento. El aumento de la participación de la burguesía en el gobierno del país tuvo gran importancia en el sentido de que el antagonismo de clases entre ella y el proletariado quedó al desnudo, sin velo alguno que lo encubriera; la oposición de los intereses de estas dos clases se hizo más evidente y adquirió mayor realce. Verdad es que algunos obreros esperaban a ver qué conducta sería la de la burguesía cuando llegase al poder. No tuvieron que esperar mucho. Después de subir al poder con la ayuda de la clase obrera la burguesía lo utilizó sin demora contra su reciente aliado. En 1834, el Parlamento, en el que los representantes de la burguesía industrial desempeñaban un papel de importancia, adoptó una nueva ley sobre los pobres, que anulaba los subsidios de pobreza. En adelante, los necesitados únicamente podrían recibir esos subsidios en casas de trabajo especiales, en las que el régimen era tan duro, que los obreros las denominaban con toda razón "bastillas para los pobres" *. El

* *La Bastilla*: Cárcel para los presos políticos en París, en la que

régimen de las casas de trabajo en nada se diferenciaba del de las prisiones. La alimentación, escasísima, minaba las fuerzas y hacía enfermar a la gente. Los habitantes de esas casas debían realizar trabajos muy pesados: espadillar viejas sogas para convertirlas en cáñamo, o triturar grandes piedras. Premeditadamente se les hacía cumplir trabajos que no tenían ningún sentido: la producción de mercancías útiles podía reforzar la competencia en el mercado, y ello no convenía a la burguesía. Con el fin de hacer particularmente angustiosa la permanencia en las casas de trabajo, la burguesía se cuidaba de dividir a las familias, alojando aparte a los maridos, las mujeres y los niños. Los burgueses declaraban que los pobres no tenían derecho a tener familia. Naturalmente, los pobres preferían morir de hambre a vivir en semejantes antros. La burguesía logró su objetivo: los gastos de ayuda a los pobres se vieron reducidos al mínimo, pero lo principal fue que pudo disponer de un enorme ejército de parados, dispuestos a trabajar por lo que fuera.

Los resultados de la reforma y la ley sobre los pobres provocaron profunda indignación entre los obreros, que resolvieron proseguir la lucha por sus derechos políticos y económicos. Así surgió el cartismo, el primer movimiento político proletario independiente. Los participantes en este movimiento se llamaban cartistas. Luchaban por que el Parlamento adoptase la Carta del Pueblo.

15. *El cartismo*

Los centros orgánicos del cartismo fueron dos sociedades fundadas en 1836: la Asociación de Obreros de Londres y la Gran Liga del Norte, fundada en Leeds. Ambas organizaciones se proponían transformar el régimen político por vía revolucionaria, en bien de la clase obrera y de todos los trabajadores.

imperaba un régimen muy riguroso. Se recluía en ella a delincuentes políticos particularmente peligrosos.

El programa de este movimiento era la "Carta del Pueblo", en la que se especificaban las siguientes reivindicaciones: sufragio universal para los hombres, voto secreto, circunscripciones electorales iguales, abolición del censo de propiedad para los candidatos a diputados al Parlamento, reelección anual de éste y el pago de dietas a los diputados. Los cartistas suponían que un Parlamento elegido según el nuevo sistema expuesto en la Carta sería un órgano del poder obrero y daría satisfacción a las necesidades cotidianas de los proletarios. La Carta adquirió inmediatamente una popularidad enorme. Los obreros la acogieron con entusiasmo. Un poderoso movimiento se extendió por toda Inglaterra. Por doquier se organizaban al aire libre grandiosos mítines. En Glasgow participaron en uno de ellos 200.000 personas, en Newcastle, 80.000, en Birmingham, 200.000, en Manchester cerca de 400.000. Producían una gran impresión las manifestaciones nocturnas de los obreros, que se alumbraban con antorchas. En filas ordenadas desfilaban por las calles de las ciudades, infundiendo pánico a la burguesía. En las banderas de los cartistas flameaban inscripciones amenazantes. Los oradores exhortaban al pueblo a ofrecer resistencia al despotismo y la opresión y lo invitaban a armarse.

El movimiento cartista se distinguía por la heterogeneidad de sus componentes. Además de los elementos proletarios y semiproletarios, al principio se incorporaron a él la pequeña burguesía y la burguesía media, que trataban de utilizar el cartismo para sus propios fines. La diversidad de los grupos sociales que integraban el movimiento le quitaba la unidad necesaria, y por eso la clase obrera no podía golpear a la burguesía con la fuerza deseada.

El 4 de febrero de 1839 se inauguró en Londres el primer congreso de diputados cartistas, al que se dio el nombre de Convención de las Clases Industriales de Gran Bretaña. El congreso aprobó una petición * acerca de la Carta, que para

* Se trataba de una solicitud, adjunta al proyecto de reglamento electoral, argumentando la necesidad de su adopción.

mayo del mismo año había sido ya firmada por 1.250.000 personas. La Carta fue entregada al Parlamento pero, como era de esperarse, los representantes de las clases poseedoras se negaron a examinarla. Las masas obreras estaban dispuestas a luchar, pero no tenían verdaderos dirigentes, les faltaba organización, carecían de partido propio. El gobierno se aprovechó de ello, desencadenó la represión y el movimiento empezó a decrecer. Entonces, los obreros avanzados llegaron a la conclusión de que para luchar con éxito necesitaban tener su propia organización. Esta fue fundada en 1840 y tomó el nombre de Asociación Cartista Nacional. Los cartistas la llamaban partido. Miembro de éste podía ser todo el que se declarase, por escrito, de acuerdo con los principios del cartismo. Encabezaba la asociación un comité ejecutivo elegido en congresos periódicos. Sin embargo, no era aquél un partido que pudiera asegurar una acertada dirección de la lucha de la clase obrera. Antes del surgimiento del marxismo, tal partido no podía existir.

El comité ejecutivo de los cartistas redactó una segunda petición con las reivindicaciones proletarias de supresión del monopolio de posesión de las máquinas, la tierra y los medios de comunicación. En otros términos, los cartistas planteaban el problema de la supresión de la propiedad privada sobre medios e instrumentos de producción, pero no respondían al interrogante de con qué había que sustituirla. La petición reunió 3.000.000 de firmas. Sin embargo, el 2 de mayo de 1842 el Parlamento la rechazó. En respuesta, la clase obrera lanzó la idea del "mes santo", huelga general que debía paralizar el trabajo en todas partes. A mediados de agosto de 1842, la huelga se extendió a los centros industriales más importantes del país, distinguiéndose por su carácter político, ya que la principal reivindicación de los huelguistas era la aprobación de la Carta. Esta forma de lucha acercaba al proletariado a la insurrección armada. Los obreros actuaron con unidad y firmeza. Sin embargo, como la clase obrera inglesa no disponía de un verdadero partido proletario y, por consiguiente, carecía de dirección, la huelga no llegó a ser general y fue decreciendo

poco a poco. Sobrevino un nuevo descenso del movimiento cartista. Pero no duró mucho. En el otoño de 1847 comenzó un nuevo auge, impulsado, entre otras razones, por los acontecimientos revolucionarios de 1848 en el continente. Los cartistas convocaron de nuevo su convención, que acordó, por tercera vez, pasar su petición al Parlamento. El número de firmantes de la petición sobrepasó pronto los cinco millones. Con el fin de apoyar las reivindicaciones cartistas se acordó celebrar una manifestación de masas el domingo 10 de abril de 1848. El gobierno hizo circular rumores de que se preparaba una insurrección para derrocar la monarquía y prohibió la manifestación. En Londes se respiraba una atmósfera de lucha. Sin embargo los líderes cartistas no se atrevieron a llamar a las masas a la insurrección armada. Todo lo contrario: exhortaban a los participantes de la manifestación a que se retirasen a sus hogares. Y cuando las masas prestaron oídos a sus dirigentes los diputados del Parlamento cobraron valor y se negaron a examinar la petición. La convención cartista se disolvió sin haber tomado decisión alguna. Las acciones dispersas de los obreros, privadas de dirección, fueron sofocadas rápidamente. A partir de entonces, el cartismo, como movimiento de masas, desapareció de la palestra política. Por otra parte, las condiciones económico-sociales que se iban creando eran tales, que el cartismo debía entrar en decadencia inevitablemente. La principal de esas condiciones era el robustecimiento del monopolio industrial de Inglaterra, el país de la primera revolución industrial. La situación monopolista de Inglaterra en el mercado mundial alcanzada a costa de las privaciones y los sufrimientos de millones de esclavos ingleses y de las colonias, permitía a la burguesía destinar una parte considerable de sus superbeneficios al soborno de la clase obrera

El movimiento cartista ejerció una gran influencia en el subsiguiente desarrollo de la historia de Inglaterra, ya que obligó a las clases dominantes a hacer ciertas concesiones a la clase obrera. Así, en 1842, fue aprobada una ley que prohibía los trabajos del subsuelo para las mujeres y los niños; en 1844, la jornada de trabajo para los niños ocupados en la industria

textil se fijó en cinco horas y media, y en 1847 se promulgó una ley que establecía la jornada laboral en diez horas. Las reformas posteriores de la burguesía inglesa fueron dictadas por el miedo a un nuevo auge del movimiento obrero. En 1867 se realizaron algunas otras reivindicaciones de los cartistas: se estableció el sufragio secreto y se abolieron los privilegios de los "lugarejos podridos".

En la década del 60 del siglo pasado culminó la revolución industrial en Inglaterra. Su etapa final fue la producción de máquinas con la ayuda de máquinas y la terminación del proceso de formación de las dos clases de la sociedad inglesa: la burguesía y el proletariado.

IV

LA REVOLUCION INDUSTRIAL EN FRANCIA, ALEMANIA, ESTADOS UNIDOS Y RUSIA. NACIMIENTO DEL SOCIALISMO CIENTIFICO

Muchos historiadores burgueses consideran que la revolución industrial se produjo únicamente en Inglaterra. Quienes mantienen tal punto de vista consideran que la revolución industrial es, simplemente, un sistema de perfeccionamientos técnicos y cierran los ojos a sus consecuencias sociales. Si se admite tal parecer se puede, en efecto, llegar a la conclusión de que la revolución industrial fue un fenómeno puramente inglés, ya que los otros pueblos tomaron de los ingleses el sistema de perfeccionamientos técnicos y no hicieron sino desarrollarlo. Así fue, al menos, en la etapa temprana de la revolución *industrial*. Señalando de pasada que durante la revolución industrial, así como antes y después de ella, todo pueblo enriqueció con sus inventos el pensamiento técnico, observaremos que no es esto lo principal. Ya hemos visto que la revolución industrial es todo un sistema de transformaciones económico-sociales, vinculado con la victoria y el afianzamiento del modo de producción burgués. Por ello los procesos que se operaron en Inglaterra tuvieron lugar en una u otra medida, en todos los países que emprendieron el camino capitalista. Pero, repitiendo los fenómenos regulares principales, la revolución industrial tuvo sus rasgos específicos en cada país.

16. *La revolución industrial en Francia*

La revolución industrial se produjo en Francia un poco más tarde y mucho más lentamente que en Inglaterra. A fines del siglo XVIII, Francia era todavía un país preferentemente

agrario. En vísperas de la revolución de 1789, a la agricultura correspondía en Francia el 70% del producto nacional, y a la industria y la artesanía nada más que el 30%. En las ciudades sólo vivía el 8.7% de los habitantes, y el resto, es decir, el 91.3%, en el campo. Unicamente dos ciudades —París y Lyon— contaban más de cien mil habitantes. En la industria predominaba la pequeña producción. Las empresas más típicas eran las que tenían de dos a diez obreros. La industria se veía trabada por una mezquina reglamentación fiscal, análoga a la vigente en otros países en el siglo XVIII. Regían numerosas reglas, como la que especificaba el número de hilos que debía tener la urdimbre de los diversos tejidos y las que fijaban el largo y el ancho de las piezas y los procedimientos de tinte de las telas. A quienes no las observaban se les sometía a bochornosos castigos, previa destrucción de las mercancías.

El desarrollo del comercio era frenado por los aranceles de todo tipo que había que pagar para llevar las mercancías de una provincia a otra, así como los derechos de portazgo de toda especie, instituídos en el medioevo y que eran vestigio del feudalismo. Debido a ello, los precios de las mercancías llevadas del Sur al Norte de Francia se decuplicaban, mientras que las mercancías procedentes de China costaban apenas tres o cuatro veces más que en el país de origen. Contrariamente a lo que ocurría en Inglaterra, en Francia se practicaba con gran amplitud el sistema de monopolios industriales y comerciales, que creaba a la alta burguesía una situación privilegiada no sólo en el mercado exterior, sino también en el interior. Comarcas enteras se entregaban a una determinada compañía de acaparadores: los artesanos no tenían derecho a vender sus artículos a nadie más. Determinados particulares obtenían idénticos privilegios de producción o venta.

A diferencia de Inglaterra, donde la revolución burguesa del siglo XVII y el sistema de cercamiento acabaron con los pequeños campesinos, la mayoría de la población de Francia estaba compuesta por campesinos medio siervos, que dependían en una forma u otra, de su señor feudal. Apenas si había

brazos libres para la industria capitalista. Sin embargo, a fines del siglo XVIII en Francia se desarrollaba ya la industria. El viajero inglés Arthur Young, quien visitó el país en vísperas de la revolución, decía en sus escritos: "Toda la región comprendida entre Ruán y el Havre es más bien manufacturera que agrícola". Antes de Young, estuvo en Francia el escritor ruso Fonvizin, quien decía en una de sus cartas: "Si en Francia he hallado algo floreciente, han sido, naturalmente, sus fábricas y manufacturas". En Francia había fábricas metalúrgicas y minas de hulla, fundiciones y vidrierías. En 1789, la sociedad anónima que explotaba las minas de Anzín tenía 4.000 obreros, empleaba 12 máquinas a vapor y obtenía 1.200.000 libras de ingreso anual. En París se contaban por decenas de miles los artesanos y los obreros manufactureros. Habían adquirido difusión en el país las hiladoras de algodón y otras máquinas. Sin embargo, la revolución industrial era imposible sin demoler el régimen absolutista feudal, sin suprimir la dependencia de los campesinos medio siervos, sin un mercado más amplio de mano de obra "libre", sin subordinar la política económica a los intereses de la burguesía.

Muchas eran las diferencias entre Inglaterra y Francia. Pero también era mucho lo que tenían de común. Los mismos métodos rapaces de enriquecimiento la misma cruel explotación de los habitantes de las colonias, el mismo engaño en las relaciones comerciales, la especulación y la trata de esclavos. Hablando con palabras de Marx, también en Francia "el capital recién nacido rezumaba sangre y lodo por todos sus poros, de pies a cabeza".

En Francia, lo mismo que en Inglaterra, la revolución burguesa (1789-1794) precedió a la revolución industrial.

La revolución industrial comenzó en Francia en las postrimerías del siglo XVIII. A comienzos del XIX se extendió el empleo de máquinas en las distintas ramas de la producción. En 1818 se empezó a emplear la hulla en la fundición de hierro, y en 1825 se fundía ya con ella casi un tercio de todo

el arrabio que se producía en el país. Los éxitos de la industria sedera estuvieron vinculados al empleo del telar mecánico de Jacquard, perfeccionado posteriormente por Breton. En 1819 había en Lyon 1.200 telares de ese tipo, y en 1825 sumaban ya 4.202. Sin embargo, la mayoría de las máquinas que se empleaban entonces en la industria francesa eran movidas por motores hidráulicos. A comienzos del siglo XIX había allí muy pocas máquinas de vapor, pero su número aumentó rápidamente. Así, pues, la revolución industrial iniciada en Francia llevaba a la industrialización del país, pero avanzaba mucho más lentamente que en Inglaterra. Una de las causas era el predominio numérico de la pequeña propiedad agraria y la amplia difusión del pequeño arriendo. Predominaba la pequeña hacienda, y por eso durante largo tiempo las industrias pesada y ligera no tuvieron suficiente mercado. Otra causa del desarrollo industrial relativamente lento de Francia y otros países burgueses radicaba en la propia tendencia de la industrialización: por lo común, ésta comenzó en los países capitalistas por el desarrollo de la industria ligera. Sólo después de un largo período, en el que la industria ligera fue acumulando capital y concentrándolo en los bancos, comenzó el desplazamiento de las acumulaciones a la industria pesada.

Sin embargo, en los años de la revolución industrial, los bancos eran patrimonio de un reducido grupo de bolsistas, un instrumento de su dominación económica y política. Debido a ello, hasta el desarrollo de la industria ligera se veía trabado en Francia por la prepotencia de los banqueros, que no estaban interesados en el desarrollo del comercio y de la industria y lo frenaban. Un periódico de aquella época caracterizaba así la Bolsa de París, la mayor de Francia: "La Bolsa de París ya no tiene nada de comercial... En realidad es un antro. Todos lo saben, todos lo ven todos lo dicen... Es un antro y, no obstante, continúa arruinando cada vez más a la industria y, en su triunfal impunidad, ofrece el espectáculo de hazañas a las que sería emplear diminutivos llamar 'proezas presidiables'".

La política de la aristocracia financiera podía frenar tem-

poralmente el desarrollo de la revolución industrial, pero no paralizarlo. Los progresos de la revolución industrial en Francia se caracterizan por los siguientes hechos: aumentó rápidamente el número de máquinas de vapor en la industria (baste decir que de 1830 a 1848 pasó de 618 a 4.853); en un decenio (1830-1840) se duplicó la importación de algodón; la organización fabril de la producción pasó a ser la dominante en la fabricación de tejidos de algodón, lana y seda, en las hilaturas del lino, la producción de percales, papel y cinta, así como en otras ramas de la industria ligera; la industria pesada dejó de utilizar la leña como combustible para pasar a la hulla.

Pero lo principal fue que una parte considerable de los trabajadores franceses, el semiproletariado artesano y manufacturero y los pequeños campesinos se convirtieron en la clase de los proletarios fabriles. Al mismo tiempo fue cuajando en Francia otra clase social: la gran burguesía industrial. Lo mismo que en Inglaterra, a medida que se desarrollaba la revolución industrial, empeoraba la situación de la clase obrera, continuaban la depauperación del proletariado y el empeoramiento general de las condiciones de trabajo. Terribles condiciones de habitación en las viviendas fabriles, la prolongación de la jornada laboral hasta 16 o 18 horas diarias, una explotación rapaz del trabajo de los niños, que empezaban a ser explotados en las fábricas a los seis o siete años de edad, la reducción de los salarios, el engaño de los obreros mediante falaces maquinaciones, multas crueles e injustas a todas luces y accidentes motivados en su mayor parte por la codicia de los fabricantes, que obligaban a los obreros a limpiar las máquinas sin interrumpir su funcionamiento: tales eran en resumen, las condiciones de trabajo y de vida de los obreros creadas por el modo de producción burgués en la Francia de la primera mitad del siglo XIX.

"Hablando en conciencia —decía en 1842 un funcionario en un escrito acerca de la situación de los obreros franceses—, los reclusos de la pésima cárcel de Etain viven, en todos los aspectos, veinte veces mejor".

17. Comienzo del movimiento obrero en Francia

La dura situación material de la clase obrera francesa, sumada a su carencia absoluta de derechos políticos, fue la base objetiva de su lucha contra la burguesía. Lo mismo que la inglesa, la clase obrera francesa comenzó muy pronto a actuar contra el capitalismo. Su lucha pasó por varias etapas y adoptó distintas formas. Adquirió una difusión muy grande el movimiento de los destructores de máquinas, parecido al movimiento de luditas inglés. Las huelgas, las manifestaciones de masas, las sociedades secretas y hasta las insurrecciones armadas fueron fenómenos corrientes en la época de la revolución industrial. Concretamente, en julio de 1830, los obreros de París empuñaron una vez más las armas iniciando así un alzamiento que se transformó en una revolución cuya victoria había de iniciar una nueva etapa en la historia de Francia.

El verdadero comienzo del movimiento obrero independiente fueron las insurrecciones de Lyon de 1831 y 1834, que ejercieron un profundo influjo en todas las capas progresistas de la sociedad francesa.

Dieron comienzo a la insurrección de Lyon los obreros de las manufacturas de tejidos de seda, a quienes se sumaron los obreros y artesanos de otras ramas industriales. El 21 de noviembre de 1831, una manifestación de tejedores se congregó por la mañana temprano en La Croix-Rousse, suburbio de Lyon, donde formaron una columna e, inermes, marcharon sobre la ciudad. Al llegar a las puertas de ésta, fueron tiroteados. Esta provocación obligó a los tejedores a empuñar las armas. La consigna de la insurrección de 1831 fueron las palabras, bordadas en una bandera negra: "¡Vivir trabajando o morir combatiendo!"

A los tres días de lucha armada, los obreros se adueñaron de Lyon. Las tropas gubernamentales abandonaron la ciudad, pero los obreros lioneses carecían de organización polí-

tica y programa, y no tenían ligazón con los obreros de otras ciudades ni con los campesinos.

La insurrección de 1831 fue sofocada muy pronto, pero causó una impresión extraordinariamente profunda a todas las clases de la sociedad francesa y de otros países de Europa. Demostró que, con el desarrollo del modo de producción capitalista, había surgido una nueva fuerza: la clase obrera. En ello consiste precisamente la importancia histórica universal de la insurrección de 1831. Los mismos obreros lioneses tenían todavía una conciencia muy vaga de las perspectivas históricas de las insurrecciones proletarias.

En abril de 1834 estalló la segunda insurrección obrera de Lyon, que tuvo desde el principio un marcado carácter político, republicano. El 15 de abril, después de seis días de enconada lucha en la ciudad y sus suburbios, la insurrección fue aplastada con extraordinaria crueldad.

Los hombres mejores y más avanzados de distintos países del mundo se hicieron eco, con gran simpatía, de aquel notable acontecimiento revolucionario. El compositor húngaro Liszt escribió su obra *Lyon;* el gran músico escribió en el papel de notas la consigna de los insurgentes lioneses: "¡Vivir trabajando o morir combatiendo!". En una de sus cartas, Liszt decía: "El arte debe grabar en la memoria del pueblo el espíritu sublime de sacrificio, las decisiones heróicas, la fuerza y el humanismo...". Valorando la significación de la insurrección de 1831 en Lyon, Federico Engels la catalogaba entre los sucesos históricos más notables. "La lucha entre la burguesía y el proletariado —dijo Engels— pasó a ocupar el primer lugar en la historia de los países más desarrollados de Europa a medida que se desarrollaban la gran industria, de una parte, el dominio, recién alcanzado de la burguesía". Las insurrecciones de Lyon fueron una importante etapa del paso del proletariado a la actividad política independiente, aceleraron el proceso de deslinde en el campo republicano y destacaron de él a los elementos proletarios.

En la década del 40 del siglo XIX, apareció en Francia, vinculada al nombre de Teodoro Desami, la doctrina del comunismo utópico, que se ganó muy pronto las simpatías de los trabajadores. La adhesión de algunas capas de la clase obrera, a las ideas comunistas, aunque utópicas todavía, fue uno de los más importantes fenómenos del proceso, operado en los años de la revolución industrial, de separación del proletariado de la masa pequeño-burguesa y de su formación como clase independiente, opuesta a la burguesía. Pero la clase obrera francesa no tenía en aquella época su propio partido político, el proletariado francés no conocía aún la teoría del comunismo científico. Sin embargo, el desarrollo político-social de Francia, la lucha de clase del proletariado, que adquiría un carácter político cada vez más acentuado, y la gran influencia de las ideas revolucionarias comunistas en los medios obreros, crearon condiciones propicias para que el proletariado francés asimilase las ideas del marxismo. Resumiendo puede decirse que, a pesar de la enorme diferencia de condiciones entre el desarrollo económico-social de Inglaterra y el de Francia, los fenómenos y las leyes de la revolución industrial fueron comunes para ambos países.

18. *Peculiaridades de la revolución industrial en Alemania*

Aunque la revolución industrial se produjo en Alemania en condiciones muy específicas, sus fenómenos principales y decisivos, así como todo su curso, estuvieron sometidos a las leyes generales. La revolución industrial en Alemania fue precedida por reformas burguesas, siendo la más importante la abolición de la servidumbre en 1807-1811. Hubo, además, otras diferencias esenciales.

Cuando Inglaterra y Francia se hallaban ya en la fase última de la revolución industrial, Alemania apenas si la iniciaba. Las causas fundamentales del atraso económico de los Estados alemanes eran dos: el fraccionamiento político del país y el dominio del orden de cosas feudal y semifeudal, im-

perante en casi todo el país. Por aquel entonces Alemania estaba dividida en 36 Estados (hasta 1915 hubo 360), cada uno de los cuales estaba separado de los demás por barreras aduaneras y tenía su propia moneda y su propio sistema de pesas y medidas, lo que dificultaba sobremanera la ligazón económica entre ellos. Con el desarrollo de la gran producción, destinada a la venta masiva, el fraccionamiento de Alemania se fue haciendo cada vez más insoportable. En 1818, Prusia suprimió sus barreras aduaneras interiores, y en 1834 concertó con nueve Estados alemanes un convenio en virtud del cual quedó formada la Unión Aduanera. Pero la unificación económica de Alemania no afectó a su fraccionamiento político.

Hasta la revolución de 1848, la aristocracia feudal conservó parte considerable de sus viejos privilegios. En casi todos los Estados alemanes predominaba el sistema feudal de posesión de la tierra. En algunos lugares, los terratenientes seguían ejerciendo incluso el derecho de administrar justicia a sus arrendatarios, no pagaban impuestos y conservaban casi todo su poder medieval sobre los campesinos. Oficialmente, la aristocracia feudal se consideraba el primer estamento del país: los principales funcionarios gubernamentales y la oficialidad salían de sus filas. En la inmensa mayoría de los Estados alemanes existía la monarquía, prácticamente con poder ilimitado y apoyada en la nobleza. El fraccionamiento del país, el dominio del orden político feudal y el régimen monárquico apoyado en la nobleza eran factores que frenaban el desarrollo de las relaciones capitalistas en Alemania. Trazando una semblanza del país en la década 1840-1850, Lenin dijo: "Las relaciones económicas estaban muy poco desarrolladas, la gran industria casi no existía, no había ningún movimiento obrero independiente de magnitud más o menos consciente, y la pequeña burguesía dominaba indivisiblemente".

No obstante, en la década del 30 y particularmente en la del 40 del siglo XIX, la industria alemana hizo progresos que se expresaron, concretamente, en el aumento del número de máquinas empleadas en la producción. En 1822 había en

toda Alemania sólo dos máquinas de vapor. En 1837, solamente en Prusia, se contaban ya 300 motores de vapor, y 1.139 en 1847. El capitalismo se desarrolló sobre todo en las industrias textil y minera. En 1846, los Estados de la Unión Aduanera tenían 313 hilanderías de algodón con 756.247 husos. En Baviera correspondían por término medio 4.600 husos a cada hilandería de algodón, lo que evidencia el desarrollo de la gran producción en esa parte del país. El número de obreros ocupados en la industria minera a fines de la década del 40 era de 60.800 hombres. De 1835 a 1848, la extracción de hulla en la región de Renania-Westfalia aumentó casi en el doble (de 993.108 a 1.694.208 toneladas). En el mismo período, el consumo de hierro colado por habitante aumentó en los límites de la Unión Aduanera de 5,8 kg. a 10,9. La industria química obtuvo sus primeros éxitos, a lo que contribuyeron en medida considerable importantes inventos técnicos. Runge descubrió la anilina en el alquitrán; Hofmfan descubrió el procedimiento de obtención de benzol puro, principal producto para la producción de colorantes de anilina. Los capitalistas alemanes hacían suya en gran escala la técnica inglesa y francesa.

El desarrollo de la industria iba acompañado del incremento de la población urbana. De 1816 a 1849, la población de Aquisgrán aumentó en el 50%, la de Berlín en el 85 y la de Solingen en el 130. La industria capitalista no se desarrollaba por doquier sino en algunos lugares. Alcanzó grandes progresos en tres zonas: Renania-Westfalia, Silesia y Sajonia. Estas tres zonas fueron las principales cunas del movimiento obrero, y, posteriormente, baluartes de la social-democracia alemana. Al mismo tiempo que se desarrollaba la gran industria, crecía numéricamente la clase obrera, aunque constituía una parte muy insignificante de la población: En Prusia, por ejemplo, era el 2,98%. La principal masa proletaria la componían los oficiales artesanos y los obreros a domicilio, que aún no habían roto con la tierra y practicaban las industrias para ayudarse a vivir. Los obreros fabriles eran la minoría. El atraso económico y político general de Alemania de-

terminaba el atraso del proletariado alemán. "La clase obrera alemana —decía Engels— iba en el desarrollo social y político tan a la zaga de la clase obrera de Inglaterra y Francia como la burguesía alemana de estos dos países". Caracterizando el estado de la economía alemana en la década del 40 del siglo XIX, Engels señalaba que era un país de artesanía e industria a domicilio, basada en el trabajo a mano. Los trabajadores de la industria a domicilio distan mucho del proletariado industrial, tanto por su situación en la sociedad como por su ideología. Sus principales enemigos son el usurero y el mercader, y no el capitalista industrial. Por ello su lucha adopta formas específicas: no va orientada contra el capitalismo en su conjunto, sino contra algunas de sus manifestaciones. El atraso general del proletariado alemán determinaba el atraso de sus ideales: el deseo de retornar a la producción gremial, ordenar las relaciones crediticias, frenar el desarrollo de la producción maquinizada, etc.

En el transcurso de la primera mitad del siglo XIX, la situación de la clase obrera alemana fue empeorando cada vez más. La introducción del modo capitalista de producción y el comienzo de la revolución industrial acarrearon a los obreros alemanes grandes calamidades, agravadas por la opresión feudal y policíaca y por la carencia de derechos políticos. La naciente industria alemana únicamente podía competir con la extranjera, técnicamente más perfecta, atacando brutalmente el nivel de vida de la clase obrera. La duración de la jornada laboral era en algunas empresas de 14 a 16 horas, y el salario quedaba reducido a un mínimo de hambre. El pago en mercancías era un fenómeno habitual. Las condiciones de habitación eran tan espantosas, que los médicos para los pobres comparaban las viviendas de los obreros de Breslau con chiqueros de cerdos. El periodista silesiano V. Wilf., amigo íntimo de Marx y Engels, decía que a comienzos de 1840 era muy corriente que en Breslau vivieran en una misma habitación de 5 a 7 adultos y más de 10 niños. La situación de los obreros fabriles en Alemania asombró incluso al demócrata revolucionario ruso Vissarion Belinski, que conocía la mise-

ria y lás privaciones que sufrían en Rusia los trabajadores. En el verano de 1847, Belinski escribió a un amigo residente en el extranjero: "Espantosa miseria la reinante en Alemania, sobre todo en la desdichada Silesia... Es aquí donde he comprendido el horripilante significado de las palabras pauperismo y proletariado". Los niños eran objeto de una explotación particularmente dura. En las fábricas de la ribera del Rin, niños de seis años trabajaban 13 horas en el turno diurno y 11 en el nocturno. La ilimitada explotación de los niños y los adolescentes encerraba el peligro de degeneración de la clase obrera. En 1826, el teniente general von Horn comunicó al rey de Prusia que las regiones obreras no proporcionaban ya el contingente de reclutas establecido: por su estado de salud, la juventud obrera era inútil para el servicio militar. En el aspecto político, la clase obrera carecía de todo derecho y se hallaba a merced del patrono y de la policía.

Pero todavía peor que la situación del proletario fabril era la de los obreros a domicilio, sobre todo la de hilanderos y tejedores. Sus desgracias comenzaron con la penetración en el país de las mercancías baratas producidas por la industria maquinizada inglesa y se agravaron cuando las máquinas hicieron su aparición en Alemania. Sólo a costa de esfuerzos sobrehumanos y de una subalimentación sistemática pudo el obrero a domicilio resistir por algún tiempo la competencia de las máquinas. Debido al hambre, entre los trabajadores a domicilio, y particularmente entre los tejedores, estalló una epidemia de tifus que segó miles de vidas. En algunas poblaciones murió una doceava parte de los habitantes.

La parte del proletariado alemán más avanzada políticamente la constituían los oficiales artesanos emigrados, entre los cuales hallaron terreno abonado las ideas del socialismo utópico y de la libertad política. La disgregación de la artesanía alemana provocó el exceso de oficiales, por lo que muchos de ellos se veían obligados a emigrar. En la década del 40, los emigrados alemanes llegaban a medio millón. Se asentaban principalmente en Inglaterra, Francia, Suiza y América. En el

extranjero, sobre todo en Francia, los oficiales artesanos alemanes se codeaban con los proletarios avanzados del país y con emigrados de otros países, aprendían de ellos las ideas de la democracia revolucionaria y el socialismo y, al regresar a su patria, las propagaban entre sus camaradas.

En Alemania eran muy reducidas las posibilidades de organización de asociaciones proletarias revolucionarias: el yugo policíaco era demasiado duro. Las primeras organizaciones revolucionarias de obreros y los oficiales artesanos alemanes surgieron en el extranjero. En 1832 se fundó en París la primera agrupación de emigrados demócratas alemanes, llamada "Unión Popular Alemana". Esta organización se proponía lograr la unificación de Alemania y limitaba su actividad a la propaganda entre un estrecho círculo de emigrados. Al año siguiente, en 1833, sobre la base de la Unión Popular surgió la "Liga de los miserables", formada por emigrados políticos y económicos. "El fin de la Liga —decían los Estatutos de la organización— es liberar a Alemania del yugo de una vergonzosa esclavitud y crear condiciones que hagan imposible el retorno a ella". La Liga se escindió en 1836. Salieron de ella los elementos revolucionarios, proletarios en su mayoría, para formar una nueva sociedad secreta, la Liga de los Justos. Esta era ya una organización proletaria, y parte considerable de sus componentes pasaron en 1847 a la Liga de los Comunistas, la primera organización internacional del proletariado, fundada y dirigida por Carlos Marx y Federico Engels. Antes de la revolución industrial y en los primeros años de la misma no había en Alemania un movimiento obrero independiente y los obreros fabriles no participaban de modo activo en la vida política del país. En la década del 30 del siglo XIX se produjeron, en Renania y en Sajonia, las primeras acciones de los obreros alemanes, que tuvieron un carácter semejante al del movimiento de los luditas: los obreros exigían que se prohibiera el empleo de máquinas, incendiaban las fábricas y destruían las instalaciones.

19. *La insurrección de los tejedores de Silesia*

El movimiento obrero independiente comenzó en Alemania con la insurrección de los tejedores de Silesia, en 1844. Los obreros silesianos sufrían un doble yugo: por una parte, los explotaba el empresario acaparador y, por otra, el terrateniente de la comarca, al que pagaban un impuesto por el derecho a tejer. El tejedor silesiano pagaba el impuesto agrario, el estamental, un tributo por la tierra, que iba a parar a las arcas del terrateniente, y las gabelas de caza e hilatura. Además, debía hacer prestaciones personales, y, si no quería o no podía, se le obligaba a compensarlas entregando al terrateniente una determinada suma en metálico; pagaba, además, los tributos comunales, a los que se añadían los desembolsos para escuelas y para seguros contra los incendios. En resumen, el tejedor silesiano debía entregar al Estado y al terrateniente parte considerable de sus ingresos. A mediados del siglo XIX, la enorme competencia de las mercancías extranjeras, principalmente inglesas, producidas con máquinas y por ello mucho más baratas, empeoró considerablemente la situación de los tejedores silesianos, sobre todo en las grandes poblaciones de Petersvaldau y Langenbielau, donde se registraron casos de muerte por inanición. Oprimidos e ignorantes, los tejedores no lanzaban todavía reivindicación política alguna, pero su paciencia ya se había agotado. A comienzos de junio de 1844, la indignación estalló por fin, expresada en la canción *El juicio sangriento*, en la que se hablaba de la triste y dura situación de los tejedores agobiados por la opresión de los fabricantes, a quienes los obreros lanzaban maldiciones prodigándoles epítetos nada cariñosos. Un obrero que la cantaba fue detenido y brutalmente apaleado. Este indignante caso acabó con la paciencia de los tejedores del lugar. Al día siguiente, 4 de junio, se presentaron en casa del fabricante Zwanziger y exigieron que se les aumentase el salario. El fabricante echó de su casa a los diputados obreros, y entonces la muchedumbre destruyó la vivienda y almacenes. Zwanziger tuvo que huir al pueblo vecino. El 5 de junio, los tejedores insurreccionados

salieron de Petersvaldau en dirección al pueblo de Langenbielau, donde asolaron varias empresas.

El gobierno envió sus tropas al lugar de la insurrección. En el primer choque los insurgentes tuvieron 11 muertos y 24 heridos, pero luego pasaron a la ofensiva y obligaron a los soldados a batirse en retirada: las tropas reales huyeron vergonzosamente. Para sofocar la insurrección hubo que recurrir al envío de grandes unidades militares. Unos 70 tejedores fueron apresados y recluídos en una fortaleza, donde se les sometió a crueles torturas.

La noticia de la insurrección de los tejedores de Silesia se propagó rápidamente por toda Alemania. El gran poeta demócrata Heine escribió su magnífica canción *Los tejedores*, en la que en nombre de los tejedores hambrientos maldecía a Dios, al rey a la patria y llamaba a los obreros alemanes a enterrar a la vieja Alemania, amortajándolo con el sudario que le estaban haciendo los tejedores de Silesia

Carlos Marx consideraba la insurrección de Silesia como un fenómeno de enorme importancia política, el comienzo del movimiento obrero de masas en Alemania. La insurrección de los tejedores impulsó la lucha de masas de los obreros contra los capitalistas. Se manifestó, ante todo, en el estado de ánimo de las masas populares de Breslau, capital de Silesia en 1844. Los periódicos de la época decían que el 7 y 8 de junio se observaba en la ciudad un intenso malestar. El 7 de junio, una densa muchedumbre, en la que predominaban obreros y artesanos, rompió los cristales de las tiendas de los comerciantes ricos. El gentío hablaba de los tejedores insurrectos y de sus explotadores. Al día siguiente, las calles aparecieron colmadas de gente; se oían gritos de "¡Vivan los tejedores!".

El 16 de junio comenzaron las acciones de los obreros de la construcción de Ingolstadt, ciudad de la Alta Baviera. El movimiento fue sofocado por la policía con la ayuda de un destacamento de tropas, enviado especialmente para el caso. Al día siguiente el movimiento se reanudó, pero la caballería

hizo que la muchedumbre se dispersase rápidamente. El 15 y el 16 de junio, bajo la influencia de la insurrección de los tejedores de Silesia, tuvo lugar una acción masiva abierta de los trabajadores del pueblo de Smichow. El 3 de julio estalló una insurrección en la ciudad de Reichenberg, que fue sofocada con un batallón de infantería.

Subrayando la enorme importancia que la insurrección de Silesia tuvo para toda Alemania, Federico Engels dijo: "Los tejedores de Silesia dieron la señal en 1844, y los estampadores y los obreros de los talleres de los ferrocarriles de Bohemia y Sajonia, los estampadores de Berlín y los obreros industriales de casi toda Alemania declararon huelgas y, en algunos lugares se amotinaron".

En vísperas de la revolución de 1848, debido a la mala cosecha y al hambre, el movimiento obrero adquirió un carácter violento. En Brandenburgo, los ferroviarios en huelga asaltaron la caja de la estación. En Maguncia, el gentío asaltó las tahonas y se repartió el pan. En 1846 tuvieron lugar dos importantes huelgas de los obreros ferroviarios en Brandenburgo y en Elbing, después de lo cual las huelgas y los disturbios se repitieron en varios lugares del país. En 1847 se registró en Berlín una imponente acción de las masas populares que se conoce con el nombre de "guerra de las patatas". Empujados por la carestía y el hambre, grandes muchedumbres asaltaron las tiendas y se llevaron los víveres. Durante esta acción, que duró varios días, fueron detenidas unas 300 personas. En vísperas de la revolución, tales estallidos de indignación popular eran corrientes. Siguiendo el ejemplo de sus hermanos ingleses y franceses, los obreros alemanes se levantaban en pie de lucha.

20. *La revolución industrial y el comienzo del movimiento obrero en Estados Unidos*

Encierra gran interés la historia de la revolución industrial en Estados Unidos. Hasta la década del 80 del siglo XVIII,

América del Norte fue una colonia de Inglaterra. La dominación inglesa trataba el desarrollo de la economía norteamericana. La población de las colonias inglesas de América del Norte se levantó contra ella y la derrocó a consecuencia de la Guerra de Independencia, que se prolongó de 1775 a 1783. Se formó un nuevo Estado independiente que tomó el nombre de Estados Unidos de América y cuyos habitantes eran, en su mayoría, oriundos de Inglaterra. Se trataba, principalmente, de trabajadores que habían abandonado Europa huyendo del despotismo feudal y de la miseria, con la esperanza de hallar su felicidad en América. Había entre ellos bastantes campesinos desalojados de su tierra y convertidos en indientes por las leyes de cercamiento; otros eran artesanos arruinados, que no habían podido soportar la lucha competitiva con la industria maquinizada. Sin embargo América del Norte no resultó ser la "tierra prometida" ni la "cuna de la libertad". La inmensa mayoría de los colonos eran explotados cruelmente por la burguesía colonial y por los plantadores esclavistas. La colonización de América del Norte estaba vinculada indisolublemente con el proceso de la acumulación originaria ya examinada por nosotros, que se realizaba con los métodos más crueles. Exterminio masivo, y, en algunos lugares, completo, de los indios; apropiación de sus tierras, desalojo de los pequeños granjeros, cruel explotación de los obreros asalariados, trabajo forzado de los blancos y esclavitud de los negros, trata de negros y contrabando rayano en la piratería: he aquí una enumeración incompleta de los procesos de formación del régimen burgués en el territorio de Estados Unidos.

Después de la Guerra de Independencia y de la formación de Estados Unidos, el desenvolvimiento económico del país siguió durante casi cien años dos cauces fundamentales: en primer lugar, se introducían máquinas y continuaba el desarrollo de las relaciones capitalistas tanto en la industria como en la agricultura de los Estados del Norte y el Oeste, en segundo lugar, se robustecía y extendía la esclavitud en los Estados del Sur. Posteriormente, el desarrollo simultáneo del capitalismo en el Norte y de la esclavitud en el Sur condujo a

un brusco choque de los intereses económicos y políticos de estas dos partes del país y a la guerra civil entre ellas.

Las primeras máquinas y las primeras fábricas aparecieron en América en la década del 80 del siglo XVIII. A ello contribuyeron en medida considerable los estrechos vínculos con Inglaterra, que se conservaron incluso después de la Guerra de Independencia. Sin embargo, la amplia difusión de las máquinas en la industria y la formación del proletariado y la burguesía, es decir, los procesos que marcan el comienzo de la revolución industrial, ocurrieron entre 1820 y 1840. La revolución industrial no se extendió de golpe a todo el territorio de Estados Unidos; comenzó en los Estados del Noroeste, y luego, en los Noreste, corriéndose al Sur hacia 1880. Durante largo tiempo, el desarrollo de la joven industria se vio frenado por la competencia de la industria inglesa, más desarrollada; las mercancías inglesas, buenas y baratas, inundaban el mercado norteamericano. En los albores del siglo XIX, la mayoría de las nuevas fábricas tuvieron que cerrar a causa de la competencia inglesa. Sin embargo, la industria se iba abriendo camino en América del Norte. Señalaremos a título ilustrativo, que el número de fábricas de Nueva Inglaterra ascendió de 14 en 1804 y 62 en 1809, a 269, con 87.000 husos, en 1810.

Al desenvolvimiento de la industria en los Estados Unidos contribuyó en gran medida la inmigración de Europa, que proporcionaba constantemente mano de obra excelente. Recordaremos que de 1831 a 1840 emigraron a Estados Unidos 600.000 personas, y entre 1814 y 1850, más de 1.700.000. A partir de 1842, la población de América del Norte aumentó a cuenta de los inmigrantes en más de 100.000 personas por año. En 1851, por ejemplo, llegaron al país 427.000 inmigrantes. En total al estallar la Guerra Civil habían emigrado ya de Europa a Norteamérica cerca de 5.000.000 de personas. Hasta mediados del siglo XIX, la mayoría de los inmigrantes eran campesinos y artesanos calificados, y, después de 1848, obreros industriales. Las enormes riquezas naturales, la exis-

tencia de materias primas de todo tipo, la afluencia constante de mano de obra, el amplio mercado interior, del que se iba desplazando a las mercancías inglesas, y la posibilidad de aprovechar las realizaciones técnicas de Inglaterra, fueron circunstancias que contribuyeron al rápido desenvolvimiento de la industria norteamericana. Progresó con particular celeridad la industria de tejidos de algodón. En 1805, las hiladoras mecánicas de Estados Unidos contaban con 4.500 husos, en 1820 con 500.000, y en 1860 tenían ya 5.200.000. Por su industria de tejidos de algodón, Estados Unidos ocupó el segundo lugar del mundo, después de Inglaterra.

La industria siderúrgica crecía más lentamente. En 1810, se produjeron 55.000 toneladas de hierro colado, 180.000 toneladas en 1830, y 988.000 en 1850.

En los primeros cinco lustros del siglo XIX, el país se cubrió de una red de canales que unían el Misisipí con el San Lorenzo, y los Grandes Lagos —Michigan, Hurón y Erie— con el Océano Atlántico. En 1825 se inauguró el gran Canal del Erie, que comunicaba el sistema de los Grandes Lagos con el Hudson. La masa fundamental de los colonos, que se dirigía hacia el Oeste a través de Filadelfia, pasó a desplazarse por el Hudson a través de Nueva York. Fue a partir de entonces cuando adquirió gran importancia esta ciudad, que es hoy la mayor del mundo.

El transporte fluvial y el ferroviario se desarrollaron muy rápidamente. En 1807, Robert Fulton inventó el barco de vapor. En 1811 apareció el primer vapor en el Misisipí, y a fines de 1812 surcaban ya el río 60 barcos. En 1820, los vapores transportaron de Albany a Nueva York más de 16.000 pasajeros. La primera autorización de tendido de ferrocarriles fue solicitada en Estados Unidos en 1815, pero hasta 1828 no se terminó la primera línea. En 1829 se importó de Inglaterra la primera locomotora. En 1830 se inauguró una línea de 20.8 kms. que llevaba desde Baltimore hasta las fábricas de Ellintoe, y en 1833, la de Charleston-Augusta.

Los primeros trenes circulaban muy lentamente y se detenían con frecuencia. Si llovía, las locomotoras no podían tirar del convoy, sobre todo en las cuestas. En las estaciones veíanse anuncios advirtiendo que, en caso de mal tiempo, el tren sería arrastrado por caballos. Con todo, la construcción de ferrocarriles avanzaba rápidamente. En 1830 se tendieron 23 millas de vías férreas, y en 1850 su longitud era ya de 15.000 kms., con lo cual los Estados Unidos pasaron a ocupar el primer puesto en el mundo por la longitud total de sus ferrocarriles.

La revolución industrial en Estados Unidos tuvo sus peculiaridades, sus rasgos específicos. Ante todo hay que tener presente que la mayoría de las máquinas empleadas en la industria norteamericana habían sido inventadas en Inglaterra e importadas de allí. Lo que se hizo en Estados Unidos fue emplearlas en gran escala y perfeccionarlas. La segunda diferencia consistió en que los Estados Unidos dependieron largo tiempo de Inglaterra en el aspecto económico, lo que frenaba la industrialización del país, sobre todo de los Estados del Sur, y contribuía en grado considerable a la desigualdad del desarrollo capitalista en las distintas regiones. Tampoco debe olvidarse que la revolución industrial se produjo bajo el dominio político de los esclavistas, lo que también frenó mucho su desenvolvimiento. No culminó hasta después de la Guerra de Secesión (1861-1865), que acabó con la esclavitud y estableció el dominio político de la burguesía industrial. El estudio de la historia de la revolución industrial en Estados Unidos nos dice que, si bien tuvo sus rasgos específicos, el desarrollo del capitalismo norteamericano fue un fenómeno de carácter "exclusivo", como afirman falsamente los abogados y apologistas del imperialismo norteamericano.

Los rasgos generales y los rasgos específicos de la revolución industrial en Estados Unidos pueden apreciarse también en su consecuencia social más importante: la formación de la clase obrera y el surgimiento de su lucha contra la burguesía. La situación de la clase obrera era en Norteamérica un poco

mejor que en Europa. Ello se debía a varias razones. La principal era la intensa demanda de mano de obra, que no siempre se veía cubierta por la oferta, pese a lo intenso de la inmigración. A esto deben añadirse la particular composición social de la inmigración y el fondo de tierras libres, relativamente grande, que había en el Oeste del país. La industria se desenvolvía con celeridad fabulosa, exigía cada vez más mano de obra, y la fuente principal entre las que engrosan las filas del proletariado industrial —el empobrecimiento y la ruina del campo— brillaba por su ausencia. El granjero norteamericano no experimentó escasez de tierra mientras no se hubo poblado el Oeste. El hambre de tierra no se dejó sentir hasta las postrimerías de la década del 40. Además, los obreros los proporcionaba la inmigración procedente de Europa. La mayoría de los inmigrantes eran campesinos y obreros no calificados. Unos y otros se afanaban por obtener una parcela y hacerse granjeros. Los obreros calificados eran pocos, y por ello su trabajo se pagaba caro. Esta era la causa de que los salarios fuesen relativamente elevados y de que hasta la década del 50 pudiera observarse la tendencia a aumentar. La elevación de los salarios superaba, aunque en muy poco, el alza de los precios de los artículos de primera necesidad. Tal era el panorama general, que evidencia un relativo bienestar de la clase obrera de Estados Unidos en comparación con sus hermanos europeos. Sin embargo, no todos los obreros, ni mucho menos, vivían en las mismas condiciones. Había grandes diferencias entre la situación de los obreros blancos y los negros y entre los obreros calificados y los no calificados, así como en el salario de los hombres y las mujeres. Era muy penosa la situación de todos los obreros durante los períodos de crisis. Por cierto, su situación era bastante dura en todos los períodos. Los contemporáneos nos han legado numerosos testimonios del extenuador y agobiante trabajo de los trabajadores norteamericanos y de su miseria. Uno de los periódicos de aquella época describía como sigue la situación de las obreras en las fábricas de Lowell: "En Lowell viven siete u ocho mil mujeres jóvenes, por lo común hijas de granjeros de distintos Estados de Nueva Ingla-

terra. Las obreras trabajan trece horas al día en verano, y en invierno desde el amanecer hasta que anochece...".

En un informe acerca del empleo del trabajo infantil en Massachusetts, donde fueron reconocidos 928 niños y adolescentes, se dice: "Resulta que los niños suelen trabajar de doce a trece horas diarias, a excepción de los domingos, lo que apenas deja posibilidad de darles una instrucción sistemática"... "la mayoría de los niños no saben escribir su nombre".

Un publicista burgués decía: "Durante los inviernos crudos, las condiciones de existencia en las cárceles son mejores que las de muchos de nuestros pobres, lo que induce a éstos a la delincuencia, ya que así pueden ir a parar a la cárcel y mejorar su situación". Para los pobres eran una calamidad espantosa las deudas: si no podían pagarlas a su debido tiempo, eran encadenados y recluídos en prisiones especiales. Allá por 1829, cada año eran encarceladas por insolventes unas 75.000 personas, la mitad de las cuales no había podido pagar deudas inferiores a veinte dólares.

El escritor norteamericano Henry Thoreau decía de la situación de los proletarios norteamericanos de la primera mitad del siglo XIX: "La situación de los obreros fabriles se va pareciendo cada vez más a la de los obreros ingleses; ello no debe asombrarnos, ya que, como he podido observar, el fin principal no consiste en cuidar como es debido de la gente, sino en enriquecer a las firmas".

Uno de los periódicos caracterizaba como sigue la situación en Nueva York en enero de 1829: "Se le parte a uno el alma al ver a cientos y miles de personas que, hambrientas y temblando de frío, tienen que recurrir a la beneficencia; esta mañana han invadido la vieja casa de las instituciones de beneficencia y los parques, expresando su ruego con palabras dolidas e implorantes. Hoy los sufrimientos son mayores que nunca". Como vemos, la realidad se parecía muy poco al "Estado del bienestar general" por el que quieren hacer pasar a Estados Unidos los partidarios de la teoría de la "exclusivi-

dad" norteamericana. La dura situación de los obreros de Estados Unidos fue, lo mismo que en Europa, la base objetiva del desarrollo del movimiento obrero. En el siglo XVIII hubo ya muchas huelgas de los obreros de construcciones navales y de los marineros. Las clases dominantes las tildaban de "motines" y la participación en ellas se castigaba con pena de cárcel a veces prolongada.

Surgían, aunque pocas, asociaciones profesionales secretas. A poco de haber terminado la Guerra de Independencia, el gobierno norteamericano declaró complot criminal toda asociación obrera. Como vemos, los burgueses norteamericanos no querían quedar a la zaga de sus congéneres ingleses y franceses.

El amplio movimiento obrero de masas no comenzó hasta la década del 30, acompañando al desarrollo de la gran industria, a la aparición de grandes fábricas y del transporte a vapor y a las grandes obras. Las principales reivindicaciones de los obreros en aquel período eran: jornada laboral de diez horas e instrucción general. En 1840, lograron que se estableciera legislativamente la jornada de diez horas en todas las empresas públicas; en varios Estados se implantó la enseñanza general. En esos años surgieron numerosos sindicatos en las grandes ciudades, compuestos, principalmente, de obreros ingleses. En sus programas se reivindicaba el sufragio universal, la concesión gratuita de parcelas, la organización de escuelas y bibliotecas, la regulación de los salarios y la reducción de la jornada laboral. Su actividad era muy limitada: daban subsidios y préstamos a sus afiliados, desplegaban cierta labor cultural y educativa, etc. En ninguno de sus estatutos se abordaron los problemas generales del movimiento obrero y del socialismo.

A partir de 1845 se intensificó el movimiento obrero. Tuvieron lugar grandes huelgas y para sofocarlas hubo que recurrir a la fuerza armada. Tal fue, por ejemplo, la huelga de 1851 en Massachusetts, que se prolongó seis meses y no triunfó porque los fabricantes lograron azuzar a los obreros irlandeses contra los de otras nacionalidades. Las organizacio-

nes obreras se desarrollaron muy rápidamente. En la década del 50 se fundaron veintiséis sindicatos nacionales, que agrupaban a los obreros de las ramas industriales más importantes.

Venciendo grandes dificultades y la enorme resistencia de los capitalistas, la clase obrera norteamericana se organizaba para la lucha.

21. *La revolución industrial y el comienzo del movimiento obrero en Rusia*

En el siglo XVIII hubo ya en Rusia casos en que se inventaron y emplearon máquinas, pero éstas no adquirieron difusión y no desempeñaron un papel esencial en la producción. Por aquel entonces la industria en su conjunto se desarrollaba muy lentamente y se basaba casi por completo en el trabajo manual. Su peso relativo en la economía era por demás insignificante. En la primera mitad del siglo XIX, la industria rusa comenzó a desenvolverse mucho más rápidamente. En 1804, en la industria transformativa y minera trabajaban unos 225.000 obreros, más de 340.000 en 1825, y arriba de 800.000 en 1860. Predominaba entonces la manufactura, basada en el trabajo manual, pero poco a poco se iba transformando en fábrica. Este proceso tuvo su expresión, por una parte, en la revolución técnica (el telar movido a mano empezó a ser sustituído por la máquina). Por otra parte, empezó a formarse el ejército de los asalariados. Estos dos aspectos de la revolución industrial están indisolublemente vinculados. Analizando e investigando ambos aspectos, los historiadores soviéticos han llegado a la conclusión de que la revolución industrial comenzó en Rusia en la década del 30 del siglo XIX. Progresaban con mayor rapidez las industrias de tejidos de algodón y la azucarera. Más lento era el desarrollo de la construcción de maquinaria y de la siderurgia. Antes de la revolución industrial, la mayoría de los obreros rusos eran campesinos siervos, es decir, propiedad personal del terrateniente. Pero poco a poco iba aumentando el número de obreros asalariados: en 1769, los

asalariados eran el 40% y en 1860, el 67%. A pesar del aumento relativo y absoluto del trabajo asalariado en su conjunto, en varias ramas de la industria predominaba el trabajo forzoso. Los obreros rusos, carentes de libertad individual y en su inmensa mayoría no libres todavía de los medios de producción, no constituían aún una clase formada.

Lo mismo que en otros países, una de las consecuencias de la revolución industrial fue el aumento de la población urbana. En 1811, en las ciudades de la Rusia europea había 2.765.000 habitantes, y en 1856 eran ya 5.684.000. Por consiguiente, en menos de medio siglo la población creció más del doble. Se desarrollaban con particular rapidez las ciudades del Sur: de 1811 a 1863, la población de Nikoláiev aumentó más de 15 veces, casi 11 la de Odesa, más de 7 la de Rostov del Don, y casi 8 la de Samara. Todas estas ciudades crecieron debido principalmente a la ampliación del comercio de cereales y otros productos agrícolas. El comienzo de la revolución industrial estuvo vinculado a la construcción de ferrocarriles. En 1838 se tendió la línea Petersburgo-Tsárskoie Selo (hoy Pushkin), de más de 26 kms. de longitud; posteriormente se construyeron los ferrocarriles Varsovia-Viena (1848), Petersburgo-Moscú (1851) y Petersburgo-Varsovia (1859). Pese a ello había pocas vías férreas. En 1861, la longitud total de todos los ferrocarriles del inmenso Imperio Ruso era de 1.600 kilómetros. En aquella misma época había en Inglaterra 16.000 kilómetros de líneas férreas, y en Alemania 11.000. Se desarrolló también el transporte naval. En 1840 había en Rusia 16 vapores, 99 en 1850 y 339 en 1866. Sin embargo, el transporte se desarrollaba con extraordinaria lentitud y no podía satisfacer las necesidades del desarrollo económico.

Paulatinamente y con gran lentitud se operaba el proceso de formación de la burguesía rusa. Los primeros fabricantes del país fueron en su mayoría campesinos enriquecidos que se habían rescatado. Campesino siervo fue Savva Morózov, fundador de la más grande fábrica textil de Rusia. Al principio trabajó de tejedor en unas sederías y posteriormente, en 1801,

montó su propia empresa, que no tardó en dar nacimiento a varias grandes fábricas. En la década del 20 del siglo XIX, Morózov se rescató. También fueron campesinos siervos el gran fabricante Fiódor Guchkov, los azucareros Yajnenko y Smirnenko y muchos otros industriales.

La burguesía industrial rusa la engrosaban también comerciantes que habían amasado capitales en el comercio y abrían empresas industriales. Si la apreciamos en comparación con la occidental era una clase sobremanera atrasada, inculta, políticamente rutinaria, económicamente débil y dependiente del zarismo. Había muchas razones para ello. La burguesía de Rusia obtenía del zarismo muchos privilegios. El gobierno zarista había establecido altos aranceles para las mercancías importadas y de este modo protegía a la industria rusa de la competencia extranjera; la política anexionista aplicada por el zarismo aseguraba a la burguesía rusa la penetración en los mercados orientales; desempeñaban un gran papel los pedidos gubernamentales (algunas ramas de la industria pudieron desarrollarse rápidamente sólo gracias a ellos). La burguesía rusa debía en gran parte sus ingresos a que aprovechaba en beneficio propio el orden de cosas feudal y por eso estaba interesado en que se mantuviera en muchos de sus aspectos. Se había recogido muy cómodamente bajo el ala del zarismo y no deseaba, ni mucho menos, destruir hasta los cimientos el régimen de la servidumbre ni derrocar la monarquía.

Como hemos dicho, la revolución industrial comenzó en Rusia en la década del 30 del siglo XIX, pero durante unos treinta años se desarrolló con extrema lentitud. La causa principal fue el régimen de la servidumbre, que se mantuvo en Rusia hasta 1861. El orden de cosas feudal frenaba el desenvolvimiento de la revolución industrial iniciada. La carencia de mano de obra libre trababa el progreso de la industria capitalista; el trabajo forzado de los campesinos era poco productivo y obstruía el empleo de métodos avanzados de cultivo y de las máquinas en la agricultura. El régimen de la servidumbre era muy penoso para la mayoría de la población. El pueblo

se levantaba en lucha contra él. En 1861, el gobierno zarista se vio obligado a realizar una reforma que abolía la servidumbre. A partir de entonces, la revolución industrial adquirió, en sus distintas manifestaciones, mucha mayor rapidez. Se acentuó sobremanera el carácter mercantil de la agricultura, gracias a la construcción de la red de ferrocarriles. Las ramas principales de la industria seguían siendo la textil y la de alimentación. Pero al mismo tiempo crecía la industria pesada, que antes de la reforma se hallaba en estado embrionario.

La situación de la clase obrera rusa era en extremo penosa. El trabajo en la fábrica la convertía en un simple apéndice de la máquina y privaba al proletario de todo su tiempo, a excepción del que invertía en dormir y en comer, convirtiéndolo casi en esclavo. El obrero no dejó de ser esclavo hasta el momento en que, colmado de indignación se alzó para luchar por mejores condiciones de vida, contra la burguesía y la autocracia. La clase obrera rusa dio ya en el período inicial de su existencia magníficos y brillantes ejemplos de lucha contra el capitalismo. En septiembre de 1880, 2.500 obreros de la fábrica de Yártsevo se declararon en huelga, rompieron los cristales de la empresa y apedrearon a la policía. La huelga fue aplastada con ayuda de las tropas. En 1882 se declararon en huelga más de tres mil obreros estonianos y rusos de la manufactura de Krenholm, en la ciudad de Narva. La huelga más importante de aquel período fue la que tuvo lugar en 1885 en la fábrica de Morózov en Oréjovo Zúevo, ciudad cercana de Moscú. Esta acción se distinguió tanto por su envergadura como por el grado de organización de los obreros y por la precisión de sus reivindicaciones.

22. *Del socialismo utópico al socialismo científico*

En el curso de la revolución industrial, la sociedad capitalista fue revelando cada vez más sus contradicciones. Se manifestaba con nitidez cada vez mayor la principal contradicción del capitalismo, la contradicción entre el carácter social

de la producción y la forma capitalista privada de apropiación de sus frutos. La realidad capitalista refutaba sin dejar lugar a dudas las viciosas concepciones de los ideólogos burgueses, que proclamaban la identidad de los intereses del trabajo y del capital y afirmaban que el pueblo alcanzaría el bienestar general gracias al desarrollo de la sociedad burguesa.

En el proceso de la revolución industrial no sólo se formó la ideología burguesa; cristalizó también la ideología proletaria. Las obras de los socialistas utópicos Claudio E. Saint-Simon, Carlos Fourier y Roberto Owen expresaban ya teóricamente, aunque de modo imperfecto, los intereses del proletariado. (El socialismo utópico debe su nombre a la obra *Utopía*, del pensador inglés Tomás Moro, quien describe en ella la isla fantástica de ese nombre, en la que existía un régimen social ideal).

En 1802 Saint-Simon publicó su libro *Cartas de un vecino de Ginebra,* en la que argumentaba su idea de que "todos los hombres deben trabajar". En 1825 apareció su trabajo *El nuevo cristianismo,* en el que este noble representante del socialismo utópico-crítico declaró abiertamente que el fin de la sociedad debía ser el de mejorar la suerte de la "clase más numerosa y más pobre". Los discípulos de Saint-Simon expresaron su ideal socialista con las palabras: "A cada uno, según su capacidad; a cada capacidad, según sus obras" (esta consigna fue modificada por Marx y Engels, que la expresaron así: "Dé cada uno, según su capacidad; a cada uno, según su trabajo"). En la primera mitad del siglo XIX aparecieron también los trabajos de Carlos Fourier, otro gran representante del socialismo utópico-crítico. Fourier demostraba en sus obras que el régimen capitalista, con todos sus vicios, debería ceder lugar a un régimen social superior. Sin embargo, Fourier era enemigo de la lucha revolucionaria; confiaba en que, mediante la propaganda, se lograría persuadir a los capitalistas de las ventajas del nuevo régimen. Por ello las obras de Fourier (la principal es *El nuevo mundo industrial y societario*) deben principalmente su importancia a que contiene una ingeniosa y mordaz crítica de las lacras del régimen capitalista.

El representante más notable del socialismo utópico en Inglaterra fue Roberto Owen. En su libro *Sistema social*, Owen expone la necesidad de una transformación radical de toda la sociedad para convertirla en una unión de comunidades comunistas. Owen trató de plasmar en hechos su doctrina fundando tales comunidades. La primera colonia comunista, llamada "Nueva Armonía", surgió en Norteamérica, en el Estado de Indiana. Sin embargo, no tardó en fracasar, ya que era un pequeño y solitario islote en medio del proceloso océano de la anarquía capitalista de la producción. Durante toda su actuación, Owen mantuvo una actitud negativa hacia la lucha política de la clase obrera y se pronunció contra las huelgas.

En Alemania, el representante del socialismo utópico fue Guillermo Weitling. En sus obras, Weitling criticó con brillantez y audacia la sociedad burguesa de su tiempo. Era contrario a la propiedad privada, viendo en ella la "fuente de todos los males" de la humanidad. A diferencia de la mayoría de los socialistas utópicos, Weitling exhortaba al proletariado a que luchase él mismo para derrocar el régimen odiado y construir una nueva sociedad. Sin embargo, Weitling estimaba que los mejores luchadores por el régimen comunista no eran los proletarios industriales, sino el lumpen-proletario e incluso los bandidos, por considerarlos la capa más enemiga de la sociedad capitalista. Marx y Engels consideraron el comunismo de Weitling el primer movimiento teórico independiente del proletariado alemán. Sin embargo el movimiento encabezado por él fue degenerando en una secta y penetrándose de ideas religiosas por lo que acabó en la más completa degradación.

Todos los socialistas utópicos señalaban en una u otra medida las agudas contradicciones de la sociedad capitalista: el rápido incremento de la producción y la pauperización del proletariado, las crisis de superproducción y el contraste entre la ciudad y el campo. Caracterizando los trabajos de los socialistas utópicos Marx y Engels dijeron: "Estas obras socialistas y comunistas encerraban también elementos de crítica. Atacaban todos los cimientos de la sociedad existente. Por eso proporcionaron un material sumamente valioso para ilustrar a los *obreros*". Pero las ideas de los socialistas utópicos nacieron en un período en que la lucha de clases entre el proletariado y la burguesía apenas sí se había desarrollado. Los socialistas utópicos veían en el proletariado la clase que más sufría pero no la creían capaz de hacer cambiar de modo radical con sus propias fuerzas, la sociedad. Por eso ninguno de ellos actuó como representante del proletariado exclusivamente: querían liberar de golpe a toda la humanidad, y no, en primer lugar, a una determinada clase social. Los socialistas utópicos no vinculaban la transformación socialista de la sociedad con la lucha revolucionaria de las clases oprimidas y mantenían una actitud negativa hacia esa lucha. Vinculaban el surgimiento del régimen socialista con la actividad filantrópica de las capas superiores de la sociedad, suponiendo que sus mejores representantes, penetrados de las nobles ideas socialistas, crearían un nuevo orden social.

Las concepciones de los socialistas utópicos no fueron ni podían ser la bandera del proletariado combatiente, pues no expresaban de modo científico los intereses cardinales de la clase obrera y eran tan sólo utopías, sueños irrealizables. Ni siquiera los mejores representantes del socialismo utópico supieron descubrir las leyes objetivas del capitalismo ni hallar la fuerza social capaz de construir la nueva sociedad.

Los discípulos de los grandes socialistas utópicos cerraban obstinadamente los ojos para no ver en la clase obrera a una fuerza histórica independiente, predicaban la necesidad de transformaciones pacíficas y seguían apelando, preferentemente, a las clases poseedoras y negando la lucha de clases. Por ello, a medida que fue creciendo el papel político revolucionario del proletariado, esas doctrinas se volvieron cada vez más reaccionarias. El desarrollo de la revolución industrial y la activación e intensificación de la lucha revolucionaria del proletariado planteaban imperiosamente la tarea de crear una teoría amplia, omnímoda y verdaderamente científica, una con-

cepción proletaria nueva, revolucionaria. Esa tarea la cumplieron Carlos Marx y Federico Engels.

Carlos Marx y Federico Engels dieron respuesta a las cuestiones vitales planteadas ante el movimiento obrero. Expusieron científicamente en sus trabajos la inevitabilidad del hundimiento del régimen capitalista y del triunfo de un nuevo régimen, el socialista. Mostraron que el socialismo no es una invención de soñadores, sino el resultado inevitable del desarrollo de la sociedad burguesa. Carlos Marx y Federico Engels demostraron que el artífice de la nueva Sociedad sería el proletariado y que la lucha de éste contra los capitalistas llevaría necesariamente al establecimiento de la dictadura del proletariado. A su vez, la dictadura del proletariado sería tan sólo un medio de transición, por la supresión de todas las clases, a la sociedad sin clases. Marx y Engels enseñaron que la clase obrera, vinculada con la gran industria, la forma más avanzada de economía, era el destacamento de vanguardia de todos los trabajadores en su lucha contra el yugo de la esclavitud capitalista. Condición indispensable de la victoria del proletariado, era la existencia de un partido proletario que uniera en sus filas a los representantes avanzados de la clase obrera y estuviese pertrechado de la teoría de vanguardia.

Lo principal en la doctrina de Marx es el esclarecimiento de la misión histórica universal del proletariado como creador de la nueva sociedad de la sociedad comunista. Marx demostró que toda la historia de la humanidad, desde el surgimiento de la propiedad privada, había sido la historia de la lucha de clases, lucha que, en fin de cuentas, conduciría a la transformación revolucionaria de la sociedad. En la época del capitalismo, la lucha de clases alcanza tal grado de desarrollo, que el proletariado no puede ya liberarse de la esclavitud asalariada si no libera al mismo tiempo a la sociedad entera de la explotación y la opresión. Marx y Engels enseñaron al proletariado que, para liberarse del yugo del capitalismo, no había otro camino que la lucha conducente a la revolución proletaria. Marx señalaba proféticamente que la revolución comunista

rompería resueltamente con las viejas relaciones de propiedad. Su primer paso sería la conversión del proletariado en clase dominante, es decir, el establecimiento de la dictadura del proletariado, la conquista de la democracia. La clase obrera triunfante arrancaría paso a paso a la burguesía todo el capital y centralizaría los medios de producción en manos del Estado proletario.

Marx y Engels mostraron que la clase obrera actuaría en la revolución como guía y organizadora de todos los oprimidos y explotados. Preveían la posibilidad y la necesidad de la alianza de la clase obrera con los campesinos, en la que el proletariado desempeñaría el papel rector.

Desarrollando la idea de la hegemonía del proletariado, Marx llegó a la conclusión de que la dictadura del proletariado era inevitable como etapa necesaria del tránsito a la sociedad sin clases. La dictadura del proletariado es la piedra angular del marxismo. "Unicamente es marxista —decía Lenin— quien reconociendo la lucha de clases reconoce también la dictadura del proletariado. Esta es la más profunda diferencia entre el marxista y el pequeño (y gran) burgués adocenado. Con esa piedra de toque hay que probar si se comprende y reconoce de verdad el marxismo".

Carlos Marx y Federico Engels trazaron los rasgos principales de la futura sociedad comunista. Mostraron que el derrocamiento del régimen capitalista y la supresión de la explotación del hombre por el hombre pondrían fin a la operación nacional; la desaparición del antagonismo de las clases en el seno de la nación hará desaparecer también las relaciones hostiles entre las naciones. "El lugar de la vieja sociedad burguesa con sus clases y contradicciones entre ellas, lo ocupará una asociación en la que el libre desarrollo de cada uno será condición del libre desarrollo de todos".

Al trazar los contornos de la nueva sociedad, Marx dijo que la nueva formación pondría fin a las sangrientas guerras en el globo terrestre. "...En oposición a la vieja sociedad,

con su miseria económica y su demencia política —decía proféticamente Marx—, nace una sociedad nueva, cuyo principio internacional será la paz, pues cada pueblo tendrá un mismo señor: el trabajo".

Marx definió las dos fases del régimen comunista. En la primera fase del comunismo, en el socialismo, se realizaría el principio de la distribución según el trabajo. La fase superior de la sociedad comunista se distingue porque en ella desaparece la división del trabajo, que esclaviza al hombre. El trabajo deja de ser meramente un medio de vida y se convierte en la primera necesidad vital. Las fuerzas productivas de la sociedad crecen de modo colosal. En estas condiciones, decía Marx, la sociedad comunista podrá inscribir en sus banderas: "Dé cada uno según su capacidad; dar a cada uno, según sus necesidades".

Los geniales pensamientos que Marx expresara hace un siglo se han visto confirmados por la práctica de la edificación socialista y comunista en la Unión Soviética y por la experiencia de la clase obrera y las masas trabajadoras de las democracias populares, que construyen el socialismo.

El marxismo es la mayor realización del pensamiento humano, una poderosa arma espiritual de transformación revolucionaria de la sociedad y guía para la acción de los proletarios, los demócratas, los patriotas y todos los hombres honestos de la tierra.

El marxismo surgió durante la revolución industrial. En aquellos tiempos el capitalismo se desarrollaba todavía en línea ascendente, la incompatibilidad de los intereses de burgueses y proletarios no había alcanzado el actual grado de antagonismo, y las contradicciones del régimen burgués apenas si empezaban a perfilarse. Desde entonces las cosas han cambiado mucho: hace tiempo que el capitalismo perdió definitivamente todo carácter progresista para convertirse en un freno del desarrollo social. Las fuerzas de la paz, la democracia y el socialismo, que en aquella época apenas sí habían surgido, son hoy el factor decisivo del desarrollo de la historia. La nueva época ha permitido enriquecer con espíritu creador el marxismo, aportándole nuevas tesis y deducciones. No obstante, lo principal y decisivo en la teoría del comunismo científico, la tesis de la inevitabilidad del hundimiento del capitalismo y de su sustitución por el comunismo, queda en pie. La vitalidad de dicha tesis la confirma todo el curso del desenvolvimiento histórico.

Con el correr del tiempo, el socialismo evidencia cada vez más su superioridad no sólo en la esfera política, sino también en la económica. En las ramas principales de la ciencia y de la técnica se aprecian con mayor nitidez cada día las ventajas del socialismo.

Es completamente lógico que el primer satélite artificial de la tierra fuera lanzado en la URSS, país del socialismo; que el primer vuelo en torno a la luna lo efectuara un cohete soviético y, por fin, que el primer hombre que penetrara en el cosmos y regresara felizmente a la tierra fuese un hijo del país del socialismo.

Los enormes progresos de los países del campo socialista, los éxitos de la lucha nacional-liberadora y del movimiento comunista internacional llenan de zozobra e infunden pánico a los representantes del capitalismo contemporáneo. Los ideólogos burgueses se afanan por demostrar que el hundimiento del capitalismo no es inevitable y que el desarrollo de la técnica puede salvar a la sociedad burguesa, que, según ellos, vive actualmente una "segunda revolución industrial". Llaman así al desarrollo de la técnica moderna de los países capitalistas. Los apologistas de la burguesía afirman que la "segunda revolución industrial" llevará a una era de desenvolvimiento sin crisis y de prosperidad eterna. En realidad, sin suprimir la propiedad privada y la prepotencia de los monopolios asentados en ella, no hay perfeccionamiento técnico ni descubrimiento científico que pueda hacer cambiar la naturaleza del capitalismo y suprimir la explotación ni la miseria de los trabajadores. La revolución social, que en nuestra época puede hacerse por vía pacífica y por vía no pacífica, es lo único que puede librar a la humanidad del yugo de la explotación capitalista.

CONCLUSIONES

La revolución industrial fue un grandísimo progreso histórico. Gracias a ella, las fuerzas productivas de la sociedad alcanzaron proporciones hasta entonces desconocidas, que a los contemporáneos les parecían fantásticas: en el siglo en que se desarrolló la revolución industrial en Inglaterra, la burguesía obtuvo más bienes materiales que los que se habían creado en toda la historia precedente de la sociedad humana. La revolución industrial no supuso simplemente la sustitución del trabajo a mano por el trabajo maquinizado ni tan solo el paso de la manufactura a la fábrica: marcó toda una época en el desarrollo de la sociedad, una época que trajo consigo el máximo florecimiento del capitalismo industrial. La revolución industrial tuvo importantes consecuencias económico-sociales: surgieron grandes ciudades industriales, la población rural disminuyó para que creciese la urbana, y aumentaron el poderío económico y las riquezas de los países. La principal consecuencia de la revolución industrial fue la formación y la aparición de las dos clases fundamentales de la sociedad capitalista, la burguesía y el proletariado, clase esta última cuya misión histórica es la creación de una nueva sociedad, la sociedad socialista. Así pues, debido a la revolución industrial surgieron dos importantísimas premisas de la revolución proletaria: un alto nivel de desarrollo de las fuerzas productivas y un proletariado numeroso y organizado. En la época de la revolución industrial, la burguesía, en lucha contra el régimen feudal y sus vestigios, se vio obligada a conquistar —no podía dejar de hacerlo— una serie de libertades democráticas que las masas populares antes no tenían.

Al mismo tiempo que creaba un modo de producción más progresista —la producción maquinizada—, la revolución industrial trajo consigo sufrimientos insoportables a millones de seres, a los proletarios y semiproletarios de la ciudad y el campo. La revolución industrial empeoró todavía más la dura situación material de las masas populares de los países capitalistas de Europa y las sumió en una mayor miseria. Estas consecuencias fueron aún más graves para las colonias y los países dependientes de Asia, Africa y América.

La dura situación de los trabajadores fue la base de los movimientos sociales y de la lucha de los obreros contra los capitalistas, lucha que comenzó en los primeros años de la revolución industrial. El resultado más importante de esa lucha fue el surgimiento del comunismo científico, ideología que expresa los intereses vitales de la clase obrera del mundo entero.

Este libro se terminó
de imprimir en los talleres
de Editorial Colombia Nueva Ltda.
en el mes de octubre de 1978